

INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS DE GÉNERO: CATEGORIAS BÁSICAS DE ANÁLISIS

y

EL SISTEMA SEXO-GÉNERO, COMO EXPRESIÓN DE RELACIONES DE PODER



LECTURA 1

Programa Interdisciplinario
de Estudios de Género

Universidad Centroamericana
(UCA)

302.42
P-964

Programa Interdisciplinario de Estudios de Género
Introducción al análisis de género: categorías analíticas
básicas / Programa Interdisciplinario de Estudios
de Género. – Managua: UCA, 1994. 80 p.
– (Colección Alternativa. Serie Género; n°1)

1. MUJERES – CONDICIONES SOCIALES.
2. FEMINISMO. 3. MUJERES – CUESTIONES
SOCIALES Y MORALES.
I. T.

Selección de Lecturas y Nota Introductoria:

**Amalia Chamorro
Nelly Miranda
Gilma Tinoco**

Edición limitada para uso de Educación Superior.

La edición de este libro fue posible gracias al apoyo financiero de la
Autoridad Noruega para el Desarrollo (NORAD) al Programa Interdis-
ciplinario de Estudios de Género de la Universidad Centroamericana.

Impreso en Imprenta UCA,
Managua, octubre, 1994

PRESENTACION

El Area de Estudios de Género de la Carrera de Sociología de la Universidad Centroamericana (UCA), tiene el agrado de poner en sus manos el primero de seis fascículos de una selección de lecturas sobre género.

La selección que se ofrece al lector, contiene información básica sobre teoría y metodología del análisis de género. Su contenido está orientado a llenar el vacío de bibliografía especializada sobre el tema en el ámbito universitario. En este sentido, los estudiantes, y en especial los alumnos que cursan las cátedras de género en diversas carreras universitarias, constituyen sus principales usuarios.

Se considera sin embargo, que la utilidad de esta selección de lecturas puede trascender el medio universitario, para constituirse en un valioso apoyo a los procesos sistemáticos de capacitación en género, que se implementan con carácter extra curricular dentro y fuera de las universidades.

El primer fascículo consiste en una introducción al conocimiento de las estructuras y las relaciones de género en la sociedad. Esta aproximación introductoria se organizó en dos partes.

La unificación de un lenguaje conceptual básico, que permita avanzar en la comprensión del tema, es el hilo conductor de la primera parte, compuesta por una compilación de lecturas de autoras como *Alda Facio, Marta Lamas, Miriam Ibramoway y Marcela Lagarde*.

En esta primera sección se abordan las categorías centrales en el análisis de género: la diferencia entre **sexo y género**; el **sistema sexo género**; la **división sexual del trabajo**; la dicotomía establecida entre los ámbitos **público y privado**; la **condición y situación de género**, con su expresión en los polos de dominación **masculina** y de subordinación **femenina**. A continuación, se explican otros términos utilizados en el estudio de los modelos de género, que intervienen en su estabilidad o que actúan en función del cambio tales como: **identidad de género, feminidad y masculinidad, estereotipos y roles de género, feminismo, sexismo y androcentrismo**.

Un conjunto de ensayos escritos por *Nelly Miranda, Ana Sojo y Judith Astellara*, conforman la segunda parte de la selección de lecturas. En estos trabajos se interrelacionan las categorías señaladas, para explicar la construcción social de género como una expresión de relaciones asimétricas de poder, que coexisten con las formas clasistas y étnicas de dominación social.

PRIMERA PARTE

Introducción al análisis de género: Categorías básicas



Para una definición de “la cuestión del género”*

Marta Lamas



* Extracto de Entrevista a Marta Lamas por Víctor Jacobo, *Casa del Tiempo*, mayo-junio 1987, Revista de la Dirección de Difusión Cultural, UNAM, México.

El término género, en español se usa para clasificar la clase, el tipo o la especie a la que pertenecen seres y cosas, y también para designar la manera, el modo o la forma de algo. Así tenemos "género humano" y "género animal", "género masculino" y "género femenino" y también "género literario" o "género musical" y hablamos de "género de vida" o de "género de conversación". Ahora bien quienes introducen la nueva acepción de género en las ciencias sociales y, posteriormente, en los estudios sobre las mujeres, son angloparlantes para quienes "género" tiene un sentido más preciso. En inglés su acepción generalizada es la de género sexual. Con gender se denominan las dos formas, femenina y masculina, en que biológicamente se configuran las personas, la mayoría de los animales y muchas plantas. Por eso los hispanohablantes al principio se confunden al oír "género", porque es como si dijéramos "clase", mientras que los angloparlantes inmediatamente saben que estamos hablando del género sexual.

El término "género" circula en las ciencias sociales y en el discurso feminista con una acepción específica y con cierta intencionalidad política. La acepción data de 1955, cuando el investigador John Money propuso el término "papel de género" (gender role), para nombrar al conjunto de conductas atribuidas a los varones o a las mujeres. Posteriormente Robert Stoller, a partir del estudio de los trastornos de la identidad sexual, estableció ampliamente la diferencia entre sexo y género. Antes de decirte en qué consiste esa diferencia déjame contarte cómo fue que Stoller la pudo percibir. Se puso a estudiar casos de niños y niñas que habían sido asignados al sexo al que no pertenecían genética, anatómica y hormonalmente, ya que sus genitales externos se presentaban a confusión o habían sido mutilados.

Por ejemplo, una niña con lo que se llama "síndrome adrenogenital", que masculiniza la apariencia de los genitales, y el clítoris se confunde con un pene, había sido considerada "niño" por su familia. Cuando se dieron cuenta del error y quisieron cambiarle la identidad sexual, se enfrentaron a una resistencia tremenda del supuesto "niño", que retuvo su identidad inicial. También Stoller analizó el caso de un niño al que, por un espantoso error en la circuncisión, le habían cortado el pene. A este niño se le educó desde el inicio como niña, ya que su familia y los médicos consideraron que era

mejor ser una mujer incompleta que un hombre así mutilado y el originalmente varoncito aceptó sin problemas la identidad sexual que su grupo familiar le había asignado, lo cual facilitó su posterior tratamiento hormonal y quirúrgico.

Como ves estos casos hicieron suponer a Stoller que lo determinante en la identidad del género no es el sexo biológico sino el hecho de vivir desde el nacimiento, las experiencias, ritos y costumbres que se consideran masculinas o femeninas y concluyó que la asignación y adquisición de la identidad es más importante que la carga genética, hormonal y biológica. Por eso Stoller planteó las tres instancias básicas del género:

1. La atribución y asignación del género, que se realiza al momento que nace el bebé a partir de la apariencia de sus genitales externos.

2. La identidad de género, que se establece firmemente más o menos en el momento en que el infante adquiere el lenguaje. Esta identidad supone el conocimiento de la existencia de una división de la sociedad, en los varones y las mujeres, aunque se desconozca la diferencia sexual anatómica.

3. El papel de género, que es el conjunto de normas y prescripciones que cada sociedad establece sobre los que es "femenino" y "masculino".

La estructuración de género llega a convertirse en un hecho social de tanta fuerza que hasta se piensa que es "natural". Por eso resulta importante darse cuenta de que si bien las diferencias sexuales son una base sobre la que se asienta una determinada división del trabajo y, por lo tanto, cierta distribución de papeles sociales, esta distribución no es "natural". Ciertas capacidades y habilidades son construidas y promovidas socioculturalmente. Esto es evidente en el caso de las mujeres y la maternidad. Como las mujeres han sido quienes tradicionalmente han gestado y parido, y como ellas son las que se ha ocupado de la crianza de los niños, básicamente por la posibilidad de amamantarlos, y esto ha supuesto menor movilidad y la necesidad de permanecer en la casa, entonces la asociación de la maternidad con las tareas domésticas aparece como "natural". No se trata de negar dicha asociación ni las poderosas razones que la hicieron inevitable en un momento

histórico, pero de ahí a considerar el trabajo doméstico como el trabajo "natural" de las mujeres hay un trecho. No por tener la capacidad de tener hijos las mujeres nacen sabiendo planchar y coser...

El uso de la categoría género facilita el desmantelamiento del pensamiento biologicista, tanto patriarcal como feminista y pone en cuestión todo el discurso "naturalista" o "esencialista". No hay, aunque algunas feministas así lo crean, una naturaleza femenina específica, ni características femeninas (como la intuición) superiores a las masculinas, así como tampoco la racionalidad es un rasgo masculino como dicen los

misóginos. Mujeres y varones compartimos características y rasgos humanos. Justamente lo que el feminismo propone es acabar con la regulación cultural que adjudica ciertas características y funciones a un género, con la consecuente exclusión o limitación del otro. Dicho en otras palabras, quiere que la riqueza de la gama de posibilidades humanas se exprese sin reglamentaciones.

Plantear el problema del sexismo y del poder patriarcal en términos de género permite entender que el problema de las mujeres en la sociedad no es un problema de biología, sino un problema social y que el feminismo no es una lucha de y para las mujeres, aunque parte de ellas, sino de toda la sociedad.

Sexo y Género*

Miriam Abramovay



* Tomado del libro "Memoria del Curso Regional sobre Género en el Desarrollo Sostenible". Págs. 11-19. Miriam Abramovay (Compiladora), Publicación de UICN, Oficina Regional para Mesoamérica (ORMA). San José, Costa Rica, Diciembre 1993

¿Cuál es la diferencia entre los dos conceptos?

El sexo tiene una relación directa con la biología. Cuando nace un bebé se pregunta ¿Es hombre? ¿Es mujer? Se desea averiguar cuál es su sexo. La diferencia está referida a la constitución biológica del nuevo ser, sin embargo a partir de ahí se inicia una serie de expectativas sobre cual debe ser el comportamiento, podemos hablar de representaciones que nos rodean y nos acompañan por toda nuestra existencia.

La interiorización de lo que es ser hombre o ser mujer se produce a través de la socialización de ambos, o sea la interiorización del género.

En términos biológicos André Luvoff (Premio Nobel de Medicina) ha comprobado que existen diferencias sexuales de comportamiento asociadas a un programa genético de diferencia sexual, pero estas diferencias son mínimas y no implican la superioridad de un sexo sobre el otro.

Los biólogos afirman que estadísticamente, los hombres son más fuertes físicamente que las mujeres, pero ellos no pueden explicar porqué la fuerza y las actividades masculinas son más valorizadas en todas las culturas.

Los sentimientos, los pensamientos, las valoraciones y en general las actividades humanas no están organizadas o regidas por patrones biológicos, sino más bien por la interacción de tendencias biológicas con las expectativas culturales que dirigen nuestras acciones.

Las diferencias biológicas entre los sexos tiene implicaciones sociales y de conducta. Lo que es ser hombre y mujer depende de las interpretaciones biológicas asociadas a cada modo cultural de vida.

Los aspectos biológicos son importantes, pero las diferencias sociales entre hombres y mujeres adquieren significado jerárquico de superior o inferior dentro de un sistema de valores culturales definidos en cada sociedad.

Margaret Mead (1,960) muestra la multiplicidad de modelos que existen, en algunas tribus los hombres son duros y violentos, en otras presentan características de ternura y suavidad, criterios que tradicionalmente se asocian a las mujeres.

Nos preguntamos como se ve la "agresividad natural" de los hombres en estas tribus o regiones ¿Quién es

más viril Rambo o el hombre Damai de la Malasia Central? ¿Quién es más normal y está más próximo a la naturaleza? ¿Quién sufrió más presión por parte de la sociedad? (Badinter, 1991)

El mito de la maternidad

Es evidente, que nadie va a cuestionar la diferencia en la constitución biológica. Las mujeres amamantan, tienen hijos y esta diferencia tiene consecuencias importantes para la vida social. Los sexos difieren en la organización reproductiva, en la constitución hormonal y algunos dicen que en la fuerza y la resistencia física. Pero estas observaciones por sí solas no explican con claridad la interpretación de normas y valores de la sociedad.

Elizabeth Badinter (1980) dice que el instinto maternal plantea que la madre es la única capaz de ocuparse de su hijo, ya que fue determinada naturalmente para hacerlo. Basta con ser mujer para ser maternal.

En realidad el amor maternal es infinitamente complejo e imperfecto. Lejos de ser un instinto está condicionado por factores independientes de la buena voluntad de la madre. El mismo depende de la historia personal de cada mujer, sus condiciones de vida, factores económicos, sociales, políticos y culturales. Historia y socialización de género.

Estos ejemplos muestran como la interiorización de lo que es ser hombre o mujer se produce a través de la socialización de ambos, o sea la interiorización de género.

Existen muchos ejemplos y citaremos algunos sobre las calidades naturales asignadas a hombres y mujeres a través de la historia. Para Comte existía "una falta de aptitud radical del sexo femenino para gobernar, aunque fuera gobernar su misma familia". Para Pericles "Las mujeres, los esclavos y los extranjeros no son ciudadanos" y Napoleón nos da un lindo ejemplo en el mismo sentido "Las mujeres no son otra cosa que máquinas de producir hijos".

A finales del siglo XIX (Rider) aparecieron muchas obras literarias difamatorias del sexo femenino. "La mujer está próxima al animal y al negro, ella tiene instintos primitivos, celos, vanidad, crueldad. Más como ella tiene una alma infantil y su naturaleza está dotada de un instinto maternal (igual que las hembras mamíferas) su única

vocación es la maternidad. En consecuencia las mujeres emancipadas son malas madres, nerviosas y degeneradas”.

Muchos filósofos del siglo XIX y comienzos del XX, se han dedicado a demostrar la inferioridad de la mujer. Con un cierto lirismo Ortega y Gasset se refiere así: “En la presencia de una mujer, nosotros presentimos una criatura inferior al hombre. No existe ningún ser que posea esta doble condición, ser humano y ser inferior al hombre. Las cualidades de la mujer son confusión, voluptuosidad, aptitud a la vida privada, capacidad de amor, y belleza.

Estas concepciones nos llevan a una representación del femenino con calidades tales como educadoras, protectoras, sin agresividad, etc. La sociedad refuerza las diferencias biológicas secundarias.

Elaboración social de género

Por tanto el sexo es un dato biológico y el género es un dato social y cultural. Según Scott (1986) el género da el carácter social a las distinciones de sexo y la palabra indica un cuestionamiento al determinismo biológico. El género apunta a un conjunto de significados sociales y culturas, al contenido simbólico, de acuerdo con las diferencias sexuales percibidas por un grupo social. Muchas diferencias entre hombres y mujeres son aceptadas porque son consideradas naturales, pero en realidad son parte de la incorporación del papel de género. Las relaciones de género implican una representación de lo que es femenino y masculino en la sociedad, esto lo llamamos elaboración social de género.

El género es entonces utilizado para designar **las relaciones sociales** entre los sexos, es una manera de referirse a las construcciones sociales, al origen social de las identidades masculinas y femeninas, o sea que hombres y mujeres tienen capacidades, aptitudes y predisposiciones diferentes. Las ideas sociales se convierten en comportamientos. Esto quiere decir que las diferencias biológicas entre los sexos han sido reforzados socialmente para crear las diferencias entre hombres y mujeres. El concepto abarca un conjunto de relaciones que puede incluir el sexo, sin ser determinado sólo por él. El género se refiere al dominio estructural e ideológico que está presente en las relaciones entre los sexos. La vida social implica un conjunto de relaciones varias, que están permeadas por antagonismo, contradicciones y las relaciones entre los sexos son parte de este universo de relaciones también.

En muchos casos se utiliza la palabra género como si su significado fuera mujer, como su sinónimo. Los trabajos de mujeres y los proyectos de mujeres, han sido sustituidos por trabajos de género y proyectos de géne-

ro., sin comprender cual es la diferencia. La dificultad de incorporar el nuevo concepto se da por la misma práctica que han tenido las organizaciones y grupos de mujeres, quienes se dedican a un dominio específico: trabajar, estudiar, investigar a la mujer. Como consecuencia existieron estudios sobre la mujer que crearon un “corpus teórico” aparte, dedicado a estudiar la posición que ocupa la mujer en la sociedad.

El aspecto más importante que introduce la cuestión de género no es solamente desmitificar el significado biológico del masculino y femenino, sino incorporar un elemento, una posibilidad de dinámica, de cambio en las relaciones sociales.

El papel de las ciencias sociales es terminar con la idea de “rigidez” que produce la apariencia eterna de la representación de género. Las relaciones sociales son dinámicas, antagónicas y pueden ser modificadas y re-creadas.

Las relaciones sociales son las relaciones que una persona tiene por su posición en la familia, por su participación en la vida económica, social y política. Estas relaciones son establecidas por otras relaciones que tienen como base la clase, raza y religión. El enfoque de género nos da una visión holística, que examina la organización social como un todo: la vida económica, social y política para comprender ciertos aspectos de la sociedad. Así, esta visión no se circunscribe a una variedad como por ejemplo la economía, ella trabaja sobre la vida familiar, la organización política y económica de hombres y mujeres en la sociedad lo que posibilita esta visión global.

El género nos muestra también la simetría y la jerarquía que existe en las relaciones entre hombres y mujeres, incorporando las relaciones de poder.

En alguna ocasión Marx se preguntó: ¿Qué es un esclavo negro? Y la respuesta fue: Es un hombre de raza negro, pero otra explicación podría ser, un esclavo negro es un negro que sólo se convierte en esclavo cuando están presentes determinadas relaciones sociales que lo permiten. Se podría parafrasear y preguntar ¿Qué es una mujer subordinada?. Una mujer es una mujer que sólo se convierte en esposa, mercancía, conejita de Play boy, prostituta cuando determinadas relaciones sociales lo permiten. La subordinación no es por lo tanto inevitable, sino más bien producto de relaciones sociales específicas presentes en nuestra sociedades.

A partir de las relaciones sociales de género, que parecen haber ganado estatuto de paradigma, se anuncia un profundo cambio en la delimitación del objeto de estudio de las ciencias sociales. hasta hace poco tiempo

el objeto era la construcción social de la subordinación del femenino, sin embargo ahora lo que se desea conocer son las relaciones de género, y el papel de mujeres y hombres en la sociedad. El concepto hace avances en cuanto a la explicación de la subordinación de las mujeres, eliminándose al hombre como fuente de opresión y señalando al sistema social que apoya el género y el sexismo.

Por lo tanto género es

1. Un elemento de las relaciones sociales fundado en las diferencias entre los sexos.
2. Una manera de dar significado a las relaciones de poder. Su aporte es determinar que las relaciones de género son relaciones sociales, relaciones que atraviesan la historia y las mentalidades y por tanto, pueden ser cambiadas. Las relaciones de género sobrepasan la visión de subordinación de las mujeres en la sociedad, ella se fundamenta en un cambio de la posición del hombre y la mujer y su propuesta es de un cambio social que permita alcanzar la equidad. El género supera la cuestión de la dominación masculina, ya que él dominado (mujer) puede construirse como sujeto.

Si la propuesta más revolucionaria contra la dominación en las relaciones de producción, es la eliminación de las clases, en la reproducción de las relaciones sociales, la ruptura no pasa por la eliminación de los sexos, sino del género (Rubin, 1975).

Comentarios de los participantes

Una vez vi en Francia una pinta que decía "abajo la dictadura de los heterosexuales" como demanda de los movimientos de lesbianas, homosexuales y travesti. En América Latina la relación es diferente y no existen estos movimientos, como comunidad pluricultural debe buscarse la validez de este concepto entre los grupos étnicos que la forman y este discurso hay que probarlo, si funciona o si no funciona.

No hay comparación ya que los movimientos de homosexuales son minorías y por lo tanto son problemas secundarios. En Europa el movimiento feminista fue muy fuerte hace unos 20 años, pero aquí no hemos hablado de movimiento feminista sino de un análisis social que engloba a hombres y mujeres junto con todas las variables. De cómo hacer visible a la mujer en la sociedad, cómo vivir en un mundo mejor, donde hombres y mujeres tengan papeles distintos o iguales pero no superiores o inferiores. Lo importante es conocer lo que ha avanzado género en relación al desarrollo de las ciencias sociales.

Una preocupación sociológica y filosófica es muchas veces abstracta, uno puede discutir a los autores de determinadas tesis. Pero debemos llegar a ver como congeniamos o enlazamos los intereses de hombres y mujeres en el desarrollo sostenible, y aquí surgen los prejuicios de los hombres. Desarrollar una sociedad en función del entendimiento de hombres y mujeres, no escapar a la objetividad, en señalar tantos conceptos, que halla tanta terminología que uno se pierde. Es necesario aterrizar. Género es la armonía entre el hombre y la mujer para buscar el desarrollo.

Es importante definir a cuál desarrollo se refiere. Al que definió ya el hombre?. Es necesario conocer primero que opinan las mujeres del desarrollo, porque si sólo nos situamos en esta sala vemos que han hablado más los hombres que las mujeres. ¿Porqué?. Es fácil decir que vamos en armonía a buscar el desarrollo y lo que nos imaginamos es un hombre jalando a la mujer, o teniendo en cuenta que sus diferentes cargas no pueden ir al mismo paso.

Los hechos son objetivos, no perdemos el objetivo cuando discutimos y creamos espacios para construir colectivamente. Nos interesa ver las diferencias sociales entre hombres y mujeres. Una compañera decía que las mujeres hablan mucho, si las mujeres hablan mucho cuando no están los hombres, ¿porqué? Una compañera me decía en la mañana que estaba preocupada por sus hijos al venir al taller, en cambio los hombres hacen su maleta (o se las hacen) y se van. Las mujeres llevan todo junto, su trabajo, sus hijos, etc. y aunque esto no es natural, se ha mantenido durante miles y miles de años y las mujeres han sido creadas así. Mead analizó tribus donde los hombres tienen características de ternura y cuidan a los hijos, en otras tribus las mujeres son violentas. Hay en estos comportamientos un patrón social. Nosotros estamos bajo el patrón occidental y debemos hacer esta reflexión en nuestros trabajos, en nuestras vidas, en nuestra casa. La equidad, es equidad entre hombres y mujeres.

Es evidente, que nadie va a cuestionar la diferencia en la constitución biológica. Las mujeres amamantan, tienen hijos y esta diferencia tiene consecuencias importantes para la vida social. Los sexos difieren en la organización reproductiva, en la constitución hormonal y algunos dicen que en la fuerza y la resistencia física. Pero estas observaciones por sí solas no explican con claridad la interpretación de normas y valores de la sociedad.

A pesar de que las mujeres dan a luz y amamantan, nadie puede explicar porque ella debe encargarse de los niños, del trabajo doméstico y también que su trabajo productivo sea menos valorizado y poco remunerado.

Cuando el género suena cambios trae*

Dra. Alda Facio Montejo



* Extracto de Introducción del libro *"Cuando el género suena cambios trae. Metodología para el análisis del género del fenómeno legal"*.

Alda Facio. ILANUD, Proyecto Mujer y Justicia Penal. San José, Costa Rica. 1992

Sobre la importancia del lenguaje

Para la comprensión de esta metodología es importante que estemos claras/os sobre algunos conceptos que son básicos. Por ello, he optado por incluir algunas definiciones que me he permitido elaborar o transcribir en relación a conceptos que se manejan dentro del movimiento feminista y a alguna que otra palabra que me invento, en el afán de que haya la menor cantidad de malentendidos y porque me encanta ejercer el poder de la palabra. Es así que este punto va especialmente dirigido a aquellas personas que se inician en el apasionante camino de la creación de un mundo nuevo, más bello y armonioso, que da la inmersión en la filosofía feminista. Para aquellas que ya están muy familiarizadas con estos conceptos, les sugiero que pasen al próximo punto.

El poder de definir es el poder de conformar la cultura, es el poder de establecer lo que es y lo que no es, es el poder de escoger los valores que guiarán a una determinada sociedad. En los últimos siglos, las mujeres no hemos ejercido esta forma de poder. Prueba de ello son las "reales" o no, academias de la lengua, que hasta hace muy poco tiempo han estado integradas exclusivamente por varones; prueba de ello es nuestro propio lenguaje que determina que la voz hombre sirve para denominar tanto al varón de la especie como a la especie toda, y prueba de ello es la definición que da el diccionario ideológico de la lengua española "JULIO CASARES" de la Real Academia Española, del término PATRIARCADO como "el gobierno o autoridad del patriarca" punto, dejando en un silencio invisible a las personas sobre las cuales se ejerce ese gobierno o autoridad y distorsionando la realidad, al formularla de manera que da la impresión de que fue una forma de gobierno en un pasado lejano. Esa definición no hace referencia al hecho de que aunque ya no se llamen patriarcas, todavía hoy en día los hombres siguen ejerciendo ese gobierno sobre las mujeres, las niñas y los niños, los ancianos y las ancianas.

Se evidencia así que esa definición además de distorsionadora de la realidad actual, es parcial -toma en cuenta sólo a quienes ejercen el gobierno o autoridad- porque además de que invisibiliza a las personas sobre las cuales se ejerce esa autoridad, no explica que es un sistema tan imponente, omnipresente y está tan arraigado en nuestra forma de percibir el mundo, que

pasa inadvertido. Para la mayoría de las personas es un sistema "natural" que se basa en factores biológicos y por ende, inmutables e incuestionables. Desafortunadamente, este tipo de definiciones que parten desde la perspectiva masculina únicamente, abundan en nuestros diccionarios. Las aceptamos precisamente porque en este tipo de sociedad, los hombres y las mujeres estamos acostumbrados/as a la no existencia de las mujeres. Si el lenguaje es una de las principales formas de comunicación, porque por medio de él se transmiten de generación en generación los hábitos culturales, no es de extrañar que las mujeres estemos desaparecidas de todo el quehacer humano ya que el mismo lenguaje que utilizamos para comunicar esos hábitos culturales, se encarga de ocultarnos tras el género masculino.

Además, el lenguaje no sólo comunica sino que conforma esos hábitos. Como sólo los hombres/varones han tenido el poder de definir las cosas, todo lo que está definido lo está desde su perspectiva únicamente. Si sólo los hombres han tenido el poder de definir, sólo ellos han conformado la cultura y por ende, esta cultura es masculina. En otras palabras, las mujeres como seres humanos plenos, no existimos en esta cultura. No podemos contentarnos con incorporarnos a esta cultura ya definida por y para el hombre, porque en ella nunca podremos existir plenamente ni como mujeres ni como "seres humanos neutrales en términos de género" cosa que pretenden ingenuamente algunas mujeres.

Es indispensable poder nombrar aquello que nos oprime para que nuestras conciencias empiecen a aprehender el fenómeno y también, para que podamos comunicarlo de unas a otras y de generación en generación. Si sólo los hombres han ejercido el poder de definir y sólo ellos han conformado esta sociedad, no es descabellado afirmar que sólo ellos han decidido qué valores son los que deben guiarnos a todos y a todas. De hecho, no es difícil comprobar que esta cultura tiene un desequilibrado énfasis en lo masculino que perjudica tanto a mujeres como a hombres, pero más a las mujeres.

Considero que una de las múltiples formas pacíficas de ir adquiriendo poder es regalándonos el don de la palabra; permitiéndonos nombrar lo que pensamos y sentimos; dándonos la oportunidad de definir desde nuestra perspectiva lo que ya ha sido definido desde la perspectiva masculina; perdiéndole el miedo a ciertas

palabras que se utilizan para mantenernos sumisas tales como feminista, lesbiana, solterona, etc., y lanzándonos de lleno a conformar una nueva ética, un nuevo concepto de lo humano que incluya también lo femenino. En fin, creándonos una nueva sociedad.

Para iniciarnos en esta nueva aventura de conformar una cultura más equilibrada, es necesario que nos aboquemos a desarrollar una definición de patriarcado más ajustada a la realidad. Es importante que entendamos qué es y cómo es esta sociedad que queremos cambiar. Para empezar, tenemos que desarrollar una definición que incluya también la realidad de las personas sobre quienes se ejerce ese "gobierno o autoridad". Los adjetivos patriarcalmente aceptados que se le pueden agregar al término sociedad, tales como capitalista, desarrollada, tecnológica, subdesarrollada, socialista, comunista, de clases, etc., no son suficientes para describir un modelo de dominación que mantiene subordinadas a las mujeres por el sólo hecho de ser mujeres y que se sustenta en el control por parte de los hombres de los aspectos más importantes de la cultura, la ideología, la economía, el Derecho en su sentido más amplio, etc. Como ninguno de estos tipos de sociedad nos ayuda a explicarnos la división sexual del trabajo y la apropiación de los hijos por parte de los padres/varones formalizada a través de la patria potestad, el sometimiento de las mujeres y su reducción a madres, como tampoco nos describe la lógica patriarcal, tan racional y aparentemente sin contradicciones, que le da algunos derechos a todas las mujeres y cierto poder a algunas mujeres al tiempo que cada vez aumenta el discurso de la igualdad, tendremos que desarrollar nuestra propia definición de PATRIARCADO. Pero antes veamos qué es el sexismo.

El **sexismo** es la creencia, fundamentada en una serie de mitos y mistificaciones, en la superioridad del sexo masculino, creencia que resulta en una serie de privilegios para ese sexo que se considera superior. Estos privilegios descansan en mantener al sexo femenino al servicio del sexo masculino, situación que se logra haciendo creer al sexo subordinado que esa es su función "natural", y única.

"El sexismo abarca todos los ámbitos de la vida y las relaciones humanas, de modo que es imposible hacer una relación, no exhaustiva, sino ni tan siquiera aproximada de sus formas de expresión y puntos de incidencia,... En palabras del sociólogo Martín Sagrera: 'Ni el esclavo ni la mujer hubieran podido ser mantenidos, siquiera sea por la fuerza, en el estado abyecto en que fueron sumidos si no hubieran sido convencidos poco a poco de su inferioridad. Y esta falta

*de conciencia de clase hizo que fueran ellos mismos los peores enemigos de su propia regeneración'".*⁷

Yo agregaría que a la mujer, más que falta de conciencia de clase le hace falta "conciencia de género" porque aunque sobre género me extenderé más adelante, la historia nos ha demostrado que generalmente los análisis y transformaciones de clase son ciegas al género, mientras que la perspectiva de género lleva implícita, no sólo la variable clase, sino todas las variables imaginables, precisamente porque las mujeres pertenecemos a todas las clases, edades, razas, etnias, creencias, opciones sexuales, etc., y tenemos todas las discapacidades visibles y no visibles que puede tener un ser humano. Además, si bien es cierto que tanto los hombres como las mujeres hemos sufrido discriminaciones según nuestra clase, etnia, preferencia sexual, etc., NINGUN hombre ha sido discriminado a causa de su sexo mientras que TODAS las mujeres lo somos.

Como ya casi no se oyen manifestaciones abiertamente sexistas como las de Rousseau, Aristóteles, y tantos otros "grandes hombres" que sostenían que la mujer era un ser inferior, muchas personas creen que ya no existe el sexismo en el pensamiento y en la ciencia occidental. Sin embargo, el sexismo sigue muy presente aún en aquellos filósofos que hablan de la intrínseca igualdad entre los sexos porque su parámetro de lo humano sigue siendo el sexo masculino.

Si no, cómo explicar que la sistemática violación sexual de las mujeres por parte de los hombres (sistemática porque una conducta tan generalizada y frecuentemente no puede catalogarse como "casual"), sea considerada por el Derecho Penal un asunto "privado" en la mayoría de los países de nuestra región y no sea considerada una violación de los Derechos Humanos, a no ser que la violación sea perpetuada por un agente del Estado mientras la mujer está en custodia.

Es así que pareciera que los prejuicios en torno al sexo como uno de los aspectos sociales que explican la criminalidad y la conducta violenta del hombre hacia la mujer, no han sido superados todavía. Son demasiados los autores y autoras que afirman que la violencia doméstica se debe a la crisis económica, a la guerra, las frustraciones de la vida moderna, etc. En el fondo, esto es aceptar que los hombres son "naturalmente" violentos porque estas explicaciones no nos informan de por qué la violencia se dirige del hombre hacia la mujer y no viceversa, como si sólo los hombres padecieran la crisis,

7. Ver definición de sexismo en el Diccionario Ideológico Feminista de Victoria Sau, Barcelona, ICARIA Ediciones, 1981.

la guerra, etc., como si sólo ellos vivieran en este mundo contaminado por químicos, ruido y malas vibraciones.

Creer que los hombres son violentos por naturaleza, no implica necesariamente que se crea que son superiores a las mujeres; pero creer que los hombres son violentos por naturaleza, castigarlos cuando demuestran su violencia hacia otros hombres y no cuando lo hacen hacia las mujeres, sí lo es. Es creer que hay un sexo, el femenino, que está ahí para “servir” de desahogo de frustraciones al sexo masculino. Creer que hay un sexo que fue puesto en este mundo para servir al otro, es sexismo.

El **androcentrismo** es una de las formas más generalizadas de sexismo que será analizada más ampliamente en el paso 2 de esta propuesta metodológica. Por ahora digamos que consiste en ver el mundo desde lo masculino tomando al varón de la especie como parámetro o modelo de lo humano. A veces esta forma de sexismo degenera en **misoginia**, que como su raíz latina lo indica, es el odio o desprecio a lo femenino, o en **ginopia**: la imposibilidad de ver lo femenino o imposibilidad de aceptar la existencia autónoma de personas del sexo femenino. Estas dos formas extremas de sexismo son mucho más comunes de lo que a primera vista se desprende, porque las mujeres estamos tan acostumbradas a que se nos desprecie o invisibilice, que no nos damos cuenta de las muy variadas formas en que se nos niega la pertenencia al género humano o peor aún, de cómo se nos niega la existencia misma.

En el lenguaje cotidiano, a estas formas de ver el mundo o actitudes frente a él se les llama **machismo**. “En la realidad concreta el machismo lo constituyen aquellos actos, físicos o verbales, por medio de los cuales se manifiesta de forma vulgar y poco apropiada el sexismo subyacente en la estructura social.” Coincido con Victoria Sau con respecto a que el **machista** generalmente actúa como tal sin ser capaz de “explicar” o dar cuenta de la razón interna de sus actos, sino que se limita a poner en práctica aquello que el sexismo de la cultura a la que pertenece por nacionalidad, condición social, etnia, preferencia sexual, religión, etc., le brinda.

“En términos psicológicos podríamos decir que el **sexismo** es consciente y el **machismo** inconsciente. De ahí que un machista no sea forzosamente un sexista (algunos dejan de ser machistas cuando conocen lo que es el sexismo), mientras que un sexista puede no tener rasgos aparentes de **machismo**.”

Un claro ejemplo de la actitud sutilmente machista que no necesariamente implica que quien la tiene es sexista, la encontramos en aquellos compañeros de trabajo caballerosos que algunas hemos conocido en nues-

tras vidas y que todas hemos visto en las telenovelas, que te abren la puerta, te escuchan con interés, te dejan saber que aprecian tu inteligencia, pero una se da cuenta que aprecian más nuestro silencio. Insisten en que no creen que la mujer sea inferior al hombre. “Sólo diferente”. Se les cae la quijada cuando ven pasar a una de esas “mujeronas” coquetas que cuidan de su cuerpo, su cabello y sus kilos y tienen una esposa “agraciada” que cuidaba muy bien de ellos y de sus hijos/as, hasta que encontró un magnífico trabajo y ahora ambos se reparten por igual el trabajo doméstico y él va a las reuniones de escuela, aun cuando ella no anda de viaje.

Un ejemplo de un sexista que no tiene razgos aparentes de machista es aquel hombre que admira tu trabajo e inteligencia, te pide consejos y respeta tu opinión, jamás te acosa sexualmente, manifiesta creer en la igualdad de los sexos, “apoya” a su mujer en el trabajo de la casa y el cuidado de los hijos/as, etc., sólo que cuando ambos tienen una reunión de trabajo en la noche, la de él es a la que no se puede faltar; cuando algunos de los/as hijos/as se enferma, es a la mamá a la que llaman, o cuando se habla de política —y más si lucha por algún grupo discriminado u oprimido o pertenece a alguna etnia, clase, o grupo discriminado— te trata de convencer que esa discriminación es mucho más grave que la que sufren las mujeres, dándote ejemplos de mujeres de clase, etnia u otro grupo dominante que explotan y oprimen a los hombres de su grupo o del grupo por el que él lucha.

Los hombres que pertenecen a esta segunda categoría son los más peligrosos y por ende de los que más debemos cuidarnos, porque ante un machista como el del primer ejemplo, las mujeres tenemos más recelo. pero, ante un hombre solidario en apariencia como el del segundo ejemplo, las mujeres bajamos la guardia, exponiéndonos a distintas formas de violencia y terminando por apoyar proyectos que nos oprimen (los proyectos que implícitamente parten de que la discriminación contra la mujer es secundaria o de que se elimina con eliminar otras discriminaciones, generalmente descansan de alguna manera en las estructuras que mantienen la opresión de las mujeres. Ejemplo de esto son la grandísima mayoría de los proyectos relacionados con los Derechos Humanos, que parten de una visión andocéntrica de la utopía y se fundamentan en concepciones de “derechos” y “libertades” plasmadas en distintas Declaraciones de Derechos Humanos que no contemplan las necesidades e intereses de las mujeres. Así, se habla de la problemática de los pueblos indios en forma neutral en términos de género, como si éstos fueran compuestos sólo por indios de sexo masculino o como si dentro de los pueblos indios no se diera la discriminación contra la mujer india).

Es muy importante que entendamos que las mujeres compartimos el machismo cuando no estamos conscientes de las estructuras de género y por ende interiorizamos los valores sexistas de nuestra sociedad. También es muy frecuente que las mujeres seamos sexistas porque conscientemente creemos que la discriminación contra la mujer es un mal menor. Pero por más machista o sexista que sea una mujer, nunca se beneficia tanto de esa práctica como el hombre/varón, de manera que jamás una señora, jueza, o abogada puede ser “más machista que cualquier hombre”. Cuando afirmamos esto, probablemente seamos nosotras las que estamos cayendo en actitudes machistas al juzgarla más severamente que a un hombre machista o al no comprender que en una sociedad patriarcal, una mujer a veces cree no tener —o efectivamente no tiene— más remedio que comportarse en forma machista.

Patriarcado es un término que se utiliza de distintas maneras, para definir la ideología y estructuras institucionales que mantienen la opresión de las mujeres. Es un sistema que se origina en la familia dominada por el padre, estructura reproducida en todo el orden social y mantenida por el conjunto de instituciones de la sociedad política y civil, orientadas hacia la promoción del consenso en torno a un orden social, económico, cultural, religioso y político, que determinan que el grupo, casta o clase compuesto por mujeres, siempre está subordinado al grupo, casta o clase compuesto por hombres, aunque pueda ser que una o varias mujeres tengan poder, hasta mucho poder como las reinas y primeras ministras, o que todas las mujeres ejerzan cierto tipo de poder como lo es el poder que ejercen las madres sobre los y las hijas.

Las instituciones por medio de las cuales el patriarcado se mantiene en sus distintas manifestaciones históricas, son múltiples y muy variadas pero tienen en común el hecho de que contribuyen al mantenimiento de las estructuras de género que oprimen a todas las mujeres. Entre estas instituciones están: la familia patriarcal, la maternidad forzada, la educación andocéntrica, la heterosexualidad obligatoria, las religiones misóginas, la historia robada, el trabajo sexuado, el derecho monosexista, la ciencia ginepe, etc.

Es característico de este sistema, que una o varias mujeres tengan poder o al menos sobresalgan en determinadas áreas del quehacer humano, con el fin de hacer creer al resto de las mujeres que es posible y deseable alcanzar las posiciones logradas por los hombres/varones y para que cada una de nosotras piense que si no logramos un ascenso, una diputación, una mención de honor, una publicación de un libro, etc., es porque no

estamos capacitadas, o porque no nos esforzamos, o porque somos tontas o simplemente porque no queremos. Si hacemos un análisis de las mujeres que han ejercido el poder político, por ejemplo, veremos que muchas son bastante más inteligentes y capaces que los hombres que las rodean en puestos semejantes, pero generalmente no son ni más capacitadas, ni más inteligentes que otras mujeres que viven en el anonimato. Es más, existen cantidades de mujeres mucho más inteligentes y capacitadas que la gran mayoría de nuestros políticos, y sin embargo, esas mujeres no han podido (o no han querido por razones éticas) escalar hasta llegar a los puestos de dirigencia, mientras que demasiados hombres mediores sí. Debemos también tomar en cuenta que las mujeres a las que se les permite ejercer el poder en forma patriarcal, pagan un precio muy alto; no sólo tienen que esforzarse el doble para lograr un poder a medias, sino que deben hacerlo sin solidarizarse con sus congéneres: las otras mujeres. Además, deben ejercer el poder como lo determina el sistema patriarcal: SOBRE las otras personas y no PARA las personas, violentando así todo su “ser” femenino que ya sea cultural, fisiológico, o históricamente impuesto ha sido definido como el género que cuida y da la vida, no el género que domina, destruye y guerrea.

El patriarcado obliga a las mujeres que detentan el poder a utilizarlo de la misma manera que los hombres, porque de esta manera se asegura que la gran mayoría de las mujeres no sientan que otra mujer representa sus intereses, porque se inhibe todo sentimiento de sororidad, fomentándose más bien, la competencia por un hombre. En realidad, la mayoría de las mujeres a quienes la historia patriarcal reconoce, no han hecho mucho por cambiar la condición de la mujer y por ello, mucho se ha cuestionado si el brindar mejores oportunidades a la mujer de participar en la toma de decisiones tendría consecuencias beneficiosas para ésta. Cuando las mujeres buscan el poder para utilizarlo en beneficio de las otras mujeres, reciben pronto el castigo que va desde el ridículo, el olvido y el menosprecio, hasta la pena de muerte. Y cuando no se ha podido silenciar a alguna mujer que ha sobresalido en la esfera pública por sus propios méritos y ha utilizado el poder en forma distinta a la que prescribe el patriarcado, se habla de su vida íntima, sentimental y de sus problemas sexuales y no de su aporte al conocimiento o al mejoramiento del género femenino.

Otra razón de por qué las mujeres no apoyamos a las que se lanzan en la búsqueda del poder, se debe a que generalmente los sectores dominados tienden a rechazar a aquellas/os de su mismo grupo que se com-

portan como los dominadores. Así, las mujeres no valoramos en otra mujer, precisamente las características que posiblemente nos ayudarían a combatir la dependencia. Una mujer que defienda sus ideas asertivamente generalmente es tildada de "marimacha" o "mandona", mientras que un hombre que haga lo mismo es apreciado por sus "agallas", su "conocimiento del mundo", su "calidad de líder", etc.

Además, todas las mujeres somos socializadas para valorar más el cuidar/nutrir/dar afecto (nurture), a otras personas que el tomar decisiones a nombre de otras. A todas las mujeres, desde muy pequeñas, se nos estimula a desarrollar nuestras habilidades en las actividades que se relacionan con cuidar y dar de comer a las personas. Desafortunadamente, la política patriarcal no es una actividad que involucre o necesite de esas habilidades. Por ello no es de extrañar que (aparte de que al patriarcado no le interesa que las mujeres tengan poder y que ha llegado hasta a matar a las que lo buscan), las que tenemos conciencia de mujer, no luchemos con más energía por alcanzar puestos de dirigencia política. Sin embargo, entre más mujeres tengan acceso a la toma de decisiones, menos patriarcal se irá haciendo la política y más mujeres harán política. Cuando las mujeres se sientan a gusto con la política, cuando puedan hacer política sabiéndose mujeres y pudiéndose solidarizar con otras mujeres, es porque habrá sido superado el patriarcado.

Pero en 1992 el patriarcado es el único tipo de sociedad que existe en el mundo; hay patriarcados capitalistas, socialistas, tercermundistas y colonialistas; patriarcados donde se respetan más y donde se respetan menos los derechos de los hombres; patriarcado donde no se toleran las diferencias y patriarcados en donde los hombres de las minorías viven tranquilos, pero en todos, las mujeres nos encontramos invisibles de su historia y excluidas del poder. "No estamos en el gabinete, ni en los puestos de confianza, ni en la dirección de partidos políticos, ni siquiera en la dirección de aquellos gremios y sindicatos donde somos la mayoría. A pesar de los avances de las últimas décadas, tampoco tenemos igual acceso a la educación, al mercado laboral, ni el poder de decidir sobre nuestra reproducción. En suma, somos siempre ciudadanas de segunda categoría".⁸

Por medio de las instituciones patriarcales se hace la socialización patriarcal, que es el proceso por el cual las personas de sexo femenino desde pequeños, van interiorizando los valores y actitudes que se les atribuyen, descartando toda emoción o deseo atribuido al otro

sexo y aprendiendo el rol asignado para convertirse en personas de género femenino, es decir en "mujeres", al tiempo que aquellos de sexo masculino desde pequeños, sufren el proceso que los hará personas de género masculino, es decir "hombres".

Vemos así que el **género** no es sinónimo de sexo aunque muchas personas utilicen ambas palabras indistintamente. Menos aún es el género sinónimo de "mujer". Es imprescindible que se entienda que los hombres también responden a un género de manera que, cuando se dice que hay que incorporar al género en una determinada actividad o estudio no se está hablando de incorporar a la mujer, aunque el resultado de incorporar la visión de género sea visibilizar a la mujer al hacer visibles las relaciones de poder entre los sexos. Incorporar la visión o perspectiva de género en las actividades humanas y los análisis que se hagan de las mismas no es tan sencillo como "agregar" a las mujeres. Es mucho más complejo que eso y por ello lo voy a discutir en el siguiente punto. Por ahora, sigamos con otras definiciones.

En cuanto al **feminismo**, dada la forma en que el patriarcado se mantiene y ejerce el poder, no es de extrañar que los diccionarios patriarcales lo definan como una doctrina social que concede a la mujer igual capacidad y los mismos derechos que a los hombres, pues de esta manera desvirtúan lo que realmente es.

El feminismo lucha precisamente contra esa forma andocéntrica de ver el mundo, que considera que el hombre es el modelo de ser humano y que por ende, la suprema mejora de la mujer es elevarla a la categoría de hombre (que desde el punto de vista patriarcal es sinónimo de elevarla a la categoría de ser humano).

El feminismo sostiene que las mujeres de todas las clases, razas, etnias, edades, discapacidades, creencias, opciones sexuales, etc., son discriminadas, subordinadas y oprimidas en razón de su sexo; que tienen experiencias, vivencias y necesidades que no son tomadas en cuenta ni satisfechas y que para eliminar esa discriminación y subordinación y para satisfacer sus necesidades, se requieren cambios profundos en la discriminación del poder político, económico y social entre los sexos.

El feminismo es además un movimiento social y político y también una teoría que parte de la toma de conciencia de las mujeres como colectivo humano oprimido, explotado y dominado por el colectivo de hombres en el patriarcado bajo sus distintas fases históricas, conciencia que nos lleva a luchar por la liberación de nuestro sexo a través de las transformaciones de la sociedad que se requieran. De esta manera, el feminismo no se circunscribe a luchar por los "derechos de las mu-

8. Virginia Vargas. Tomado de Revista "VIVA", Perú, septiembre-octubre / 86.

jeros", sino a cuestionar profundamente y desde una perspectiva nueva, todas las estructuras de poder, incluyendo (pero no reducidas a ésta), las de género.

Y, aunque hay varias corrientes dentro del feminismo, se puede afirmar que existen ciertas creencias o principios dentro de esta teoría / práctica / conciencia que trascienden las diferencias, entre las cuales puedo incluir sin miedo a que alguna feminista me contradiga, las siguientes:

- 1) que todas las personas valemos como seres humanos IGUALMENTE plenos, y por ende, somos IGUALMENTE diferentes e IGUALMENTE semejantes entre nosotros/as:
- 2) que todas las formas de discriminación y opresión son IGUALMENTE oprobiosas, descansan las unas en las otras y se nutren mutuamente.
- 3) que la armonía y la felicidad son más importantes que la producción, el poder y la propiedad:
- 4) que lo personal es político.

Estas cuatro creencias o principios son muy importantes para entender el sexismo. En relación al primero, si realmente entendemos que las mujeres y los hombres somos IGUALMENTE diferentes no vamos a pensar que el fenómeno del embarazo, el parto, la menstruación, el climaterio, etc., son fenómenos que hacen que la mujer se comporte diversamente del hombre/modelo de lo humano y que por ende el problema es de la mujer por ser diferente al modelo, sino que vamos a entender que el problema es de una sociedad que no parte de que a veces, las mujeres y los hombres tenemos necesidades distintas y que estas necesidades son igualmente válidas. Así por ejemplo, podremos entender que el problema no es de que la trabajadora fuera del hogar quede embarazada, sino que el problema reside en que el trabajo remunerado está pensado desde y estructurado para personas que no quedan embarazadas.

En cuanto al segundo principio, si realmente entendemos que todas las formas de opresión y discriminación son IGUALMENTE denigrantes y deshumanizantes, vamos a entender que no basta con eliminar la opresión de clase, por ejemplo, para lograr una sociedad justa. Esto es más difícil de entender de lo que pareciera, pues debido al poco valor que estas sociedades patriarcales le dan a las mujeres, la opresión de ésta no es considerada tan nefasta como otras. Tan es así que ningún país del mundo ha sido denunciado por prácticas inhumanas contra las mujeres, como lo es por ejemplo, la clitoridectomía, mientras que sí se han denuncia-

do prácticas inhumanas contra razas o etnias, grupos religiosos, credos políticos, etc. Es más, muchas prácticas inhumanas contra las mujeres han sido toleradas por las Naciones Unidas en aras de un respeto por las diferencias culturales, respeto que no sienten cuando de racismo se trata, por ejemplo, talvez porque el racismo afecta negativamente a muchos hombres mientras que el sexismo brinda privilegios a la mayoría de ellos.

Aquí quisiera dar un ejemplo de lo que quiero decir cuando afirmo que aunque las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, directa e indirectamente hayan manifestado que todas las formas de opresión son igualmente oprobiosas, en el fondo el sexismo no es entendido realmente como una forma de opresión tan nefasta como otras:

En el VIII Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento del Delincuente, realizado en Cuba en septiembre de 1990, en relación al tema de la violencia familiar contra mujeres y niños(as), se explicitó que había que tener conciencia de que "...el complejo problema de la violencia en el hogar se entiende de diversas formas en las distintas culturas de los diversos países y, por tanto, al tratarlo a nivel internacional debe presentarse especial atención al contexto cultural de cada uno de los países..."⁹ Me pregunto si se pide tener esta conciencia de las diversidades culturales cuando de otras violaciones a los derechos humanos se trata. ¿Se imaginan ustedes al Secretario General de las Naciones Unidas solicitando la comprensión de los Estados miembros en relación a la distinta manera en que el gobierno de Sudáfrica entendía el racismo?

Con respecto al tercer principio, las teorías feministas parten de que la armonía y la felicidad son más importantes que la producción, el poder y la propiedad porque consideran que las personas somos parte de una red humana de la cual todas dependemos. De esta manera que lo que le pase a una afecta a la otra. De esta manera así como la oprimida es deshumanizada, el opresor también pierde su pertenencia a la humanidad en el tanto y en el cuanto oprima a otra vida. Por otro lado, si sabemos que las mujeres somos dueñas de sólo el 1% de la propiedad inmobiliaria del mundo, es de extrañar que para el feminismo la propiedad no sea un valor prioritario y se la entienda como generadora de desigualdad, que a su vez genera resentimiento y protestas, que a su vez justifican un mayor control por quienes detentan el poder que descansa en la propiedad. Además, a las feministas nos parece absurdo que se sacrifique tanta ar-

9. 8va. Decisión adoptada por el VIII Congreso sobre la violencia en el hogar.

monía, felicidad, gozo y tranquilidad del alma en nombre de la producción y la eficiencia para que, al final de cuentas, no se tenga ni felicidad ni eficiencia. Tal vez si no se sacrificara la felicidad, los seres humanos seríamos más productivos y eficientes.

Siempre en relación a este tercer principio, el feminismo se opone al poder SOBRE las personas y propone, en vez, el poder DE las personas sin intermediarias. Esto último pareciera no ser una propuesta exclusivamente feminista, ya que muchas teorías o doctrinas abogan por el poder para el pueblo. Lo nuevo en esto es que para las feministas, ese "poder para el pueblo" incluye un análisis del "poder" y del "pueblo" que no se limita a incluir a las mujeres dentro del concepto de "pueblo" sino que, más importante aún, reconceptualiza desde una perspectiva de género el significado mismo de "pueblo", analizando las relaciones de poder que se dan allí y en todas las instituciones del patriarcado y de éstas entre sí, para entender cómo es que se establecen y mantienen las jerarquías y estructuras de poder y cómo éstas también generan resentimientos y protestas, que a su vez se utilizan de nuevo para justificar un mayor control.

Este análisis del poder es un área en la que existe mucho consenso dentro de los distintos feminismos latinoamericanos, aunque tal vez no tanto en feminismos de otras regiones. La idea de que la dominación de un grupo por otro en cualquier nivel o esfera de la sociedad (por ejemplo en la privacidad del hogar), genera y mantiene prácticas de dominación en otros niveles o esferas de la sociedad (por ejemplo en la empresa o relaciones internacionales) es tan básica al feminismo, que incluso la definición que se hace del sistema que nos oprime, el Patriarcado, parte de que la estructura familiar con dominio del padre SOBRE el resto de la familia es la que se reproduce en todos los niveles de la sociedad. En realidad que la estructura de la familia es el modelo de la sociedad no lo decimos sólo las feministas, pues las mismas Constituciones Políticas de todos nuestros países establecen algo semejante a lo que dice la C.P. de Nicaragua: "Art. 70. La familia es el núcleo fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de ésta y del Estado". la diferencia está en que las feministas cuestionamos las relaciones de poder dentro de la familia que luego se reproducen en la sociedad, mientras que la mayoría de los analistas parten de que la familia es un ente neutral que sirve de sustento a una sociedad, que puede o no ser autoritaria.

Si las personas creen y viven en un ambiente en donde se considera "normal" o "natural" que una persona (la mamá) esté subordinada a otra (el papá), es muy posible que de adultas les parezca normal o natural que un

grupo (los y las indias), estén subordinadas/os a otro grupo (los ladinos). Así, las feministas consideramos que es imposible que una sociedad que es autoritaria a nivel de las personas, pueda ser democrática a nivel político y por esto el feminismo se opone a todas las formas de dominación y opresión y no sólo a las de los hombres sobre las mujeres. Y esto nos lleva al cuarto principio: la creencia feminista de que lo personal es político.

Este cuarto principio es precisamente lo que amplía el análisis sobre el poder y el control social, porque significa que los valores democráticos o democratizantes deben vivirse tanto en la esfera pública como en la privada. *"De esta manera el feminismo critica la tendencia a ofrecer una serie de valores que deben guiar las interacciones en lo personal a lo privado, y otra serie de valores que deben guiar las interacciones en el mundo público de la política y el poder. La empatía, la compasión y los valores orientados hacia la persona son los que deben ser valorados y afirmados no sólo en la familia y el hogar sino también en el diseño de políticas, en la diplomacia y en la forma en que se practica la política."*¹⁰ Es más, el feminismo cuestiona esa división entre lo privado y lo público y agrega que además, lo político también es personal.

Que lo personal es político también se refiere a que la discriminación, opresión y violencia que sufrimos las mujeres, no son un problema individual que concierne únicamente a las personas involucradas. Quiero decir que todo lo que me pasa a mí y a la otra y a la otra, aunque nos pase en la intimidad, responde a un sistema y a unas estructuras de poder, y por lo tanto son fenómenos políticos y no naturales a los cuales hay que darles respuestas políticas y no sólo individuales. Así, si yo me someto a la violencia y no la denuncio ni la critico, estoy comportándome no sólo como lo espera y desea la política patriarcal, sino que esa es la respuesta para la cual todo el aparato estatal está estructurado. Si yo no me someto, denuncio y me organizo contra esa violencia, estoy poniendo de manifiesto que el aparato estatal, al no poder darme respuesta, no es capaz de defender mis derechos humanos, ni los de cada individuo que se encuentre en mi posición. Esto obligará al Estado a buscar otras respuestas y a estructurarse de otro modo o de lo contrario perderá credibilidad. Esto es política.

Pero más importante aún es que esta creencia de que lo personal es político obliga a integrar el discurso con la práctica y la práctica con el discurso. Esto quiere decir que se hace teoría de la práctica misma y se practica esa

10. Kay HARRIS, "Moving Into The New Millennium" en CRIMINOLOGY AS PEACEMARKING; compilado por Pepinsky y Quinney, Indiana University Press, 1991.

teoría. Por supuesto que esto no es 100% verdad, ya que es imposible vivir cabalmente todos estos bellísimos valores cuando una ha sido socializada y ha interiorizado los valores contrarios del patriarcado. Sin embargo, no se puede negar que la mayoría de las feministas hemos estructurado organizaciones mucho menos jerarquizadas, en donde al menos se trata de no discriminar ni excluir a ninguna persona y estamos tratando de construir (aunque no siempre lo logramos) relaciones personales más democráticas con nuestras parejas, hijos/as, amigos/os, personas que trabajan para nosotras, etc.

Para concluir con esta explicación sobre el feminismo podemos decir que es un conjunto de valores, creencias y experiencias que conforman una manera de ver el mundo o cosmología, que se contrapone a la forma androcéntrica en que se mira el mundo dentro de los distintos modelos de patriarcado y que esta forma de ver el mundo parte además de estos otros dos principios:

1.- Que el género es una categoría social como lo es la raza, la clase, etc., que atraviesa y es atravesada por todas las otras categorías sociales y que como categoría social tiene su base material en un fenómeno natural que es el sexo, cuya desaparición no depende de la desaparición de las diferencias sexuales así como la desaparición del racismo no depende de la eliminación de las distintas etnias: 2.- Que la perspectiva de género desde las mujeres permite aproximarse a la realidad para los efectos de esta metodología, o sea, permite ver al fenómeno legal de una forma más objetiva, porque parte de la experiencia de la subordinación, visión que va desde la marginalidad hacia el centro y que por lo tanto incluye la realidad de los opresores vista desde otra óptica, mientras que la perspectiva tradicional patriarcal —aun aquella que parte desde la marginalidad— simplemente no ve la realidad de las mujeres y al no hacerlo, lógicamente no incluye el análisis de las relaciones de poder entre los sexos, lo cual deja por fuera un importante componente de las estructuras de poder.

Estos dos principios adicionales en que descansa el feminismo nos demuestran que no se trata de agregar el componente mujer a los análisis andocéntricos, sean estos tradicionales, liberales o marxistas, sino de incluir la categoría género en TODOS los análisis aunque el objeto de estudio sean sólo hombres, menores, ancianos, la política internacional, los derechos humanos, etc. Esto nos lleva al siguiente punto:

Sobre la importancia y significado de trabajar con una perspectiva de género.

En un principio, en Centroamérica existió alguna resistencia a utilizar el concepto "género". Esto se debe en parte a la confusión que plantea el término en español, debido a que en este idioma el término se usa no sólo para clasificar el tipo o especie a la que pertenecen seres y cosas, sino también para designar la manera, modo o la forma de ser de algo. "Así tenemos "género humano" y "género animal", "género femenino" y "género masculino", y también "género literario" o "género musical" y hablamos de "género de vida" o de género de conversación". Ahora bien, quienes introducen la nueva acepción de género en las ciencias sociales y posteriormente en los estudios sobre las mujeres, son anglo-parlantes para quienes "género" tiene un sentido más preciso. En inglés su acepción generalizada es la de género sexual. Con "gender" se denominan las dos formas, femenina y masculina, en que biológicamente se configuran las personas, la mayoría de los animales y muchas plantas."¹¹

Por eso, cuando los/as angloparlantes oyen "gender" inmediatamente saben que se está hablando del género sexual, mientras que para nosotras/os hispanohablantes cuando oímos "género", estamos oyendo "clase" o "tipo" y eso nos confunde, porque es justo admitir que suena muy raro oír que hay que hacer análisis con perspectiva de "tipo" o "especie".

Otra confusión que se crea con el término "género" se da cuando se usa "genérico" para hacer referencia a algo que es "perteneciente al género o de género", porque resulta que "genérico" también quiere decir "común a muchas especies, que no tiene marca de fábrica, neutro". Es en esta segunda acepción que se usa siempre en el derecho, cuando se dice que una ley es genérica. Una "ley genérica" es aquella que no tiene preferencia ni va dirigida a ningún grupo en especial, sino que va dirigida a todos y todas en forma neutral. Pero resulta que algunas feministas usan el término "genérico" para hacer referencia a una situación que no es contraria pero sí diferente, por ejemplo, "hacer un análisis genérico", la "jerarquía genérica", la "situación genérica" de los sexos, etc., cuando están haciendo referencia a análisis con perspectiva de género, a la jerarquización por género o de género, o a la situación que se relaciona con el género de los sexos.

11. Tomado de la reproducción de un extracto de la "Entrevista a Marta Lamas" por Víctor Jacobo, originalmente publicada en la Revista de la Dirección de Difusión Cultural, CASA DEL TIEMPO, mayo-junio 1987, UNAM, México.

Para evitar estas confusiones y debido a que en el derecho, como dije antes, se usa genérico en el sentido de neutro, imparcial, sin marca, yo utilizo el término **genérico** en ese sentido y uso **género-sensitivo, perspectiva de género**, o simplemente **de género**, cuando quiero hacer referencia a aspectos, situaciones o hechos relacionados con el concepto de género en el sentido que lo usamos las feministas.

En realidad, el género en el sentido de "gender" o género sexual, hace referencia a la dicotomía sexual que es impuesta socialmente a través de roles y estereotipos, que hacen aparecer a los sexos como diametralmente opuestos. Es así que a partir de una exagerada importancia que se da a las diferencias biológicas reales, se construyen roles para cada sexo. Peor aún, las características con que se define a uno y otros sexo gozan de distinto valor y legitiman la subordinación del sexo femenino, subordinación que no es dada por la naturaleza. Es decir, mientras que el concepto de "sexo" podría afirmarse que es fisiológico, el de género es una construcción social. Esta distinción es muy importante ya que nos permite entender que no hay nada de natural en los roles y características sexuales y que por lo tanto pueden ser transformados.

Uno de los primeros científicos reconocidos por la sociedad patriarcal en hacer esta distinción entre el sexo y el género fue Robert Stoller. Lo menciono, porque sus investigaciones en torno a varios casos de niñas y niños que habían sido asignados al sexo al que no pertenecían genética, anatómica y/o hormonalmente, clarifican la diferencia entre sexo y género. Uno de los casos que él estudió fue el de un niño al que por un accidente en el momento de realizarle la circuncisión se le amputó el pene. Los médicos y su familia consideraron que dadas las circunstancias, era preferible que el niño fuera una "mujer" y no un hombre mutilado y así decidieron socializarlo como niña, identidad sexual con la cual ni el niño, ni las personas alrededor de él que no conocían su identidad sexual original, tuvieron ningún problema. Cuando este ser que biológicamente era un niño pero socialmente una niña llegó a la pubertad, se le hizo un tratamiento médico para mantenerlo con su identidad sexual escogida. Ahora es una mujer en todos los sentidos. Ciertamente que no puede engendrar, pero hay muchas mujeres que nacieron con genitales femeninos y tampoco pueden tener hijos/as.

Este y otros casos hicieron suponer a Stoller que lo determinante en la identidad sexual no es el sexo biológico, sino el hecho de ser socializado/a, desde el nacimiento o antes, como perteneciente a uno u otro sexo, y concluyó que la asignación del rol es más determinante en

la consolidación de la identidad sexual, que la carga genética, hormonal y biológica. A esa identidad que se fundamenta en la asignación del rol con base generalmente pero no siempre en el sexo biológico, él la llamó identidad de género, para diferenciarla de la identidad sexual basada únicamente en el sexo biológico.

Esa es la acepción de género que utilizamos las feministas, para insistir en la cualidad fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo y para enfatizar que las únicas diferencias "naturales" (aunque esto es cuestionable porque lo que se entiende por "natural" también es cultural) entre el sexo femenino y el sexo masculino, son las sexuales. Las diferencias existentes entre hombres y mujeres son las que se derivan de sus identidades de género, que no son para nada naturales sino que han sido construidas a través de la historia.

"La estructuración del género llega a convertirse en un hecho social de tanta fuerza que hasta se piensa que es "natural". Por eso resulta importante darse cuenta que, si bien las diferencias sexuales son una base sobre la que se asienta una determinada división sexual del trabajo y por lo tanto, cierta distribución de papeles sociales, esta distribución no es "natural". Ciertas capacidades y habilidades son construidas y promovidas socioculturalmente. Esto es evidente en el caso de las mujeres y la maternidad. Como las mujeres han sido quienes tradicionalmente han gestado, han parido y son las que se han ocupado de la crianza de los niños básicamente por la posibilidad de amamantarlos, lo cual ha supuesto menor movilidad y la necesidad de permanecer en la casa, entonces la asociación de la maternidad con las tareas domésticas aparece como "natural". No se trata de negar dicha asociación, ni las poderosas razones que la hicieron inevitable en un momento histórico, pero de ahí a considerar el trabajo doméstico como el trabajo "natural" de las mujeres, hay mucho trecho. No por tener la capacidad de tener hijos las mujeres nacen sabiendo planchar y coser...

*Plantear el problema del sexismo y del poder patriarcal en términos de género, permite entender que el problema de las mujeres en la sociedad no es un problema de biología, sino un problema social y que el feminismo aunque parte de las mujeres, no es una lucha de y para ellas, sino de toda la sociedad."*¹²

Aunque últimamente muchas personas hablan de trabajar con perspectiva de género y hasta existe un mandato de las Naciones Unidas para que todas sus agencias incorporen esta visión en sus respectivos quehaceres, no es un término que se comprenda fácilmente, ni que sea aceptado sin resistencia, debido precisamente

12. Idem

a que estamos habituadas/os a la visión andocéntrica que nos dificulta ver más allá de ella. Es decir, como estamos formados y formadas creyendo que la visión de mundo andocéntrica es la única visión, esto de ver el mundo desde otra perspectiva no es tarea fácil.

Sin embargo, el que sea difícil no lo hace imposible, y una vez que realmente se logra mirar a través del prisma del género, nunca más se quiere ver el monótono mundo del monosexismo.

Es necesario comprender que la idea de incluir la perspectiva de género en todo el quehacer humano parte del convencimiento de que la posición absolutamente subordinada que ocupa la mujer en cada sector social con respecto a los hombres/varones de ese mismo sector social, y relativamente subordinada a todos los hombres/varones, no se debe a que "por naturaleza" es inferior, ni se debe a que ha tenido menos oportunidades o menos educación -aunque esas carencias contribuyen a su subordinación-, sino a que la sociedad está basada en una estructura de género que mantiene a las mujeres de cualquier sector o clase, subordinadas a los hombres/varones de su mismo sector o clase y relativamente, con menos poder que todos los hombres/varones.

Así, hacer un análisis de un texto o contexto desde la perspectiva de género significa primero que nada, tener conciencia de que las mujeres POR SU SEXO, ocupan un lugar subordinado en nuestra sociedad y que el hombre/varón POR SU SEXO, ocupa un lugar privilegiado. Esa pertenencia a un grupo subordinado o a uno privilegiado, es socialmente importante y debe en todo momento tomarse en cuenta. Es decir, que la pertenencia a un sexo es una categoría social que debe formar parte de cualquier análisis de lo social porque, aunque (a grosso modo) es la naturaleza la que dictamina a qué sexo se pertenece, es la sociedad (siempre y en todo momento) la que dictamina qué características y cuántos poderes deben y pueden tener uno y otro sexo.

Aquí quiero agregar que tener conciencia de que las mujeres y los hombres, POR SU SEXO, ocupan lugares de menor o mayor poder, no es ni más ni menos que tener una conciencia feminista.¹³

Con la conciencia de que el sexo es una categoría socialmente relevante, hablamos de que hacer un análisis de género es hacer un análisis que toma la variable sexo como central, explicitando en todo momento desde cuál sexo se hace dicho análisis y cuáles son los efectos o circunstancias en uno y otro y las relaciones entre ellos.

13. Aunque muchas mujeres latinoamericanas tienen esa conciencia y niegan ser feministas por el sentido peyorativo que le han dado los medios de comunicación al término.

En el caso que nos ocupa, nos interesa hacer un análisis de género desde la experiencia de las mujeres. Esto significa hacer un análisis desde la perspectiva de un ser subordinado, o sea, desde la perspectiva de un ser que ocupa un lugar de menos poder y de menor privilegio que un hombre/varón de su misma clase, raza, etnia, opción sexual, edad, capacidad, creencia, etc., y también, en muchos aspectos, de menor poder que todos los hombres/varones de todas las clases, razas, etnias, etc., sin dejar de lado el análisis de la situación del sexo dominante y las relaciones entre ambos sexos. Parafraseando a Natalie Davies, nuestro propósito es descubrir el alcance de los roles sexuales y del simbolismo sexual en los distintos componentes del fenómeno jurídico, para encontrar qué significado tienen y cómo funcionan para mantener el orden social o para promover su cambio.¹⁴

Tradicionalmente se han hecho investigaciones, estudios y análisis desde la perspectiva del hombre/varón occidental, blanco, cristiano, heterosexual, sin discapacidades visibles, los cuales se presentan como si no tuvieran ninguna perspectiva, como si fueran totalmente objetivos, neutrales y universalmente válidos, como si la posición que ocupa ese ser privilegiado fuese el parámetro de lo humano. Esta manera de presentar y hacer las investigaciones no sólo es parcial al sexo masculino, sino que deja por fuera a todos aquellos hombres que pertenecen a grupos discriminados o marginados. Por otro lado, los análisis tradicionales que sí toman en cuenta la variable clase, raza u otra pero no toman en cuenta la variable sexo, parten de que la clase o raza del hombre/varón es la que es determinante o que al hablar de los hombres pobres, por ejemplo, se está hablando de las mujeres pobres. De esta manera, aunque estos estudios sean menos parciales que aquellos que no toman en cuenta estas variables, adolecen de la exclusión de más de la mitad del género humano. Pero más terrible aún, adolecen de falta de objetividad porque presentan sus conclusiones como válidas para la humanidad toda (esta es la forma de sexismo que se conoce como sobregeneralización).

Desde la perspectiva de los dominantes sin conciencia de género,¹⁵ las subordinadas hemos quedado excluidas, invisibilizadas, "neutralizadas", porque la realidad de los dominantes se ha tomado como la única. Tomar la realidad del hombre/varón dominante como la única

14. Natalie Zemon Davis, "Women's History in Transition: The European Case", *Feminist studies*, 3 (Invierno de 1975 - 76).

15. Aquí es importante aclarar que la perspectiva de los dominantes no es patrimonio sólo de los dominantes, marginadas y oprimidas ven su mundo desde la perspectiva dominante porque es la única que conoce concientemente.

realidad, es establecer un parámetro de lo humano y simultáneamente establecer que todos y todas las demás constituimos "lo otro". Por eso los estudios tradicionales son parciales, específicos y subjetivos: presentan sólo una parte de la realidad como si fuera la totalidad, o como si fuera representativa de ésta.

Es cierto que algo se ha escrito e investigado sobre la mujer, pero la realidad de las subordinadas, cuando se toma en cuenta, que no siempre, nunca se ha tomado como parámetro de lo humano sino como la realidad de "el otro", tanto así que en el entendimiento convencional, la mujer es sinónimo de "lo otro", "lo específico" lo "no universal".

Pero aún, generalmente cuando se toma en cuenta a las mujeres, se toman en cuenta solamente tres tipos de mujeres: 1.- Mujeres alibí o mujeres coartadas —mujeres que se han comportado como hombres y han logrado sobresalir en el campo masculino a pesar de ser mujeres y no por ser mujeres. 2.- Mujeres madres —mujeres que son tomadas en cuenta sólo en tanto que madres o, 3.- Mujeres víctimas —mujeres que no son sujetas de su propia historia sino que son objeto de todo tipo de vejámenes—. Aunque ciertamente es un avance el que al menos se tomen en cuenta estos aspectos de la realidad humana femenina, las mujeres no somos sólo eso, somos humanas, sujetas de la historia y constructoras de cultura tanto como el hombre/varón.

Cuando se hace un análisis de género desde la perspectiva de las mujeres, se hace un análisis más completo que cuando se parte de la no perspectiva de los hombres/varones. Para comenzar, partir de lo que en el entendimiento convencional se considera "el otro", necesariamente implica reconocer quién es el parámetro para ese entendimiento convencional. Por eso, cuando se hace un análisis de género desde la perspectiva de la mujer (análisis feminista), se está haciendo un análisis con la conciencia de que esa perspectiva es la perspectiva del ser subordinado por excelencia. Y, cuando se hace un análisis desde un ser subordinado, no se puede menos que tomar en cuenta la posición y perspectiva del ser dominante, del ser "parámetro" del cual el ser subordinado es "el otro".

Por eso se afirma que el análisis de género desde la perspectiva de las mujeres es más objetivo que el análisis tradicional¹⁶ y no es igual a hacer un análisis de la mujer (aunque muchas personas hacen análisis de la mujer y lo presentan como un análisis de género porque confunden mujer con género). Hacer un análisis desde

la perspectiva de las mujeres como seres subordinados (es decir la perspectiva de género desde las mujeres), implica necesariamente hacer un análisis de esa subordinación y de quiénes se benefician de la misma, por lo que no se puede excluir al sexo dominante: es él quien se beneficia de su subordinación, es él quien se ha proclamado como "parámetro" de lo humano. Si esta situación no se incluye, si no se incluye el análisis del poder entre los sexos, no se puede entender la realidad de la subordinación de la mujer ni se puede decir que se ha hecho un análisis de género porque éste lleva implícito el análisis del poder. Hablar de la mujer sin tomar en cuenta las estructuras de género no explica su ubicación dentro del sistema sexo/género, por lo que no se puede entender la realidad.

De la misma manera, desde la experiencia del ser dominante, si no se toman en cuenta los "servicios" que los seres dominados le brindan y las situaciones que lo mantienen en esa posición privilegiada, tampoco se puede entender cabalmente su realidad. Por ello, para entender la realidad de los hombres también es necesario hacer un análisis de género, que los ubique dentro del sistema sexo/género, ya que ellos también son definidos por su pertenencia al género masculino. Claro está que al ser miembros de un grupo privilegiado cuyos privilegios se han aceptado como dados por la naturaleza, los hombres no están tan dispuestos a hacer este tipo de análisis que los pone en evidencia y los obliga a una de dos posiciones: 1.- o aceptan que tienen privilegios basados en una construcción injusta de la sociedad y por ende tienen que soltarlos si creen en la justicia, o 2.- le niegan toda validez a este tipo de análisis para poder seguir disfrutando de sus privilegios. No hay posiciones intermedias.

Si bien es cierto que hay hombres (y mujeres) que están dispuestos a aceptar la validez de los análisis de género, para estudiar situaciones concretas relacionadas con el sexo femenino (pero no para los estudios o actividades "generales" que se dirigen a todo el "pueblo", como podrían ser las cuestiones relacionadas con la política internacional, la historia universal, los derechos humanos, el derecho constitucional, la teoría del estado, etc.), esta aceptación de la validez del análisis del género es una aceptación sólo en apariencia. Si la analizamos con cuidado, veremos que quienes así piensan se ubican perfectamente en la segunda categoría de gente, es decir entre quienes le restan toda validez al análisis de género porque si se entiende qué es el género y qué implica un análisis de género, se entiende que todo el quehacer humano está imbuido de significantes de género y cons-

16. La perspectiva tradicional ni siquiera tiene nombre ya que no es consciente de que tiene una perspectiva.

truidos sobre las estructuras de género, aunque el tema a investigar sea el primer alunizaje.

Lo que ha sucedido es que los análisis tradicionales de las actividades que consideramos “no específicas de las mujeres”, es decir, de las actividades “importantes” de la “generalidad de los seres humanos” invisibilizan las estructuras de género, lo cual permite que no sean cuestionadas. Así, esa situación de privilegio masculino y esas ventajas que todo hombre posee por pertenecer al sexo masculino se vuelven parte de la naturaleza y por ende, no susceptibles de análisis (y lo que es peor, no susceptibles de ser transformadas lo cual es muy conveniente para el sexo masculino).

Aún más, el análisis de género al cuestionar lo masculino como parámetro de lo humano, simultáneamente cuestiona la dicotomía entre el ser “parámetro” y el ser “el otro” y por eso no deja de lado el que las mujeres pertenecemos a clases, razas, etnias, preferencias sexuales, etc. distintas porque, así como no hay un hombre parámetro, tampoco hay una mujer “parámetro” y una mujer “la otra”. Por eso se afirma que cuando se hace un análisis de género se tiene claro que las variables raza, clase, edad, etc., lo atraviesan y modifican. Hacer un análisis de género no es hacer un análisis tomando en cuenta la categoría social “sexo”, para luego agregarle un análisis de clase, raza, etc. Implica mucho más. Implica romper con las dicotomías de nuestra manera de pensar el mundo en blanco o negro, racional o afectivo, bueno o malo, yo y “lo otro”, etc. Implica un análisis más rico y siempre posible de ser enriquecido con otras perspectivas.

Talvez aquí convendría dar un ejemplo para aclarar esto de que el género es atravesado por otras variables. Tomemos a una mujer negra. Podría creer que esa mujer sufre dos formas de discriminación: la discriminación por pertenecer a una raza discriminada y por pertenecer a un sexo discriminado. Pero no habremos comprendido la complejidad de su opresión si nos contentamos con sumar esas distintas formas de opresión. No sólo la mujer negra sufre por ser mujer y por ser negra, sino que es oprimida por ser MUJER NEGRA que no es lo mismo que ser mujer occidental/rosada y que es distinto de ser hombre negro. Vemos así que el género y la raza se dan contenido y significado mutuamente.

También es importante distinguir entre “agregarle” a un análisis el “componente mujer” y hacer “un análisis de género”. En el primer caso no se cuestiona el androcentrismo del análisis, dejando casi intactas las estructuras de género que mantienen a las mujeres subordinadas, mientras que en el segundo se amplía el panorama, cuestionando el mismo paradigma del estu-

dio y analizando las distintas maneras en que se manifiesta el sexismo.¹⁷ Por eso tampoco es lo mismo tener “conciencia de mujer” que tener “conciencia de género”, ya que como dije anteriormente, el tener conciencia de género implica tener conciencia de las relaciones de poder entre los sexos atravesadas por las variables raza, clase, opción sexual, edad, discapacidad visible, etc. Implica también entender que vivimos bajo un sistema de sexo/género con dominación masculina (o en otras palabras, un “patriarcado”) que no puede ser eliminado por un esfuerzo individual, sino que debe ser cambiado en sus propias estructuras a la vez que por medio de la conscientización.¹⁸

Por ello la labor de “conscientización en género” o lo que es lo mismo, la toma de conciencia de las diferentes opresiones de las mujeres de las distintas razas, clases, opciones sexuales, etnias, edades, discapacidades, etc., es una labor básica para comprender que no basta con ser mujer para entender el sexismo (aunque es más fácil entenderlos si se es mujer). Por eso, esta impostergable conscientización es a la vez el primer y último paso de esta metodología. Sin esta conscientización, la eliminación del sexismo es imposible.

Contradictoriamente pero entendible en una sociedad patriarcal, la perspectiva tradicional —que al fin de cuentas es la perspectiva de los dominantes— aunque quede invisibilizada, excluida o neutralizada la realidad de las subordinadas y por ende falseada también la realidad de los dominantes, es entendida como objetiva, científica, universal. Mientras que los estudios desde la perspectiva de la mujer como ser subordinado son percibidos como parciales a la mujer y por ende, como menos científicos, objetivos y/o importantes, a pesar de que desde esta perspectiva, como se explicó anteriormente, el hombre/varón está siempre presente.

Tal vez esta manera de percibir los estudios que tienen perspectivas de género se deba a que desde la perspectiva feminista, los privilegios de sexo del hombre/varón están explícitamente expuestos. Como no estamos habituadas/os a esa claridad, es lógico que nos incomode. Y es que estamos tan acostumbradas/os a ver el mundo desde la perspectiva masculina únicamente, que cuando nos lo presentan desde la perspectiva de un ser dominado, especialmente si ese ser dominado es del sexo femenino, nos parece que es una percepción “específica” y por ende no válida para el género humano, aunque sea “espe-

17. Ver más adelante el aparato sobre las distintas formas en que se manifiesta el sexismo en los análisis e investigaciones.

18. Para profundizar en la teoría sexo/género ver: Candelaria Navas. CONCEPTUALIZACION DE “GENERO”. Cuadernos de Investigación No. 58. CSUCA, San Salvador, abril 1990.

cífica" de más de la mitad del género humano y lo sea mucho menos que los estudios tradicionales.

Como se menciona anteriormente, el análisis de género no es un análisis que sólo se puede hacer desde la perspectiva de la mujer o sólo se utilice para estudiar a las mujeres. Todas las situaciones humanas deberían ser analizadas desde la perspectiva de género, desde la familia hasta la guerra y las relaciones internacionales. Sí, como lo insinué antes, hasta las relaciones internacionales tienen que ver con el sistema sexo/género y por ende, deben ser analizadas desde una perspectiva de género como lo demuestra Cynthia Enloe en su libro *BANANAS, BEACHES AND BASES*.

*"Hasta ahora, el análisis feminista (de género) ha tenido poco impacto en la política internacional. Tanto quienes analizan la política internacional como quienes la hacen, se han demostrado muy seguros en su poco aprecio por las ideas feministas. Son muy pocos los analistas profesionales de las relaciones internacionales que toman seriamente en cuenta las experiencias de las mujeres. Las experiencias de las mujeres -de la guerra, del matrimonio, del comercio, de los viajes, del trabajo de fábrica-, se presentan en la sección "de interés humano". El papel que juegan las mujeres en la creación y mantenimiento de la política internacional, ha sido tratada como si fuera "natural" y por lo tanto no merecedora de ser investigada. Es así que la dependencia de la política internacional en el control de los hombres sobre las mujeres no ha sido examinada. Esto ha tenido como resultado que quienes ejercen el poder en las relaciones internacionales no se han responsabilizado de los efectos de esas relaciones en la vida de las mujeres."*¹⁹

Por eso, quienes buscan unas relaciones internacionales más justas entre los países desarrollados y los que están ahora en vías de devolución, deberían hacer análisis de género de estas relaciones, para entender cómo y en qué medida descansan en el control de los hombres sobre las mujeres, porque tal vez si los hombres estuvieran dispuestos a desprenderse de tanto control y poder sobre otros seres, podríamos lograr relaciones más justas entre países también. Tal vez si lográramos hacer análisis de situaciones que no invisibilicen relaciones de poder, lograríamos entender mejor cómo funciona el control y el poder. Mientras se mantengan firmes las estructuras de género, jamás se lograrán eliminar completamente las otras formas de dominación porque éstas descansan en aquellas.

En otras palabras, los hombres deberían hacer análisis de género explicitando siempre su posición privile-

giada en esta sociedad con respecto a la mujer, en vez de hablar "desde ninguna parte" y en nombre del género humano, dejando incuestionadas las relaciones de poder entre los sexos porque esto, a la larga, también los perjudica. En síntesis, tanto hombres como mujeres deberían optar por incluir la categoría género como central a cualquier análisis, porque esta categoría permite una visión más apegada a la realidad y por lo tanto más objetiva y científica. Es mi convicción que entre más se conozca la realidad, más fácil es transformarla de manera que sólo quienes se aferran a sus privilegios de clase, etnia, nacionalidad, sexo, preferencia sexual, etc., tienen interés en que no se utilice la perspectiva de género.

La filósofa Sandra Harding critica esa manera "sin perspectiva" supuestamente objetiva con la que los científicos sociales nos presentan la realidad. Afirma que lo que ha sucedido, es que la ciencia social tradicional sólo se ha planteado aquellas preguntas sobre la vida social que son problemáticas, desde la experiencia social de los hombres (blancos, occidentales, heterosexuales).

"Inconscientemente ha seguido una "lógica de descubrimiento" que podríamos formular de la siguiente manera: hacer sólo aquellas preguntas sobre la vida natural y social que los hombres quieren que sean contestadas. ¿Cómo podremos "nosotros los humanos" alcanzar mayor autonomía? ¿Cuál es la política legal apropiada hacia los violadores y las mujeres violadas que deje intactos los parámetros comunes de la conducta sexual masculina? Por otro lado, muchos fenómenos que parecen problemáticos desde la perspectiva de los hombres no parecen del todo problemáticos desde la perspectiva de las experiencias de las mujeres (por ejemplo, los dos problemas anteriores no surgen de las experiencias de las mujeres). Por otro lado, las mujeres experimentan muchos fenómenos que ellas consideran que sí necesitan explicación: ¿Por qué encuentran los hombres el trabajo doméstico y el trabajo con niñas/os tan desagradable? ¿Por qué las oportunidades de vida de las mujeres tienden a ser tan limitadas exactamente en los momentos que la historia tradicional caracteriza como los más progresivos? ¿Por qué es tan difícil detectar los ideales de femineidad de la mujer negra en los estudios sobre familias negras? ¿Por qué está la sexualidad masculina tan definida en términos de poder? ¿Por qué se considera que arriesgar la vida constituye un acto humano distintivo, pero el dar a luz se considera algo simplemente natural? La reflexión sobre cómo un fenómeno social llega a definirse como problema que demanda explicación, nos revela fácilmente en primer lugar, que no existe un problema sin una persona (o grupos de ellas) que lo posean: un problema siempre es un problema para alguien. El reconocimiento de este hecho y de sus implicaciones para la estructura de la empresa científica, provoca inmediatamente

19. Cynthia Enloe, *"BANANAS BEACHES AND BASES; Making Feminist Sense of International Politics"* University of California Press, Los Angeles, 1990.

conflicto entre el enfoque feminista (de género) de investigación y la comprensión tradicional."²⁰

Además la Dra. Harding agrega que el reconocimiento de la importancia de utilizar la perspectiva de género desde las mujeres (utilizar las experiencias de las mujeres) como recurso para el análisis social, no tiene implicaciones sólo para la estructura de la empresa científica sino más importante aún, también para la educación, los medios de comunicación, los laboratorios, las agencias de financiamiento, los bancos, etc. *"Por razones de justicia social, las mujeres deben tener una participación igualitaria en el diseño y administración de las instituciones donde se produce y distribuye el conocimiento: no es justo que se excluya a las mujeres del beneficio que obtienen los hombres por participar en este tipo de empresas. Pero las mujeres también deben participar en estos proyectos porque de no hacerlo, sólo se podrá producir una comprensión parcial y distorsionada sobre nosotras/os mismas/os y sobre el mundo que nos rodea, en una cultura que sistemáticamente silencia y menosprecia las voces de las mujeres."*

Un ejemplo dramático y muy concreto de los distintos resultados que dan estas visiones o perspectivas distintas (la perspectiva de género desde las mujeres y la tradicional de los hombres), la podemos encontrar en las regulaciones y leyes sobre el aborto. Para los hombres, el problema del aborto es un problema abstracto de protección a una vida abstracta, porque NUNCA tendrán que enfrentar un aborto desde su propio cuerpo. Para las mujeres en cambio, el problema del aborto es un problema concreto que millones de mujeres han debido enfrentar no sólo en un plano intelectual sino en su propio cuerpo. Para ellas es un problema ético-práctico entre la vida en abstracto y la calidad de vida en concreto de dos seres: el de la madre y el de la vida en potencia que está en su vientre y tal vez hasta la vida de las/os demás hijas/os.

En nuestras sociedades se ha enfrentado el problema del aborto desde la perspectiva del hombre/varón únicamente. Es decir, se presenta como un problema éti-

co-abstracto cuya preocupación básica es la protección a la vida intrauterina. Desde esta perspectiva es que se ha legislado sin tomar en cuenta la vida de la mujer, ni la calidad de vida de los seres involucrados, aunque cada mujer que acude a un aborto clandestino se lo practica ella misma, pueda morir en cualquier momento. Claro que en parte esto se debe a que desde la perspectiva tradicional, la mujer que decide someterse a un aborto se pone en riesgo voluntariamente, por lo que la vida de la mujer no entra en la esfera de protección. Pero desde la perspectiva de género, sabemos que las mujeres enfrentan un aborto cuando no les queda otro remedio y lo enfrentan sabiendo que pueden morir. Desde esta perspectiva, se entiende que no sirve penalizar el aborto para "proteger" la vida intrauterina porque penalizado o no, la realidad es que miles de mujeres en todo el mundo acuden a esta trágica solución a un problema concreto.

Con este ejemplo no estoy diciendo que desde la perspectiva de género la solución única es despenalizar el aborto. Lo que quiero ejemplificar es que el problema del aborto, desde la perspectiva de la mujer, como perteneciente a un género subordinado, es un problema mucho más complejo que la preocupación por la vida intrauterina. Tiene mucho más implicaciones. Si este problema se analizara desde esta perspectiva en vez de sólo analizarse desde la perspectiva tradicional, que hasta ahora sólo se pronuncia por la vida en abstracto, tal vez ya habríamos encontrado una solución a las miles de muertes de mujeres en abortos clandestinos y a la consecuente desprotección de esa vida intrauterina que tanto se desea proteger.

Si el problema del aborto se analizara desde una perspectiva de género, se tendría que analizar no sólo el valor "vida" en abstracto, sino al mismo tiempo *"los costos de los pañales y la leche, la imposibilidad de encontrar empleo estando embarazada, la falta de guarderías y la soledad con que miles de mujeres enfrentan la maternidad"*²¹, los métodos anticonceptivos, la violación marital, los y las niñas en la calle y tantos otros factores más.

20. Sandra Harding.

21. Ver artículos de Bertha Hiriat, "Pacifismo y despenalización del aborto" en la revista MUJER/EMPRESS No. 114 de abril de 1991

Género, teoría de género y perspectiva de género*

Dra. Marcela Lagarde



* *Memoria de Charlas* impartidas por Dra. Marcela Lagarde en Managua, Nicaragua, en agosto 1993. Publicación de CANTERA.

Hay varias posiciones en la actualidad en torno a lo que se llama perspectiva de género. No hay una sola. Acá, algunas de ustedes identificaron género y feminismo. Esa es una de las concepciones y de las posiciones posibles. Desde luego que hay una relación muy estrecha entre la perspectiva de género y el feminismo, pero no son lo mismo ni pueden reducirse uno al otro. Gran parte de los conflictos o de las resistencias que mencionaban algunas personas acá ante la perspectiva de género tienen que ver con la resistencia antifeminista. No están separadas. Viéndolo macro, se puede detectar que no se trata solamente de pequeñas respuestas de contrariedad frente al feminismo sino que ya hay acciones coordinadas, concretas, organizadas, ligadas a la reacción mundial, que podemos llamar antifeministas. Son posiciones militantemente conservadoras que lo que se proponen es eso: conservar un orden del mundo en cuanto a los géneros. Y se expresan políticamente como antifeminismo, como gran corriente política y cultural en el mundo, donde se han dado la mayor parte de propuestas para modificar el orden dominante de géneros. Hay una autora, Janet Saltzman, que tiene un trabajo que se llama "Equidad y género" que ha hecho un análisis mundial sobre qué está pasando en el mundo en relación con esta forma de organización de la sociedad en la que existen los géneros como los conocemos, las propuestas de cambio de estas relaciones y las contrapropuestas. Y ella es la que plantea que hoy en el mundo existe una creciente y organizada corriente antifeminista. Y la pregunta que nos hace es dónde nos ubicamos cada quien. No es muy claro dónde estamos todas las personas. En muchas cosas de nuestra vida cotidiana, formamos parte de esta corriente sin ni siquiera saberlo, somos parte del conservadurismo en el mundo: conservamos tradiciones, costumbres, que reproducen el orden de géneros. Pero en otras partes, a lo mejor, estamos en las corriente renovadoras en el mundo, reformistas o radicales que se están proponiendo relacionar dos cosas fundamentales: los cambios en el sistema de géneros y la democracia. Y ligar estos dos temas me parece que es de lo más productivo e interesante. Cada quien hágase la pregunta de dónde se ubica. Estamos en la línea en medio de ambas cosas porque, como todas las personas, en parte reproducimos lo que ya somos y en parte innovamos el mundo al cambiar y al insertarnos en procesos de cambio social, económico y

biológico, político y cultural. Bueno, esto para ubicar donde estamos.

Les decía que hay varias concepciones y corrientes en torno a los géneros. Una de las grandes corrientes es la que identifica género con mujer, a tal punto que se usan como sinónimos y se dice género como si se dijera obviamente mujer. Y entonces están todos los proyectos, las propuestas de los 80s que son las que se llamaron "proyectos de mujer", "democracia y mujer", "salud y mujer"; a los que se les llamó también "salud y género". No es que esto sea equivocado: tiene su historia. Las mujeres hemos sido portavoces, portadoras y además luchadoras en todo el mundo por convencer a las sociedades en las que vivimos de que es posible analizar la realidad con un enfoque de género.

Hay una serie de corrientes, también surgidas en los 80s, que, además de plantear la cuestión de género asociada a las mujeres, la plantean asociada al desarrollo. Y aquí tenemos otra gran veta de corrientes teóricas y prácticas, sobre todo en países de A.L., Africa y Asia y en grupos sociales llamado minoritarios en sociedades del primer mundo que han tratado de ligar visiones del mundo críticas con la construcción de proceso de desarrollo y con el avance en las condiciones de vida de las mujeres. Este campo que hoy se llama "género y desarrollo" es una segunda área del género. Y está pegada sobre todo entre la izquierda en nuestros países porque logra vincular cambios en la condición de la mujer con cambios sociales profundos. Cuando vean propuestas de género y desarrollo piensen que hay tras de ellas esta síntesis entre visiones de transformación social con un sentido popular, nacional y democrático, y género.

Y encontramos también, entre las propuestas de género y desarrollo, aquellas que tienen ciertos canales de transmisión en el mundo: las organizaciones internacionales que ligan al norte con el su —si esa es la nomenclatura que les gusta—, o al primer mundo con el tercer mundo... En fin, que liga a los países, no solamente más desarrollados, desde el punto de vista del desarrollo, con los países menos desarrollados, sino que liga a países donde las condiciones sociales de género y la cultura de género es mucho más avanzada, mucho menos patriarcal que la conformación cultural y social nuestra. Entonces hay una transferencia de concepciones del mundo, de propuestas de reforma social, económica, jurídica, polí-

tica, de sociedades que están en otro sitio en cuanto a las relaciones de género hacia sociedades mucho más autoritarias, mucho más trabadas desde el punto de vista de los géneros. Estas organizaciones son por ejemplo, la ONU, a través de UNIFEM, UNICEF, con los programas también para la infancia; a través de la FAO, los programas para el hambre en el mundo; organizaciones que acá se conocen como las financiadoras, o las financieras de proyectos en nuestros países que corresponden en muchos otros países con agencias de cooperación para el desarrollo y que a través de sus proyectos de desarrollo introducen la llamada perspectiva de género. Pero es una forma, la voy a calificar de generosa, de llevar a otros sitios propuestas como éstas que voy a explicar en qué consisten, enfocadas en la cuestión de género que de otra manera tardarían muchísimo en desarrollarse incluso en los propios países a donde llegan o a lo mejor no se desarrollarían nunca.

Esta última perspectiva viene con dólares, o marcos, u otro tipo de monedas y resulta que cuando llega a nuestros países, por ejemplo, a equipos como éste u otros -yo me topo con eso todos los días-, de pronto a la gente les dicen que sus proyectos tienen que tener la perspectiva de género, les mandan formularios y les dicen: Un proyecto tiene perspectiva de género si a), b), c), d). Y entonces, de repente, todo el mundo tenemos que ponernos las pilas de género y empezar a producir proyectos de género para que siga llegando el apoyo a otros programas productivos. Pero fíjense que quien recibe esto de esta manera lo recibe como una medida autoritaria y esto genera muchas resistencias y mucho conflicto. No solamente se recibe como algo autoritario porque viene de las financieras, o de las casas matrices, o de donde ustedes quieran, sino porque viene del primer mundo, o del norte, o de otras latitudes que no comprenden nuestras tradiciones y nuestra idiosincrasia. Y, a veces, también lo sentimos como parte de la imperialización del mundo. Entonces, menos queremos estos rollos de género porque nos llegan así, como a través de mandatos. Y no alcanzamos a ver cómo se generaron en los países de origen. En los países de origen tienen que ver con procesos de democracia de género muy avanzados en relación a nosotros. Pero como vienen como una extensión de políticas, nos parecen interventores, invasores... hasta colonialistas, ¿no?

La Aldea Global

Esta difusión del enfoque de género tiene que ver también con lo que hoy llamamos *la globalización del mundo*. Acabo de participar en la reunión mundial de antropólogos y etnólogos que se hizo en México. Está-

bamos más de tres mil antropólogos de todo el mundo discutiendo los temas actuales de la antropología y el gran tema era la aldea global, visto desde la ecología, la salud, el género, la relación, norte-sur, los medios de comunicación... Esa es la visión del mundo que se está conformando ahora.

¿Qué significa una aldea global? Significa dos cosas terribles opuestas y contradictorias: una es ésta de la globalización en que se plantea que por primera vez en las historias existe tal interrelación y tal intercomunicación entre sociedades tan diversas que empezamos a compartir una serie de valores, mitos, creencias, ideologías aunque éstas no correspondan con las formaciones sociales en que vivimos. Y allí se genera una gran contradicción entre la cultura global que se está construyendo y las sociedades parciales, a veces fragmentadas, a veces inconexas, en que vivimos, que tienen a su vez sus propias tradiciones, sus propias creencias, sus propias elaboraciones culturales que le vienen de otros procesos.

Nunca como ahora habían existido tantos recursos culturales que llegan a todas partes del mundo al mismo tiempo y crean realidades virtuales, que es lo más grave. O sea, que nos hacen creer que el mundo es el mundo imaginario que vemos en el noticiero, por ejemplo. Pero al mismo tiempo, parte de la democracia en la aldea global son las fuerzas como este encuentro, donde hay mujeres y hombres de todo el mundo convocados por una voluntad ética. Creo que eso es lo más importante. Aquí no hay imposición de patrones porque no es posible para muchas culturas previas aceptar la globalidad de las propuestas. Tampoco es posible traducirlas directamente sino que siempre hay un proceso creativo e innovador.

Me impresiona mucho cómo hicieron las mujeres musulmanas después del auge inicial del feminismo de los 60s cuando, armadas con el feminismo europeo que aprendieron en Francia, en Inglaterra, etc., se horrorizaron por la mutilación de los cuerpos y con un discurso feminista, éste del sujeto, de la autonomía, del derecho al cuerpo, al placer... trataron de enfrentar eso en sus países. ¡Ehhh! No pudieron. Y pasaron muchos años de enormes sufrimientos, de dolor, de pérdidas, de derrotas, de ser incluso rechazadas por las mismas mujeres a quienes estaban tratando de convencer para no ser tocadas en su cuerpo. Y cuando van a Nairobi, presentan el informe sobre la clitoridectomía y la mutilación a las mujeres y su experiencia que es una experiencia sincrética: cómo con la filosofía de la integridad del cuerpo, el derecho al placer, construir una opción cultural aceptable para los musulmanes, sobre todo para los

musulmanes, y las musulmanas. Cómo meterle en la cabeza a las personas y hacer comprensible que no es necesario quitarle nada al cuerpo de las mujeres para que se vuelva femenino porque la mutilación del cuerpo de las mujeres, vista desde la propia cultura, tiene el sentido de volver mujeres en la pubertad a aquellas portadoras de cuerpos imperfectos porque tienen una partecita del cuerpo que es el clítoris que es media masculina. Esta es la interpretación cultural musulmana. La clitoridectomía forma parte de un ritual de pasaje para convertirse en mujer. Cómo desconstruir eso. Cómo inventar otro cuerpo, cómo resignificar de otra manera el cuerpo para evitar ese hecho tan doloroso, tan lesivo, tan terrible para las mujeres. Ellas contaron que la experiencia fue que las mujeres se sintieron más agredidas simbólicamente por lo que las feministas musulmanas estaban denunciando que por el propio corte real vivido en su cuerpo. Es una cosa muy contradictoria y complicada.

En Nairobi contaron que lo que hicieron fue, en vez de entrarle por toda la filosofía del sujeto, le entraron por la salud y convirtieron todo su discurso en un discurso sanitario y, claro, eran las infecciones, el tétanos; sobre todo infecciones menores pero había tétanos. Claro que ellas magnificaron el tétanos y presentaron eso como un problema de salud pública por las condiciones antihigiénicas, por esto, por el otro y luego, por otro lado, le entraron por un problema de atraso cultural frente a los pueblos muy tradicionales pero con una gran aspiración en ese momento de modernidad. Entonces, los recursos para desmontar el asunto fueron la modernidad y la salud.

La aldea global significa también que globalización no tiene nada que ver con la globalización de la riqueza, por ejemplo. Que tampoco tiene nada que ver con la globalización del desarrollo...

La aldea global tiene que ver con otra cosa importante: por primera vez en las historias de las distintas sociedades empezamos a encontrar que la organización de géneros se está volviendo cada vez más uniforme en el mundo. Es decir, que cada vez nos parecemos más las mujeres laponas, las parisinas, las de Tierra del Fuego, las de la Amazonia, o las de Managua; que cada vez se parecen más los hombres que hoy están en Bosnia-Herzegovina, o los hombres que hoy están sepultando a los yanomamis muertos también hace unos días o los hombres de todo el mundo. Y esto es un fenómeno inédito. No había sucedido nunca antes en la historia. No es un parecido formal. Lo que estamos viviendo, según muchos investigadores, es *la globalización del patriarcado*. Eso quiere decir que antes no abarcaba a todo

el mundo el patriarcado. En algunas partes del mundo, hasta anteayer, no había patriarcado.

Género

¿Qué es esto del género? Vamos a ver varias de las acepciones de la misma palabra. Cuando hablamos de género ya en estos ámbitos se traduce género por mujer. Esta es, digamos, una vulgarización, es una acepción a partir del gran peso que ha tenido la relación entre las mujeres y la divulgación del análisis de género.

Otra cosa es lo que se llama enfoque o perspectiva de género. Y otra cosa es lo que se llama teoría de género.

Ya expliqué al principio por qué se ha vuelto sinónimo género y mujer. Creo que el año pasado estuve acá en Nicaragua haciendo un curso que duró un día con un grupo de hombres. Y al final del curso, uno de los hombres dijo: "Pues yo, antes de este seminario, creía que sólo las mujeres tenían género". Porque claro, metido en estos ambientes oía género y género y estaba siempre ligado a proyectos de mujeres, a propuestas de mujeres. Y claro, no sentía interpelado ni se sentía que el género tuviera nada que ver con su propia persona o con los hombres. Es por esto, por toda la liga histórica de la lucha de las mujeres por llevar a la sociedad el enfoque de género y las teorías de género. Voy a explicar la diferencia y la semejanza entre ambas.

En castellano existe la palabra género y nosotros identificamos los géneros; todas las acciones llevan género, los sujetos tienen género y nos es muy sencillo saber de qué se trata el género.

Teoría de Género

Pero resulta que, más allá de eso, que es una forma de clasificación lingüística, existe la llamada teoría de género. La teoría de género viene de la psicología, que se roba el concepto, género tanto del lenguaje que reconoce a los géneros como de la biología que habla de géneros. Fue un psicólogo llamado Stoller quien en los 40s estudiaba casos de problemas sexuales. Le llegaban muchos niños con problemas de hermafroditismo y le pedían que como psicólogo trabajara la identidad sexual de estas criaturas: ¿Cómo las iban a orientar? ¿Sobre qué género se iban a apoyar? ¿De qué se trataba? Con su práctica profesional, Stoller hacía investigación y se fue dando cuenta de que efectivamente la cuestión de la identidad sexual no emanaba del cuerpo sino que podía ser construida, a tal grado que él orientaba la identidad sexual de las criaturas para evitarles problemas por su hermafroditismo en el grado que lo tuviesen.

Stoller dijo: *El sexo* es el conjunto de características corporales que caracterizan a nuestra especie (que es

fundamentalmente dimórfica: tiene básicamente dos formas), a la mayor parte de los y de las individuos e individuos aunque hay unos cuantos, muy poquitos (por mil) individuos que tienen características mezcladas de los dos sexos: todos los conocidos como hermafroditas y una serie de variedades. Stoller puso una línea divisoria entre las características sexuales que heredamos (genotípicas) y todo lo que estaba ligado a la identidad (formas de temperamento, el carácter las formas emocionales de las personas...) Esas las voy a llamar género. Para Stoller, el género es el conjunto de características psicológicas asociadas al sexo. Estas se asocian al sexo pero son aprendidas.

Con los años, antropólogos, antropólogas, economistas, politólogos... todo tipo de científicos han construido con mucha mayor amplitud la categoría de género. Ya no solamente se piensa que son características psicológicas de las personas las que están simplemente asociadas al sexo sino que son muchas otras más. Quiere decir que no somos psicológicamente mujeres u hombres por nacimiento sino que aprendemos a serlo, como dijo la maravillosa Simone de Beauvoir, que lo dijo con relación a las mujeres: "No se nace mujer. Llega una a serlo". No es automático que por tener un cuerpo de mujer seamos mujeres sino que hay que aprender a ser psicológicamente mujeres. Los sentimientos, las emociones, las actitudes femeninas o masculinas no se heredan, se aprenden.

Cuando decimos desde la teoría de género, nos estamos refiriendo a la relación que existe entre las características sexuales y todo lo demás: las características psicológicas, económicas, sociales, culturales, jurídicas y políticas que tienen los sujetos. Pero todas ellas asociadas al sexo, y eso es lo importante de la categoría de género. Todo se adquiere: condición económica, social, cultural, jurídica y política. Eso es lo importante de la teoría de género. Esta es una teoría radicalmente revolucionaria porque permite pensar que es posible cambiar cosas que nosotros, nosotras creemos naturales. Ahí está su carácter revolucionario. Sirve para pensar que es posible cambiar, o que es posible conservar, pero no es tan sencillo cómo. El cómo es la gran pregunta que se deriva de la teoría de género y que tiene que ver con la perspectiva de género.

Las personas somos sujetos que desde el punto de vista de género hemos sido construidos con un conjunto de características históricas. Eso es lo que dice la teoría de género: que todo lo que somos asociado al sexo es histórico. Y esto ya se acerca mucho a nuestras posibilidades de interpretar para todos aquellos y aquellas que tenemos visiones históricas del mun-

do. Creo que podemos comprender desde una filosofía de la historia que los sujetos mujeres y hombres somos productos históricos.

Dos o tres líneas sobre lo histórico. En este sentido, quiere decir que no somos naturales, no somos naturaleza. Hubo un autor, Moebius, en el 1900, que decía que las mujeres y los negros somos seres que no evolucionamos y tiene un tratado impresionantemente importante porque recogió todo el conservadurismo de género, en el que explica las acusas naturales sobre la inferioridad de las mujeres y los negros y otros subgrupos de la especie. Se pensaba, y hay ideologías importantísimas que explican esto, que ser mujer o ser hombre era un hecho natural, que así nacíamos. Esa es la creencia. Pero el problema de la naturaleza está en que se cree que la naturaleza tiene una fuerza más allá de la historia que es irremediable o que, como mucho, se puede destruir, pero no modificar sustancialmente, por lo menos en lo que toca a las mujeres y a los hombres.

Somos históricos también en el sentido que estamos determinados. O sea, que hay un conjunto de hechos de estos órdenes que determinan lo que en cada época o sociedad significa ser mujer u hombre. Cuando queremos encontrar soluciones políticas a la cuestión de género, se nos olvida esto y queremos que con una sola intervención en un solo hecho de vida, cambie todo. No puede ser porque *el hecho de género está multideterminado*. No tiene una sola causa y, por lo tanto, modificar los géneros implica intervenir en todas sus dimensiones; por lo menos, en las más fundamentales.

Formas de organización social de género

Otro hecho importante sobre lo histórico es que las mujeres y los hombres tenemos género. Vean: los hombres también tienen género. O sea, el contenido de la masculinidad es el género. Pero además de las mujeres y los hombres, tienen género las sociedades concretas, los sujetos, la cultura, la política. Nada más que es distinto que en los sujetos. Los sujetos tenemos género por esa relación que cada uno sintetiza entre ese conjunto de características sexuales que nos define y lo que la historia ha construido en nosotras. En las sociedades decimos que existen sistemas de género. A mí, la palabra sistema como que no me gusta porque da la idea de algo cerrado, medio como que ya está muy estable y acabado. En realidad, lo que encontramos en las sociedades me parece que se puede llamar formas de organización social de género. En toda sociedad hay áreas más fosilizadas, hay áreas más abiertas; hay estructuras, ámbitos como los que trabajan ustedes que están en más

movimiento que otros. En este punto en el que nos ubicamos en las sociedades encontramos varias de estas formas en la historia. Yo, hace un ratito, les hablé de una y les dije que estamos viviendo algo inédito: La globalización del patriarcado. El patriarcado es una de estas *formas de organización de género*. No es la única. Pero hoy es la hegemónica en el mundo.

Yo y ustedes hemos sido testigos del fin de sociedades que no eran patriarcales y sobre eso ningún periódico ha sacado ningún titular que diga "ha muerto una sociedad no patriarcal". Les voy a dar dos referencias. Hay un autor de origen polaco, y luego se volvió inglés, Bronislav Malinowski. Hizo estudios en el Pacífico y tituló a los pueblos que él estudió "los argonautas del Pacífico Occidental", como los antiguos argonautas míticos en la tradición clásica occidental. Y Malinowski encontró en ellos que tenían una organización social que no era patriarcal; tampoco era matriarcado. No hay que pensar los géneros siempre si no es esto es el otro. No. Era una sociedad que no tiene nombre. Ahora en la antropología se le conoce como sistema de género trobriandés, porque así se llama la cultura que estudió este hombre y la sociedad. Así como hablamos de patriarcado, hablamos de lo trobriandés, que es un sistema de organización de género en que no hay dominación masculina. No había, porque entre los etnocidios les cuento que Malinowski entró con el ejército inglés a hacer sus estudios; o sea, él tuvo el privilegio de antropólogo de estudiar lo que su ejército venía destruyendo, como ha pasado con gran cantidad de antropólogos en este mundo. Ahora ya la sociedad trobriandesa cambió tanto... Por ejemplo, entre las cuestiones de la sexualidad, en esa sociedad se valía la sexualidad prenupcial abierta para chicas y chicos que eran tan chiquitos que todavía no eran fértiles. Cuando llegan las tropas inglesas, y los mercaderes y los que les quitan las tierras, y los que los evangelizaron y todos esos, prostituyeron a las niñas a partir de una tradición que en ese orden de género era otra cosa. Las vendieron, hubo trata de blancas...

El patriarcado ha entrado en este siglo en la punta de los fusiles, ha sido llevado a sociedades no patriarcales a través de procesos de dominación, colonización o imperialización. Otra autora, Margareth Myth, la antropóloga norteamericana que estudio en Samoa (que es un pueblo: hablan una sola lengua, tienen una unidad lingüística y social, pero están divididos en diversas islas con poco intercambio y poca intercomunicación de tal manera que en cada isla se ha desarrollado un sistema social distinto) encontró que lo que para los unducumur era femenino, en la isla de enfrente era mas-

culino y la revés. O sea que *no hay una definición universal de los géneros*. Y a ese sistema también lo conocemos como sistema samoano de orden de géneros.

Pero en las ideologías se inventó el matriarcado como para contrarrestar tanto patriarcado. *El matriarcado es una invención*. Lo inventó un autor alemán, Banhoffen, que escribió uno de esos compendios que hacían en el siglo pasado que se llama "El matriarcado" discutiendo con el teórico del patriarcado que se llamó MacLennan. Todos estos pensadores del siglo pasado (MacLennan, Banhoffen, Morgan, Marx mismo) estaban reflexionando sobre la historia y sobre cómo se construye el mundo. Pero estos dos autores que les menciono se preocuparon por cuál era el orden de las sociedades en relación con los géneros. Y desarrollaron estas teorías del origen del patriarcado y del matriarcado.

Hoy se discute mucho sobre esto. Lo que no se discute, lo que ha quedado claro es que no ha habido un solo desarrollo universal entre mujeres y hombres ni en las sociedades, que no ha habido una evolución por etapas en que primero estaba el matriarcado, luego patriarcado y luego ya el paraíso terrenal, y que han existido diversas formas de organización de la sociedad desde el punto de vista del género. Entonces *las sociedades también tienen género*. Por eso, cuando nos proponemos políticas de género no solamente tenemos en nuestro objetivo no solamente a las mujeres, o a los hombres, sino a las estructuras sociales, a las relaciones sociales, a las instituciones sociales. La explicación sociológica histórica es que mucho más determina el orden de género social el contenido de la vida de mujeres y hombres que las características heredadas. Y que entonces somos mujeres y hombres por la manera en que estamos insertos en relaciones económicas y sociales, por el tipo de normas que organizan nuestras vidas, y por el tipo de relaciones de poder en las que estamos inmersos por ser mujeres o por ser hombres. O sea, esta dimensión que es la dimensión política plantea que todas las sociedades tienen no solamente relaciones de poder entre los géneros sino instituciones políticas de género.

Instituciones políticas de género

Hay instituciones que reproducen el orden de género que tienen el suficiente poder para imponer al conjunto de la sociedad un orden de género. Entre otras, en las sociedades tribales, las formas de organización política de estas sociedades; pero en todas las sociedades modernas con estado, el Estado es una institución política de género. *El estado también tiene género* no en el sentido que sea femenino o masculino sino en el sentido de que impulsa, reproduce, fortalece, cierto orden

económico, social y político de género. Nosotras estamos muy acostumbradas, en la nomenclatura en la que hemos sido educadas, a hablar de las sociedades capitalistas, de los estados capitalistas, pero muy pocas veces le añadimos el apellido de género. En la aplicación de teorías muchas veces aplican teorías de clase para hablar de los géneros en la sociedad, o aplican teorías de clase para analizar el carácter de género del estado. Y eso no funciona porque no se puede utilizar una teoría para un cierto contenido analizando otro. Pero hay que tener claro entonces que las sociedades están genéricamente definidas y todos los espacios e instituciones políticas también están genéricamente constituidos.

La cultura, finalmente, entendida como el conjunto de concepciones del mundo, de la vida, de lo que existe y de lo que no existe, es el conjunto de concepciones sobre el tiempo, sobre el espacio, sobre el aquí y el ahora o el no lugar, o el más allá o el más acá. Es el conjunto de concepciones sobre el sentido de la vida, es el conjunto de creencias que apuntalan todo esto que dije de tradiciones, costumbres, lenguajes, ideologías, filosofías y de todo lo que históricamente hemos creado para ubicarnos en el mundo. La cultura como fenómeno y las culturas concretas tienen una impronta de género. O sea, le dan sentido al mundo de género o lo contravienen con otras creencias, otras concepciones etc.

La teoría de género es muy compleja: trata de explicar cómo se construye ser mujer o ser hombre sobre los cuerpos sexuados femeninos o masculinos. Primer problema. O sea, es una teoría sobre los sujetos de género, ambos sujetos de género.

Y la teoría de género, además, es relacional. Siempre se plantea entender a cada sujeto de género, pero entenderlo en su relación, en su dialéctica y en su proceso histórico como devenir. Es también la teoría de género una teoría que nos permite explicar a los sujetos, analizar a las sociedades. Podemos encontrar cuáles son las relaciones sociales que construyen a los géneros, los espacios sociales de los géneros, los deberes sociales de los géneros, las actividades socialmente asignadas a los géneros, etc., etc.

En términos generales, hay varios enfoques teóricos sobre los géneros. No hay uno solo. Yo se los presenté ahorita como una unidad pero en realidad hay diferentes corrientes teóricas en estas mismas concepciones. Más que una teoría de género, tenemos teorías de género. Miren, por ejemplo, en los 70s para México se hicieron una gran cantidad de estudios sobre mujeres; por decreto, orientaron un montón de investigaciones sobre las

mujeres. Pero no tenían teoría de género. Entonces, no confundamos algo que es muy común y que nos pasa en muchas ONGs y universidades: a veces con que se haga investigación o trabajo político con las mujeres, se cree que se está haciendo una cuestión de género y no es así, porque una cosa es el sujeto y otra es la teoría. Para ponerles el ejemplo de México, nos llenamos de estudios sobre economía y mujeres, fuerza de trabajo femenina, mercado regional y mujeres, historia del divorcio y las mujeres en México. Eran los temas que ya se investigaban, pero además ahora con las mujeres. Desde luego que eso ha significado un avance muy grande porque tenemos conocimiento de muchas cosas que no tendríamos pero no se está utilizando un enfoque de género teórico. El enfoque de género es eso: es una perspectiva histórica que es capaz de analizar los contenidos concretos del problema que se trate en función de esta explicación compleja de la vida social y de la cultura. Y además también, tiene una perspectiva sobre qué ocurre con las mujeres y con los hombres.

No solamente hay teorías de género sino estudios de género por ciencia y hay ciencias mucho más desarrolladas que otras. Por ejemplo, la economía en A.L. ha tenido una gran impronta marxista. Ha sido más bien economía política. Desde las teorías de la economía política, lo más que se logró analizar, fue de que las mujeres hemos sido las reproductoras de la fuerza de trabajo. Luego se amplió a estudios de fuerza de trabajo y mercado pero las mujeres reducidas a ser fuerza de trabajo, ni siquiera sujetos sino identificadas por una cualidad que es la propia fuerza de trabajo. Y luego se están desarrollando un montón de estudios sobre sistemas económico y mujeres impulsados sobre todo por el Tratado de Libre Comercio (TLC). Entonces, por ejemplo, la economía y los estudios de género, avanzaron poco, pero la sicología avanzó muchísimo, la antropología, la politología, la sociología... Y ahí hay diversidad de desarrollos. No hay una sola concepción coherente, cohesionada, monolítica, sino diversidad de enfoques y desarrollos.

Perspectiva de Género

Ahora quisiera plantearles la otra dimensión de género, que es esta de la perspectiva de género. Esta perspectiva de género fusiona dos cosas distintas: una es una posición y una concepción política, y la otra son estas teorías de género. Cuando oímos este concepto de perspectiva de género es mucho más práctico. Ya no estamos en el terreno de la teoría sino de las políticas sociales. Son políticas sociales impulsadas de manera organizada por distintos tipos de instituciones: algunas son insti-

tuciones internacionales, otras son instituciones nacionales, regionales, locales. Unas son privadas, y otras son públicas. Y aquí es interesante encontrar cómo se entrecruzan las instituciones. Por ejemplo, hay instituciones nacionales que utilizan la perspectiva de género desde los gobiernos. Y entonces impulsan políticas sociales con un enfoque de género. Y son políticas gubernamentales, por ejemplo, en salud. En otros países hay políticas sanitarias con enfoque de género que son políticas gubernamentales. Hay políticas educativas impulsadas por instituciones del estado y que también tienen una perspectiva de género. Pero también en el terreno de lo nacional, hay instituciones de la sociedad civil que son instituciones que representan intereses privados y que tratan de incidir en la aplicación de políticas sociales públicas. Tal vez, como Cantera. Entonces, en el mundo se entrecruzan muchas de estas instituciones en sus esfuerzos. Por ejemplo, encontramos gran cantidad de organizaciones civiles que además son parte de redes internacionales. Ahí hay el interés de aplicar esta llamada perspectiva de género y que, en general, se conectan con organizaciones públicas como las internacionales de la ONU y éstas de las que estábamos hablando.

Lo importante es que *la perspectiva de género es una acción directa sobre la sociedad basada en la explicación de estas teorías de género*, sobre todo en el hecho de que es posible cambiar, *pero desde posiciones políticas bien concretas*. La más importante que sintetiza la perspectiva de género es el feminismo. Y aquí estamos ante una serie de fenómenos bien interesantes.

Perspectiva de género y feminismo

Por lo menos, en A.L., con el nombre de perspectiva de género se ha difundido la política feminista. En África también, en Asia. Grupos sociales que serían antifeministas, han aceptado la perspectiva de género

porque no se llama feminismo. El nombre es un camuflaje. ¿En qué sentido se conecta con el feminismo? En el sentido de una posición política y de que el contenido de las propuestas de las perspectivas de género es el mismo que el de la agenda política del feminismo. Pero insisto en una cosa, si hubiera sido presentado como feminismo hubiera sido rechazado porque en nuestra cultura existe un antifeminismo cultural muy arraigado que se ha desarrollado por varios caminos: uno, por nuestra adhesión a la cultura patriarcal, y dos, por nuestro ultraclasismo y ultrapopulismo que opone la conciencia de clase a la feminista, la lucha popular a la feminista. Y entonces hace una dicotomía y antagoniza el feminismo con otras posiciones que nos son muy queridas, muy importantes, que han dado sentido a nuestras vidas. Pero con este cambio de nombre, la agenda del feminismo y ciertos enfoques del feminismo han tenido la posibilidad de ser conocidos, difundidos y apoyados por instituciones de todo tipo.

La perspectiva de género es una voluntad política por transformar el orden de géneros. Desde la perspectiva de género se reconoce no sólo que existe un orden de géneros sino que además se le considera opresivo. Y colocarse en la perspectiva de género implica anunciar públicamente que una está en una posición contraria a la opresión de género, para empezar. Y cuando ya somos más radicales, entonces no nada más estamos en contra de la opresión de género sino a favor de intervenir con una voluntad activa en la construcción de alternativas no opresivas de género. Eso quiere decir la perspectiva de género o el enfoque de género.

En lo que hoy se llama perspectiva de género estamos involucrados miles y miles -yo diría que millones- de personas en el mundo. Y como sucede con todas las cuestiones políticas, muchas y muchos de nosotros ni siquiera manejamos la teoría de género.

SEGUNDA PARTE



El Sistema Sexo-Género con dominación masculina: Análisis de la situación marginal de la mujer nicaragüense

*Nelly Miranda**



* Socióloga nicaragüense, catedrática del Depto. de Ciencias Sociales de la Universidad Centroamericana. UCA, Nicaragua.

Introducción

El análisis de las sociedades primigenias y contemporáneas desde una perspectiva histórica revela la presencia de un elemento constante: la desigualdad de los sexos.

En la mayoría de las sociedades modernas, las trabajadoras asalariadas devengan la mitad del ingreso asignado a los trabajadores (Chafetz, 1988). Son pocas las mujeres que ocupan cargos de dirección de alto nivel en el gobierno y en las organizaciones más importantes de la estructura social.

Las mujeres, en casi todas las regiones del planeta, disfrutan de menor descanso que los hombres. Sobre ellas recae el peso del trabajo doméstico no remunerado. Las investigaciones realizadas bajo los auspicios del Decenio de la Mujer de las Naciones Unidas (1975-1985), demostraron que las mujeres constituyen casi el 70 por ciento de los más pobres del mundo (Molyneux, 1988).

En la mayor parte de las culturas y religiones existentes, los hombres, y en particular la masculinidad, son apreciados y dignificados en detrimento de las mujeres. Los rasgos específicos que adquiere esta desigualdad entre hombres y mujeres, varían en tiempo y forma de una sociedad a otra. No obstante, y sin lugar a dudas, las mujeres han ocupado y continúan ocupando una posición desventajosa frente a los hombres.

Hoy día es un hecho universalmente reconocido que las mujeres constituimos el 50% de la población mundial. Las estadísticas de las Naciones Unidas, revelan que de cada 5 mujeres, 3 viven en condiciones de extrema pobreza. Únicamente percibimos el 10% de los ingresos mundiales y poseemos el 1% de la propiedad del planeta. Las trabajadoras asalariadas, devengan en la mayoría de las sociedades modernas, la mitad del ingreso asignado a los trabajadores. Son pocas las mujeres que ocupan cargos de dirección de alto nivel en las organizaciones más importantes de la estructura social.

Estos datos demuestran que la desigualdad entre hombres y mujeres es un fenómeno estructural que no fue inventado por las feministas radicales para atacar a los hombres.

Este artículo tiene como objetivos:

a) Proporcionar una explicación teórica sobre el origen y las causas de la desigualdad entre los géneros.

b) Analizar, a partir de este marco conceptual, la situación marginal de la mayoría de mujeres nicaragüenses.

I.- Los Conceptos de Sexo y Género

Hace unos veinte años, los términos sexo y género se utilizaban de forma indiferenciada en las ciencias sociales. En la actualidad, se emplea el vocablo **sexo** para referirse a los atributos biológicos de hombres y mujeres, con sus correspondientes diferencias en cuanto a estructura cromosómica, tipos de hormonas y rasgos morfológicos se refiere.

El término género, acuñado por Rubin (1975), denota las cualidades del hombre y la mujer que son creadas culturalmente. *"La categoría género comprende el conjunto de rasgos de la personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que la sociedad adscribe diferencialmente a los sexos"* (Ríos y Gómez, 1991).

De esta manera, en base a las diferencias biológicas existentes entre macho y hembra se construye una **interpretación social de los papeles, facultades y derechos que determinan la identidad del hombre y de la mujer, el tipo de relaciones que se establecen entre ambos y la posición que ocupan en el sistema social.**

La discriminación que sufre la mujer es una construcción social, basada en la supuesta inferioridad biológica de ésta en relación al hombre. Para comprender cuáles son los fundamentos de esta construcción social, es necesario precisar qué se entiende por sistema sexo-género.

I.1.- El concepto de sistema sexo-género y la división genérica de la sociedad

Este concepto hace referencia al conjunto de relaciones que se establecen bajo determinadas condiciones históricas entre el hombre y la mujer, de conformidad con la identidad socialmente asignada a cada uno de ellos. Como apunta Ana Sojo: *"teóricamente, el sistema sexo-género puede tener dominación masculina, femenina o características igualitarias."* (1988:63).

El actual sistema sexo-género con dominación masculina, oculta su carácter opresivo en la supuesta diferencia biológica naturalmente establecida entre hombres y mujeres. Al sistema sexo-género con dominación masculina se le llama también patriarcado. Sin embargo, este término se asocia con las corrientes feministas radicales,

por lo que en algunos círculos académicos se prefiere emplear el término sistema sexo-género.

Existen diversas corrientes que explican cómo se originó el sistema sexo-género con supremacía masculina. Aunque al respecto, existe una polémica fuerte, las funciones reproductoras de la mujer (específicamente su capacidad de dar a luz y de amamantar) y las bases económicas de subsistencia de las sociedades, son los factores fundamentales para explicar la construcción social de la identidad masculina y femenina.

Las comunidades humanas estructuran una división del trabajo basada en el sexo. Hombres y mujeres se dividen —de conformidad con sus respectivos papeles sexuales jerarquizados— las obligaciones en el campo familiar y económico.

Se establece así una división generica del trabajo. Cada cultura asigna tareas diferenciadas a hombres y mujeres. Sin embargo, por lo general, las mujeres asumen el cuidado de los niños, la preparación de los alimentos y el mantenimiento de la unidad doméstica. Por su parte, los hombres participan en las tareas extra-domésticas y su grado de compromiso y participación en las labores familiares tiende a ser mínimo o nulo. “El hombre es de la calle, la mujer de la casa”, cita el refrán. La mujer pertenece al mundo “privado” el hombre es el dueño del ámbito público.

El concepto de sistema sexo-género como hemos visto está vinculado al de división generica del trabajo, pero también incluye las diferencias de género, **las definiciones sociales de género y la distribución social del poder.**

Las diferencias de género son los rasgos promedio que distinguen a los hombres de las mujeres. Por ejemplo, las habilidades, los estilos, los atributos de la personalidad, las expresiones emotivas, las prioridades frente a los roles sociales, el uso del lenguaje y así sucesivamente. Estas diferencias no implican desigualdades de manera directa, pero se interpretan como tales, cuando son utilizadas socialmente para establecer cuotas de poder y posiciones en la estructura social que oprimen a la mujer.

Las definiciones sociales en un sentido amplio se refieren a las creencias, valores, normas y estereotipos que son compartidos por los miembros de una sociedad. Por lo tanto, **las definiciones sociales de género** son establecidas de manera androcéntrica e incluyen: la ideología, los estereotipos y las normas de género. Así las ideologías genéricas, como concepciones del mundo, constituyen sistemas de creencias que explican porqué los hombres y las mujeres son diferentes de manera inevitable en cuanto a sus derechos y deberes se refiere.

Las normas genéricas establecen las expectativas sociales sobre el comportamiento apropiado de hombres y mujeres, según los roles y el status que ocupan de conformidad con su sexo (las mujeres no pueden ser infieles, el hombre debe ser infiel por naturaleza para reafirmar su condición de macho).

Estas diferencias sociales de género, consignadas en normas de estricto cumplimiento, se convierten en estereotipos cuando son socialmente compartidas. De esta forma, los grupos humanos organizados en sociedad, asumen que las mujeres son pasivas, poco emprendedoras, maternales y delicadas, mientras que los hombres son activos, toscos, bruscos y competitivos. Estos estereotipos varían de una sociedad a otra y pueden ser sustituidos de acuerdo con la capacidad de cuestionamiento de los sectores contestatarios.

I.2.- EL sistema sexo-género como expresión de relaciones de poder:

Si el problema de la desigualdad generica tuviera un origen estrictamente biológico su solución radicaría en sustituir por medios artificiales la capacidad reproductora de la mujer. Por otra parte, si sólo fuera económico o de participación equitativa en todas las esferas sociales, la desigualdad generica se eliminaría, otorgando una amplia participación a las mujeres en todos los campos de la vida social.

Las revoluciones sociales del siglo XX, demostraron que la participación social con equidad por parte de las mujeres representa un avance sustancial en su lucha, pero no es suficiente para eliminar las desigualdades de género.

Esta reflexión nos demuestra dos cosas:

- 1) Que la relación entre los hombres y mujeres establecida en el sistema sexo-género con dominio masculino es una relación **de poder desigual que concentra la autoridad y su monopolio en los hombres**. Esta supremacía se ejerce a nivel micro y macro. Los hombres son los jefes de su casa y controlan los puestos más importantes en las instituciones sociales dominantes. Estas relaciones asimétricas de poder se refuerzan con la división social del trabajo y con la separación de los ámbitos público y privado.
- 2) El poder en la sociedad es polimorfo. No se concentra únicamente en un tipo de relación social. Está presente en múltiples relaciones sociales y se ejerce bajo mecanismos institucionalizados y no institucionalizados. Por esta razón, la opresión de la mujer no es secundaria con relación a la lucha de clases ni

al problema étnico. Cada individuo es heterogéneo y ocupa una pluralidad de posiciones-sujeto en la estructura social.

La sociedad capitalista no puede ser comprendida solamente como una relación de poder entre clases antagónicas. La estructura social revela la existencia de múltiples relaciones de poder, mediante las cuales diversos actores sociales adquieren un status de subordinados. En este sentido, el patriarcado y el capitalismo son formas diferentes de opresión que se interconectan y existen gracias al apoyo mutuo.

Precisamente, por la interdependencia y las diferencias existentes entre patriarcado y capitalismo, la abolición de las relaciones de explotación capitalistas no conduce automáticamente a la destrucción del sistema sexo-género con dominación masculina. Las experiencias de países como China y Cuba confirman esta afirmación.

La opresión de las mujeres en las sociedades capitalistas es el resultado de su explotación económica como trabajadoras asalariadas y de la opresión patriarcal que padecen como madres, trabajadoras domésticas y consumidoras de productos.

"La definición sexual de la mujer como madre, la mantiene en la casa, realizando un trabajo no remunerado o, posibilita que ella sea contratada en el mercado laboral por un bajo salario, debido a su inferioridad sexual" (Einsenstein, Zillah, 1979:29).

Como contraparte, el patriarcado satisface las necesidades del capitalismo, ya que la división sexual del trabajo estabiliza la sociedad a través de la familia, organizando el trabajo doméstico sin remuneración alguna.

Las estrategias de lucha que se establezcan para la acción política no deben discriminar la pluralidad de posiciones sujeto existentes. El reto para el movimiento de liberación de la mujer, estriba en articular su lucha en una situación estratégica que tome en cuenta esta pluralidad y elimine las relaciones asimétricas de poder imperantes.

II.- La situación marginal de la Mujer Nicaragüense

En este ensayo hemos examinado como factor explicativo de las desigualdades de género la **valoración social** que se establece de las diferencias biológicas de hombres y mujeres, específicamente en lo que se refiere a la capacidad reproductora de la mujer. El estereotipo de mujer-madre y de madre-educadora condiciona la división sexual jerarquizada del trabajo.

En Nicaragua, la división sexual jerarquizada del trabajo tiene como consecuencia principal la discrimi-

nación social de la mujer, esencialmente en el campo laboral, familiar y público.

"La población femenina [de la sociedad nicaragüense] representa más de la mitad de la población total. El 66% de las mujeres tiene menos de 25 años y mayoritariamente viven en las ciudades. El 25 por ciento de las jefaturas de los hogares, están siendo asumidas por las nicaragüenses, quienes tienen un promedio de 5 hijos durante su vida fértil" (UNICEF, "Análisis de situación económica y social", septiembre 1991:35).

Los rasgos generales de la población femenina nicaragüense son: juventud, pobreza, pronto emparejamiento y elevado número de hijos. En términos de distribución, la mitad de la población es urbana.

Los cambios que se produjeron en los once años de gobierno sandinista en Nicaragua, posibilitaron la participación activa de las mujeres en todas las esferas de la vida social del país. *"Las mujeres aumentaron considerablemente su participación en la producción, en el trabajo comunal, aunque tuvieron poco impacto en la toma de decisiones y casi siempre mantuvieron su cuota de responsabilidad en las tareas domésticas. Los progresos que pueden llamarse estratégicos fueron más que todo de carácter organizativo"* ("Panorama de la situación de la mujer en Nicaragua", pássim).

Durante este período, el movimiento de mujeres logró cambios legislativos de importancia en materia de igualdad de género:

"La Constitución Nacional aprobada en 1987 utiliza un lenguaje no machista y contiene 10 artículos que se refieren a los derechos de la mujer. Además, se aprobaron leyes específicas con relación a los derechos de la mujer:

- 1) *La ley del divorcio unilateral que establece que la voluntad de uno de los cónyuges es suficiente para disolver el matrimonio;*
- 2) *La ley que regula las relaciones entre padres, madres e hijos en el caso de una separación;*
- 3) *La Ley de Reforma Agraria y la Ley de Cooperativas que establecían iguales derechos para hombres y mujeres en cuanto a la tenencia de la tierra y a la organización de cooperativas"* (Panorama de la situación de la mujer en Nicaragua, Ibid).

No obstante lo anterior, en Nicaragua existe una brecha entre lo que estipulan las leyes y su cumplimiento. La fuerte tradición patriarcal en la región y la crisis política y económica acrecientan el maltrato, el abandono y la violencia en contra de la mujer. Aunque no existen estadísticas oficiales, el incremento de la violencia social contra la población femenina y la incapacidad institucional para frenarla, es un hecho reconocido por el gobierno nicaragüense.

En Nicaragua aún existen varios factores que limitan y obstaculizan la igualdad de género y la plena integración de la mujer nicaragüense como promotora del desarrollo. Estos factores se relacionan con los siguientes aspectos de la vida cotidiana: Participación en las actividades económicas; acceso a los servicios sociales y predominio de la ideología patriarcal.

III.1.- La participación de la mujer en las actividades económicas

Las políticas de estabilización y ajuste estructural, aplicadas en Nicaragua a partir de 1990, provocaron una recesión económica generalizada, un índice de desempleo cada vez mayor y un drástico recorte de los servicios sociales.

"Dado el papel preponderante que la mujer juega en la reproducción de la vida familiar en general y a su posición relativamente desventajosa en la producción, las mujeres se ven más afectadas que los hombres por la recesión económica y los costos sociales de estas políticas de ajuste, ya sea directamente por las altas tasas de desempleo, o indirectamente por la escasez cada vez mayor de servicios sociales" (Ibid:5).

En Nicaragua, según datos de UNICEF, (cf. obra citada), el desempleo femenino representa la mitad de los desocupados (46%) y casi la mitad (45 %) de la fuerza de trabajo en el sector informal.

La crisis económica del país recae directamente sobre la población femenina, responsable central de la administración del gasto doméstico y garante de la reproducción familiar. Esta realidad golpea con mayor dramatismo a los hogares cuya cabeza de familia son mujeres: 30.3% de los hogares urbanos y 17.2% de los rurales. (Vílchez, Sonia, "Análisis de la situación actual de la población nicaragüense: Un análisis de género:10).

Tradicionalmente, el trabajo doméstico no es valorado como tal y no tiene remuneración salarial alguna. Las mujeres desempeñan un conjunto de tareas rutinarias y mecanizadas sin la ayuda de la fuerza de trabajo masculina. Las estadísticas revelan que en Nicaragua solo dos de cada cien hombres ayudan a las mujeres a efectuar estas tareas.

La mayoría de las mujeres nicaragüenses consagran sus energías al trabajo doméstico devaluado socialmente, pero también tropiezan a diario con las dificultades crecientes en este ámbito:

"la carestía de los alimentos, exige al ama de casa ir de mercado en mercado en busca del alimento más barato; comer menos para asegurar que sus hijos tengan un poco más, y en muchos casos la angustia de no tener para dar de comer a la

familia. En el área rural, el trabajo se ve acrecentado por la cría de animales, la transformación de productos para su comercialización y por la falta de servicios básicos" (UNICEF, op.cit: 36).

La subordinación de la mujer nicaragüense se reproduce en el ámbito del trabajo doméstico, pero también en la esfera del trabajo remunerado.

En Nicaragua, las mujeres tienen una incorporación temprana a la actividad económica:

"El 24 por ciento del total de las niñas entre 10 y 14 años participan en alguna actividad laboral, fundamentalmente en actividades del sector informal en el área urbana, y como obreras estacionarias en el área rural... La población femenina económicamente activa, se acrecienta... Las proyecciones para 1990, estimaban un 34 por ciento de participación femenina en la fuerza laboral, principalmente como asalariada en los sectores de servicios e industria" (UNICEF, Ibid).

Pese a la importancia creciente que adquiere el trabajo femenino remunerado en nuestro país, existen diferencias de género sustantivas en la estructura del empleo. Del total de la población económicamente activa en Nicaragua, la participación de los hombres es mayor (67.5%) que la de las mujeres (32.5%). Aunque hombres y mujeres incursionan en el mercado de trabajo, los primeros *"lo hacen en aquellas actividades consideradas como trabajos de hombres y las mujeres en trabajos considerados esencialmente femeninos (industrias textiles, de alimentos y bebidas)" (Vílchez, Sonia, op.cit:10).*

Por otra parte, el salario que percibe la mujer es visto como un complemento del ingreso familiar que aporta el "jefe de la familia". En otros casos, la labor femenina recibe una remuneración menor con relación al trabajo masculino. Datos recientes indican que el salario promedio de las mujeres nicaragüenses es un 31% inferior al de los hombres.

Los estudios empíricos sobre la estructura del gasto familiar y sobre las decisiones en el hogar, demuestran que las mujeres generalmente dan mayor prioridad que los hombres al gasto relacionado con sus hijos. En Nicaragua, *"de cada diez hombres, 3.5 entregan todo el salario en su casa, mientras que 6.5 de cada 10 mujeres lo entregan completo" (Cabrera, Martha, "Trabajo doméstico-trabajo remunerado, pássim).*

La división generica del trabajo que ha prevalecido en Nicaragua, le asigna a la mujer el rol de efectuar el trabajo doméstico sin la ayuda del hombre. Por lo general, cuando la mujer accede a labores remuneradas realiza una doble jornada. En ambas dimensiones laborales la fuerza de trabajo femenina es desvalorizada.

III.2.- La diferenciación generica de los roles y el acceso de la mujer a los servicios sociales

En Nicaragua, los recortes radicales de los presupuestos de salud y educación impactan de manera especial a las mujeres, por el rol predominante que ellas desempeñan en la reproducción de la vida familiar.

Algunos beneficios sociales adquiridos en materia de condiciones de trabajo apropiadas para las mujeres como los subsidios pre y post natal, las guarderías infantiles rurales y urbanas con tarifas módicas han desaparecido o se han visto seriamente afectados.

El recorte a los presupuestos de salud y educación perjudica de manera indirecta a la población femenina del país, en especial a las mujeres más pobres, quienes tienen que diseñar estrategias de sobrevivencia para la manutención y el cuidado de sus hijos y demás miembros del núcleo familiar que dependen de ella.

Por otra parte, el deterioro creciente de la salud y la educación afecta de manera directa a las mujeres nicaragüense. Con excepción de Costa Rica, la tasa de analfabetismo del conjunto de mujeres del istmo (entre el 25 y el 40%) es la más elevada de América Latina. Únicamente el 15% de las mujeres tiene acceso a la secundaria y una minoría cursa estudios universitarios (15%).

En nuestro país, el analfabetismo *"afecta en mayores porcentajes a las mujeres (26%) que a los hombres (23.4%)". Esta situación se agudiza en las zonas rurales, donde la tasa de analfabetismo es del 40% para las mujeres y del 39% para los hombres* (Vílchez, Sonia, op.cit:14).

Los índices de atención sanitaria en la región centroamericana son muy bajos. Si bien el énfasis de las políticas y programas está puesto en la salud reproductiva, la tasa de mortalidad materna sigue siendo muy elevada, ante todo en países como Honduras y Guatemala (92.1 y 99 por cada 10,000 nacimientos, respectivamente). En Nicaragua, esta cifra llega al 98.6, mientras que en Costa Rica era de 3.2 por cada 10,000 nacidos vivos a mediados de los ochenta. (Revista Panorama, mayo de 1992, número 130(3):34).

Más del 70% del total de la población nicaraguense padece de un empobrecimiento dramático. El empeoramiento de la pobreza genera mayor violencia en la vida cotidiana, la cual se patentiza en las distintas formas de agresión que sufren principalmente los niños y las mujeres.

III.3.- El predominio de la ideología patriarcal

El carácter asimétrico de las relaciones de poder entre hombres y mujeres se manifiesta en un vasto campo que no se reduce al plano económico.

Un rasgo característico del sistema patriarcal es la separación cada vez mayor que se produce entre la esfera pública y la esfera privada. La mujer no es solamente relegada al trabajo doméstico, sino que también es oprimida en la esfera pública por las condiciones de discriminación en que realiza el trabajo productivo y por su exclusión —parcial o total— de la participación política.

Esta separación entre lo público y lo privado conduce a una despolitización de la vida cotidiana y a una sobrepolitización del ámbito público. Bajo esta óptica, las actividades de los individuos relacionadas con su reproducción, con la esfera familiar y doméstica no conforman dimensiones de lo político.

El lema "lo personal no es político" —la ausencia de correspondencia entre los sistemas políticos y el sistema de relaciones cotidianas— ha sido un rasgo característico tanto de los regímenes autoritarios, como de los partidos de izquierda centroamericanos.

La ideología tradicional conservadora traslada su autoritarismo y las relaciones de poder jerárquicas y absolutas que la caracterizan al ámbito de lo privado.

Los regímenes militares centroamericanos exaltaban a la familia como la base de la sociedad y colocaban a la mujer como la regente del orden moral y privado, como la "reina" de la familia, poseedora del poder doméstico.

En materia de legislación, las constituciones centroamericanas otorgan igualdad de derechos a hombres y mujeres. No obstante, "las reinas del hogar" sufren todavía la discriminación legal en materia de deberes y derechos en el matrimonio, patria potestad, protección frente a la violación, el rapto y el chantaje sexual. A manera de ejemplo, en casi todos los países centroamericanos el divorcio unilateral no existe, la representación legal del menor es ejercida sólo por el padre, y se consigna como el deber fundamental de la esposa el cuidado de los hijos y las labores domésticas (cf. García, Ana Isabel y Enrique Gomáriz, tomo I, 1989: 41-435).

La identificación casi total de la Iglesia y del Estado por parte de las dictaduras militares, reforzó aún más la despolitización de la vida privada. La Iglesia se encargó de reforzar el rol de la mujer como procreadora de los hijos, de negar el derecho al disfrute sexual y de vedar las uniones fuera del matrimonio.

Todo esto sucede en países como Nicaragua que tiene una de las tasas de natalidad más altas de América Latina (3.4% anual); en naciones donde la mayoría de mujeres pobres son jefes de hogar (15% en Guatemala, 27% en El Salvador, 27% en Nicaragua y 90 mil en cifras absolutas en Costa Rica), y en las cuales la mortalidad materna es una de las principales causas de fallecimiento.

to de mujeres en edad fértil. En América Latina cada año mueren unas 500,000 mujeres por causas relacionadas con el embarazo, principalmente por las complicaciones ocasionadas por abortos provocados (García, Ana Isabel y Enrique Gomáriz op.cit, tomo I. "La mujer, la salud y el desarrollo", OMS, 1985).

Por otra parte, las ideologías de izquierda asumen que la mujer está instituida en el ámbito de lo privado doméstico. En este sentido, la experiencia de la revolución nicaragüense —que se caracterizó por la conquista de importantes logros para la mujer, acompañados de múltiples desaciertos— muestra cuán certero es este argumento.

"Aunque en sus principales documentos el FSLN tuvo siempre una posición pública y clara sobre los problemas de la mujer, nunca desarrolló una comprensión sobre lo que hace diferente la vida diaria de una mujer en comparación con la de un hombre, realidad de la que surge una identidad propia, femenina, muy diferente a la identidad del varón...Dentro del partido prevalecieron posiciones clásicas que no lograron desvincular la lucha de la mujer de la más amplia lucha de clases" (Revista Envío, mayo de 1991, número 115 (10):23-24).

El rol de madre fue exaltado en muchas ocasiones por la revolución sandinista. Numerosos son los jóvenes que perdieron su vida como combatientes en la guerra de agresión que sufrió Nicaragua. Las madres, quienes "entregaban a sus cachorros" (como popularmente se conocía a los jóvenes que debían cumplir obligatoriamente su servicio militar), eran glorificadas y valoradas socialmente por la renuncia a sus hijos en beneficio de la patria y no por sus cualidades, méritos e identidad como sujetos sociales.

Desde mediados de los años ochenta, La Asociación de Mujeres Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), expresión oficial del movimiento de mujeres revolucionarias de Nicaragua, postergó las discusiones sobre el aborto, la planificación familiar y el disfrute de la sexualidad entre otros temas, para dedicarse a "fortalecer la conciencia de algunas madres que en forma egoísta se oponen a las labores de defensa y obstaculizan la integración de sus hijos en las tareas revolucionarias." (Daniel Ortega, citado por Murguialday, 1990:136).

Con la toma del poder político por parte de la Unión Nacional Opositora (UNO), en 1990, la ideología patriarcal se ha fortalecido a través de la difusión de patrones de doble moral: *"Se promueven los valores tradicionales con relación a la mujer, particularmente en el sistema educativo —los nuevos libros de texto reproducen los roles tradicionales de hombres y mujeres—. El programa de educación sexual que antes se presentaba en televisión fue elimi-*

nado, y los medios de comunicación están usando patrones machistas de manera bastante agresiva en los anuncios comerciales" ("Panorama de la situación de la mujer en Nicaragua", pássim).

La dicotomía entre lo privado y lo público se refleja directamente en el bajo nivel de liderazgo de las mujeres en las diferentes organizaciones sociales. Según datos del UNICEF, (cf. obra citada), unas 16 mil campesinas participan en la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos. En las organizaciones comunales, las mujeres constituyen el 44 por ciento de los miembros y en las asociaciones educativas más del 60% de sus integrantes.

A pesar de la alta participación de la población femenina del país en las distintas formas de organización social, sólo un 15% de las mujeres organizadas tiene cargos de dirección.

Ante la omisión de lo privado como parte de lo político, las diversas expresiones del movimiento de mujeres de Nicaragua ha manifestado, en los diferentes escenarios de acción colectiva: dictaduras, democracias formales, proyectos de liberación nacional, una tendencia a demostrar que lo personal también es político. De esta manera, la lucha de las mujeres oscila entre la defensa de los intereses prácticos y los estratégicos, acentuando en algunos casos los primeros en detrimento de los segundos, pero sin restar importancia a ninguno de ellos.

La evolución de lo que podríamos calificar como "conciencia de género" en el movimiento femenino nicaragüense, implica el reconocimiento de que no basta con incorporar a la mujer al ejercicio de la política para superar la dicotomía entre lo público y lo privado. Es necesario concebir la política como la búsqueda de la identidad de la mujer, como superación de todas las condiciones que originan su subordinación generica.

Es precisamente la negación de la separación entre lo público y lo privado, la no aceptación de la categoría de mero sujeto reproductor y el rechazo a la condición de objeto secundario, lo que caracteriza el progreso y el potencial del movimiento femenino nicaragüense.

Conclusión

Este artículo presenta una síntesis teórica de los factores que explican el origen y las causas de las desigualdades de género. A partir de este marco teórico se analiza la situación marginal de la mujer nicaragüense.

En términos generales, el factor explicativo de las desigualdades de género radica en la valoración social que se hace de las diferencias biológicas de hombres y mujeres.

Las corrientes que sostienen este argumento tienen un enfoque social construccionista. El problema de la subordinación de la mujer se analiza en base a las características ideológicas, históricas y culturales con que operan los sistemas particulares de dominación masculina.

Las desigualdades, abiertamente conocidas o escondidas, siguen caracterizando la posición que ocupa la mujer en la sociedad. En este sentido, Nicaragua no constituye una excepción.

Ignorar esta realidad, significa menospreciar el inmenso potencial que representa la mujer nicaraguense en tér-

minos de recursos humanos, en la promoción del desarrollo. Ello supone negar a la mitad de la población del país, el derecho a la igualdad de oportunidades en materia de empleo, capacitación y educación en general.

Garantizar igualdad de condiciones para hombres y mujeres implica: romper con los valores y estereotipos que justifican la subordinación de la mujer en sociedad. Esto sólo será posible si se destruyen las relaciones de poder asimétricas, inherentes a la discriminación sexista.

BIBLIOGRAFIA

Barbieri, Teresita. Movimientos feministas. UNAM, México, 1986.

Bebel, Augusto. La mujer y el socialismo (1879). Editorial Fontamara, Barcelona, 1976 (segunda edición).

Brenes, Ada Julia, et.al. La mujer nicaragüense en los años 80. Ediciones Nicarao, Managua, 1990.

Booth, John y Thomas Walker. Understanding Central America. Westview Press, San Francisco, 1989.

Cabrera, Martha. "Trabajo Doméstico-Trabajo Remunerado". Managua, diciembre de 1993, mimeo.

Camacho, Daniel y Rafael Menjívar (coordinadores). Los movimientos populares en América Latina, Siglo XXI, México, 1989.

Collinson, Helen (editor). Women and Revolution in Nicaragua. Zed Books, London y New Jersey, 1990.

Comisión Económica para América Latina (CEPAL). "Diagnóstico de la mujer en Centroamérica, Cuba, México, Panamá y República Dominicana." Panamá, 1982.

"Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, 1989." Santiago, 1990.

Constitución Política de Nicaragua. Editorial el Amanecer, febrero de 1987.

Chafetz, Jane y Anthony Gary. Female Revolt. Women's Movements in World and Historical Perspective. Rowman y Allanheld, New Jersey, 1986.

"El feminismo centroamericano: desafíos y propuestas", en **Diario Barricada**, año 12, 24 de marzo de 1992.

Einsenstein, Zillah. "Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista",

en Patriarcado capitalista y Feminismo socialista, Siglo XXI, México, 1977.

"Some notes on the Relations of Capitalist Patriarchy", en Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism. Monthly Review Press, New York, 1979.

Engels, Federico. El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado (1884), en Carlos Marx y Federico Engels. Obras Escogidas, tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Firestone, Shulamith. The Dialectic of Sex. Bantam Books, New York, 1970.

Fossaert, Robert. Les Etats. Tomo 5, Editions du Seuil, París, 1981.

Foucault, Michel. Maladie mentale et psychologie. PUF, París, 1954.

Histoire de la folie à l'âge classique. Gallimard, París, 1972.

Galeano, Eduardo. Las venas abiertas de América Latina. Siglo XXI, México, 1982.

García, Ana Isabel y Enrique Gomáriz (coordinadores). Mujeres centroamericanas, tomos I y II. FLACSO-CSUCA, San José, Costa Rica, 1989.

Gramsci dans le texte. Editions Sociales, París, 1975.

Kirkwood, Julieta. "El feminismo como negación del autoritarismo", en Y hasta cuándo esperaremos mandan-dirun-dirun-dan. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1989.

Kollontay, Alejandra. "Sobre la emancipación de la mujer" (1921). Editorial Fontamara, Barcelona, 1979 (primera edición).

"La mujer, la salud y el desarrollo". Informe del Director General, Organización Mundial de la Salud, 1985, mimeo.

Lechner, Norbert. "¿Qué significa hacer política?" DESCO, Lima, 1986.

"A la búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina", en Revista Internacional de Ciencias Sociales, número 129. Publicación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura con la colaboración de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO, septiembre de 1991.

Lenin, Vladimir. La emancipación de la mujer (1919-1920). Editorial Progreso, Moscú, 1978.

Marx, Carlos. "Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política" (1859), en Carlos Marx y Federico Engels. Obras Escogidas, tomo I. Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Marx, Carlos y Federico Engels. La ideología alemana (1845-1846), en Carlos Marx y Federico Engels. Obras Escogidas, tomo I. Editorial Progreso, Moscú, 1974.

Miranda, Nelly. "Diferentes corrientes feministas en el mundo." Centro de Estudios Internacionales, Managua, 1991, mimeo.

Molyneux, Maxime. "Las mujeres, víctimas de un orden económico internacional injusto", en Haiz Hegoa, Bilbao, noviembre-diciembre, 1988.

Montenegro, Sofía. "Identidad y colonialismo: el retorno de la malinche." Managua, 1992, mimeo.

Murguialday, Clara. Nicaragua, revolución y feminismo (1979-1989). Editorial Revolución, Madrid, 1990.

Navas, María. "Los movimientos femeninos en Centroamérica: 1970-1983", en Movimientos populares en Centroamérica. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1985.

"Panorama de la situación de la mujer en Nicaragua", s.f. mimeo.

Paramio, Ludolfo. Tras el diluvio. La izquierda ante el fin del siglo. Siglo XXI, México, 1988, páginas 218 a la 225.

Paz, Octavio. Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

Pérez, Paola. Directorio de organizaciones nacionales que trabajan para y con la mujer nicaragüense, elaborado para la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (ACDI), Managua, noviembre de 1990.

"Diagnóstico de la situación de la mujer en Nicaragua." Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (ACDI), Managua, noviembre de 1990.

Randall, Margaret. Somos millones: la vida de Doris María, combatiente nicaragüense. Extemporáneos, México, 1977.

Revista Envío, números 115 y 116 (10), publicación de la Universidad Centroamericana en Managua, Nicaragua, mayo y junio de 1991.

Revista Panorama Internacional, número 130 (3), publicación semanal centroamericana, 15 de junio de 1992.

Ríos, Rebeca y Elsa Gómez. "La mujer en la salud y el desarrollo. Un enfoque alternativo". Texto presentado en la III Reunión Internacional sobre Atención Primaria en Salud. La Habana, Cuba, 11 al 16 de mayo de 1991.

Rodríguez, Ileana. Registradas en la historia. 10 años del quehacer feminista en Nicaragua. Editorial Vanguardia, Managua, 1990.

Rubin, Gayle. "The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex", en Toward an Anthropology of Women. Monthly Review Press, New York, 1975.

Sonntag, Heinz. Nuevos temas, nuevos contenidos. Las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el Nuevo Siglo. UNESCO y Editorial Nueva Sociedad, 1989.

Sojo, Ana. Mujer y política. Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular. Departamento Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 1985.

Touraine, Alain. Sociología de la Acción. Ariel, Barcelona, 1969.

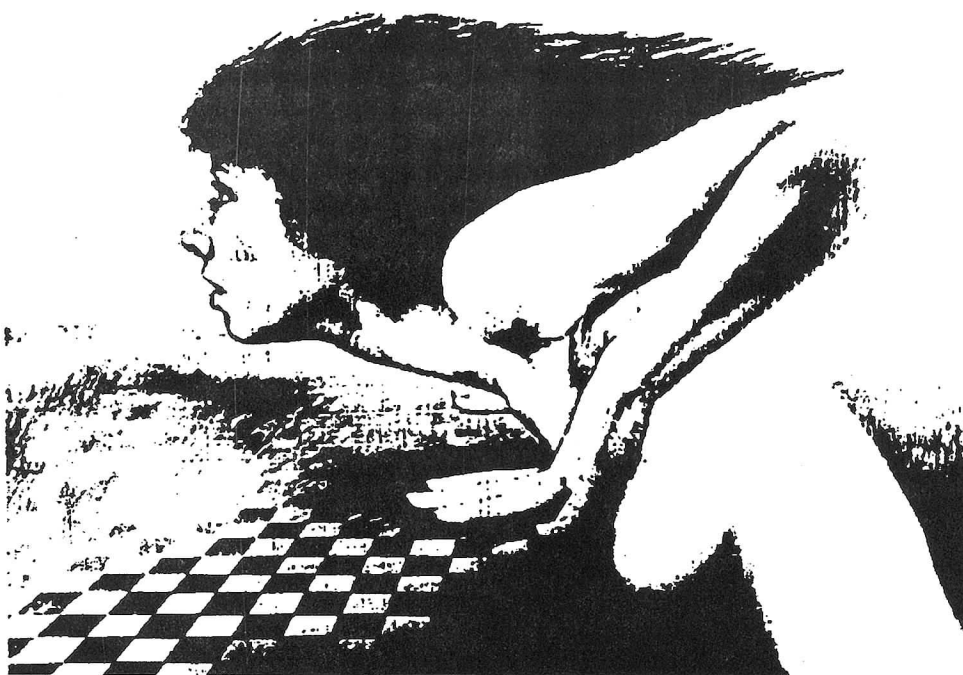
Actores sociales y sistemas políticos en América Latina. Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), 1987.

UNICEF. Nicaragua: Desafíos y opciones en un país de niños y mujeres. Análisis de situación económica y social. Managua, septiembre de 1991.

Vilchez, Sonia. "Análisis de la situación actual de la población nicaragüense: Un análisis de género", s.f. Primer Borrador presentado a la Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional (ASDI).

Hacia una definición de la condición subalterna de la mujer*

Dra. Ana Sojo



* Extracto del capítulo II del libro *"Mujer y Política: Ensayo sobre el feminismo y el sujeto popular."* Sojo Ana. Ed. Dpto. Ecuménico de Investigación. Costa Rica

Definir un problema tiene consecuencias prácticas importantes; diversas concepciones sobre las causas de la discriminación de la mujer han orientado prácticas políticas particulares. A continuación deseamos exponer algunos de los puntos más polémicos, para referirnos en el capítulo siguiente a la práctica política.

1. La biología como dispositivo de poder

En el pasado y en la actualidad, recurrir a explicaciones biológicas sobre la esencia de lo masculino y lo femenino ha sido una de las principales armas para relegar a la mujer a un papel secundario y subvalorado en la sociedad. La biología se ha utilizado para reforzar y fundamentar la asignación de papeles sociales en función del sexo. Como ha señalado Janet Sayers, si se profundiza en los llamados argumentos biológicos de los antifeministas conservadores, se puede descubrir que tales presuntas estimaciones biológicas, en último término, tienen su raíz en consideraciones de tipo social y no biológicas.¹

Sayers muestra cómo, durante el siglo diecinueve y principios del veinte, el argumento en contra de la igualdad de los sexos se relacionó con la idea de que, por razones biológicas, ésta podría alcanzarse únicamente a costa de las funciones reproductoras de la mujer.²

Considerando los cambios que ocurrían en esa época, es importante señalar que tales ideas se esgrimen cuando establecimientos de enseñanza superior comenzaban a abrir sus puertas a las mujeres. El libro de Edward Clarke, *Sex in Education*, alcanzó en pocos años numerosas ediciones; según Clarke la igualdad educacional acarrearía daños para la fisiología reproductora de la mujer; tal era la tesis de uno de los miembros de Harvard, universidad ante la que se ejercían presiones para que admitiera a las mujeres y que, en el mismo año de la publicación del libro (1873), anunció considerar esa posibilidad. El argumento de Clarke y de otros teóricos se basaba en el principio de la conservación de la energía aplicado a la biología, de acuerdo con el cual la energía usada por un órgano del cuerpo reducía en igual grado la cantidad disponible para los otros órganos. Spencer,

por ejemplo, había llegado a afirmar que la mujer sometida a una disciplina especial podía incluso alcanzar una mejor producción intelectual que los hombres, factor que iba en detrimento de sus funciones maternas. Para Clarke, la fisiología, no la ética, era la respuesta para establecer el ámbito propio de la mujer. Se llegó incluso a aducir que los problemas de salud de las mujeres se relacionaban con su grado de educación.

Es llamativo, además, que la utilización de un ropaje biológico para una ética sexista se haya visto acompañada de argumentos racistas y clasistas. Debido a las condiciones políticas y económicas, es necesario resaltar que el ingreso a la enseñanza superior era una posibilidad planteada entonces para una élite de mujeres que gozaban de una holgura económica. Por esta razón, se utilizaron argumentos tendientes a mostrar que el acceso de las mujeres a la enseñanza constituía una amenaza para el poder económico y político de las clases dominantes. Según Clarke, la educación idéntica de los sexos traería como consecuencia una influencia particularmente esterilizadora; su continuidad significaría la propagación de las clases inferiores, la decadencia de las viejas familias, el reclutamiento de líderes dentro de las clases inferiores y en último término, un "suicidio de la raza".³

Spencer, por su parte, se expresaba contra los derechos políticos de la mujer, aduciendo que ella, más caritativa que los hombres por su naturaleza biológica, interferiría en el curso natural del progreso social ayudando a los miembros más débiles de la sociedad, los cuales, en la lucha natural por la existencia, no deberían sobrevivir.⁴ En cuanto a las oportunidades de trabajo para la mujer, hubo quien, habiendo considerado la incorporación de mujeres a la producción y equiparado tal hecho a "igualdad de sexos", afirmó que la igualdad de los sexos ocurría sólo en las clases bajas de la sociedad, mientras que la preeminencia del hombre en relación con la mujer expresaba un estado más adelantado de evolución, la cual se daba únicamente en las especies y razas superiores y en los estratos superiores de la sociedad.⁵

1. Janet Sayers, *Biological Politics: Feminist and Anti-Feminist Perspectives*, Tavistock Publications, London, New York, 1982, p.2.

2. *Ib.*, pp.7-27

3. *Ib.*, p. 19.

4. *Ib.*, p. 32.

5. *Ib.*, p. 37.

En la primera parte de este trabajo nos referimos al reforzamiento mutuo de los dispositivos de poder presentes en una sociedad. Hemos deseado ilustrar cómo argumentos contra la igualdad de los sexos con base en concepciones sobre su biología han estado entremezclados con la defensa de intereses de clase y racistas, mostrando que las diversas formas de opresión no están aisladas unas de otras.

Consideraciones de ese género han provenido tanto de libelos⁶, como de destacadas figuras como Darwin, quien afirmaba que los poderes de intuición, percepción rápida e imitación eran más marcados en las mujeres, facultades características de las razas inferiores y, por lo tanto, de un estadio de civilización pretérito e inferior.⁷

En síntesis, la biología ha sido utilizada para fundamentar la inferioridad de la mujer respecto del hombre, o para adscribirle características particulares que consagran su reglamento al plano doméstico, jugando la maternidad un papel central dentro de estas concepciones.

Para superarlas, nos parece adecuada la propuesta de Eisenstein: la maternidad biológica debe distinguirse de la institución política de la maternidad.⁸ Es necesario reconocer esta dimensión política de la maternidad en el sentido vasto de que encarna relaciones políticas en la sociedad. Un marco político que consolida la condición social de la mujer como ciudadana de segunda clase convierte la aptitud biológica de la maternidad en una fuente de poder ejercido sobre la mujer. Las estimaciones biológicas, por estar en relación estrecha con consideraciones sociales situadas en un campo de relaciones de poder, se convierten en una fuente de mistificación de tales relaciones, al ocultar su carácter político y asignarles uno biológico. Tal fetichización biológica actúa sobre la conciencia, impidiendo su cuestionamiento. Como nos indica Barrett, hay que insistir en el hecho de que la diferencia biológica no puede explicar el ordenamiento social de los sexos;⁹ la capacidad para concebir y parir no implica, como hecho biológico, que la mujer deba ser la encargada del cuidado de los niños. Por lo demás, la forma como la biología se inserta en las relaciones sociales es de carácter político y no biológico. A todo ello se suma

que quienes esgrimen argumentos biológicos o quienes los aceptan para entender la situación actual de los sexos, tienen un concepto de las ciencias naturales y del método científico como si fueran objetivos, noción que esconde su determinación por innumerables factores históricos. Como ejemplo, aplicar el principio de la conservación de la energía tal como Clarke, Spencer y otros lo hicieron sería risible actualmente, por el conocimiento sobre el organismo humano; en otro contexto, sin embargo, fue una explicación que reclamó para sí objetividad científica.

El problema central, como lo ha señalado Eisenstein, consiste en que ser hembra y ser mujer no son sinónimos, pero están siempre entremezclados. Se plantea el problema de cómo rechazar y transformar el actual estatus de la mujer sin desprestigiar o subvalorar el componente biológico: existe un componente biológico que une hembra con mujer y "el contorno exacto de esta relación sigue siendo desconocido".¹⁰

Dentro del feminismo, se han dado diversas interpretaciones sobre la relación entre la biología y la política. Se destaca entre ellas la obra de Shulamith Firestone, quien en *La dialéctica del sexo* señaló que la biología de la mujer y la consiguiente diferencia sexual era en sí misma opresora de la mujer, proponiendo que la liberación sería posible cuando mediante una revolución técnica, la mujer no tuviera que parir. Tales posiciones han sido muy polémicas, y se ha señalado en ellas un reduccionismo y determinismo de tipo biologicista, puesto que plantean el control de la fecundidad de la mujer como fuente de poder masculino, pero no cómo y por qué fue ello posible.¹¹ Barrett señala dos características del biologicismo: la subsunción reduccionista de fenómenos constituidos históricamente y socialmente a las simples categorías de diferencia biológica, y el empirismo, debido a la creencia de que las diferencias del comportamiento social tienen su base en diferencias biológicas observables, de las cuales las primeras serían un correlato.

Es interesante señalar que cuando se ha incurrido en este tipo de afirmaciones, generalmente éstas han ido acompañadas de la creencia, en lo que se podría llamar una esencia femenina, determinada biológicamente. Compartimos las críticas a tales corrientes de pensamiento que, como Eisenstein afirma, numerosas veces conducen a una visión espiritualista de la mujer en la que se exaltan ciertas características, adscribiéndoles un rango natural. En una suerte de exaltación narcisista, se afirma

6. Ver Jorge Woodbridge, *La diferencia humana en lo femenino y en lo masculino*, criticado por la dirección colectiva de la revista *Ventana*. De cómo el lobo se buscó un mal disfraz de cordero en *Ventana*. No1, junio 1982, San José, pp. 24, 25 y 27.

7. Sayers, op. cit., p. 43.

8. Zillah Eisenstein, *Feminism and Sexual Equality. Crisis in Liberal America*, Montly Review Press, New York, 1984, p. 197

9. Michelle Barrett, *Das unterstellte Geschlecht. Umriss eines materialistischen Feminismus*, Argument Verlag, Berlin. 1983, p. 73

10. Eisenstein, op. cit., p. 221.

11. Ver críticas a esa posición en Eisenstein, op. cit., pp. 220 y sigs. También en Barrett, op. cit., pp. 20 y 21

como esencia de la mujer la espiritualidad, el amor, la ternura y otro tipo de virtudes. Paradójicamente, se desea cambiar la opresión de la mujer, pero con una perspectiva epistemológica conservadora, pues la esencia y la diferencia de la mujer aparecen como preconstituidas, apolíticas y de orden biológico. Eisenstein y Sayers la han denominado "esencialismo biológico", Barrett "biologismo" en la teoría del patriarcado.

Según Janet Sayers, dentro del feminismo han predominado dos tendencias respecto de la biología. Para la corriente que denomina "social construccionismo", la influencia de la biología en el estatus de la mujer es indirecta, está mediada por su interpretación y construcción en una sociedad concreta, y subestima las raíces biológicas. La otra tendencia, el "esencialismo biológico", sostiene que la biología afecta directamente a la mujer, al adscribirle características particulares con las que las mujeres han sido alienadas por vivir en un mundo dominado por el hombre; en este caso, el elemento biológico se sobrestima a expensas de rechazar las determinaciones sociales o históricas.¹²

El esencialismo biológico encierra numerosos problemas. Al querer definir la mujer partiendo de características biológicas que todas las mujeres comparten, se puede incurrir en una nivelación de intereses de la mujer, puesto que ellos se pueden deducir a priori de tales características.¹³ En ese sentido, podríamos establecer un parangón con la crítica (en la primera parte de este trabajo) a las disposiciones marxistas que derivan de la posición de los obreros frente a los medios de producción, un interés único de clase, despreciando la diversidad de intereses existentes y las variadas posibilidades de articularlos políticamente.

Otro aspecto controvertible proviene del culto a ciertos rasgos estereotipados y a una presunta cultura femenina basada en ellos. Esta visión estática puede seguir constituyendo una base idónea para segregar a la mujer de esferas sociales en las cuales se requieren rasgos distintos a aquellos correspondientes con tal esencialismo.

Por estas razones, un reto actual del movimiento de liberación de la mujer consiste en entender la articulación de la biología en un contexto histórico determinado y en elaborar propuestas concretas para eliminar la subordinación femenina. Sobre el esencialismo biologicista volveremos más adelante, al analizar sus consecuencias políticas por estar implícito en ciertas propuestas de organización política.

12. Ver Syers, op. cit., capítulo 10.

13. Ib., p. 119

2. La polémica sobre el concepto patriarcado

Algunas corrientes dentro del feminismo han caracterizado el poder masculino en la sociedad con el concepto del patriarcado. Al respecto, no existe una interpretación unívoca, y por tanto, haremos una corta referencia sobre algunas de sus comprensiones más difundidas, para plantear acto seguido ciertas críticas que ha generado.

Kate Millet utiliza el concepto patriarcado para referirse al hecho de que el sexo es una categoría con implicaciones políticas, en la cual el hombre domina a la mujer en un orden social que provee una «colonización interior» de este poder. Según Millet, esta forma de poder tiende a ser más fuerte que otras, más rigurosa que la estratificación en clases, más uniforme y perdurable, y conforma una de las ideologías más penetrantes de nuestra cultura.¹⁴ En relación con las clases sociales, la autora opina que las mujeres tienden a trascender las estratificaciones usuales de clase, ya que la hembra -no importa su procedencia de clase o educación- tiene una asociación de clase menos permanente que el hombre, puesto que la dependencia económica transforma sus afiliaciones con cualquier clase en tangenciales, precarias y temporales.¹⁵

Para Shulamith Firestone, en *Liberación de la mujer y revolución sexual*, el hombre y la mujer constituyen clases sociales, caracterizadas con base en el sexo. Parafraseando a los clásicos e introduciendo modificaciones en el materialismo histórico, que compara con el aporte de la teoría de la relatividad respecto de la física de Newton, Firestone considera que toda la historia hasta la actualidad, ha sido la historia de la lucha de clases; la correspondiente organización de los sexos, con la reproducción como fin constituye la base material real, sobre la cual se asienta la superestructura de las instituciones económicas, jurídicas y políticas, y todas las ideas.¹⁶

Numerosas autoras han insistido en establecer vínculos entre el patriarcado y el modo de producción capitalista. Un ejemplo es Zillah Eisenstein, quien define el patriarcado capitalista a partir de la dialéctica de la opresión, cuya tesis sería la lucha de clases aplicada a los sexos; la antítesis, la opresión de clase económica y la síntesis, el patriarcado capitalista. La dialéctica de la liberación tiene por tesis el análisis marxista del poder y

14. Kate Millett, op. cit., p.25

15. Ib., p.38.

16. citado por Berrett, op. cit., p.20 y por Jutta Menschik, *Feminismus: Geschichte, Theorie and Praxis*, Pahl Rugenstein, Köln, 2a. edición, 1979. p.46-48

como esencia de la mujer la espiritualidad, el amor, la ternura y otro tipo de virtudes. Paradójicamente, se desea cambiar la opresión de la mujer, pero con una perspectiva epistemológica conservadora, pues la esencia y la diferencia de la mujer aparecen como preconstituidas, apolíticas y de orden biológico. Eisenstein y Sayers la han denominado "esencialismo biológico", Barrett "biologismo" en la teoría del patriarcado.

Según Janet Sayers, dentro del feminismo han predominado dos tendencias respecto de la biología. Para la corriente que denomina "social construccionismo", la influencia de la biología en el estatus de la mujer es indirecta, está mediada por su interpretación y construcción en una sociedad concreta, y subestima las raíces biológicas. La otra tendencia, el "esencialismo biológico", sostiene que la biología afecta directamente a la mujer, al adscribirle características particulares con las que las mujeres han sido alienadas por vivir en un mundo dominado por el hombre; en este caso, el elemento biológico se sobrestima a expensas de rechazar las determinaciones sociales o históricas.¹²

El esencialismo biológico encierra numerosos problemas. Al querer definir la mujer partiendo de características biológicas que todas las mujeres comparten, se puede incurrir en una nivelación de intereses de la mujer, puesto que ellos se pueden deducir a priori de tales características.¹³ En ese sentido, podríamos establecer un parangón con la crítica (en la primera parte de este trabajo) a las disposiciones marxistas que derivan de la posición de los obreros frente a los medios de producción, un interés único de clase, despreciando la diversidad de intereses existentes y las variadas posibilidades de articularlos políticamente.

Otro aspecto controvertible proviene del culto a ciertos rasgos estereotipados y a una presunta cultura femenina basada en ellos. Esta visión estática puede seguir constituyendo una base idónea para segregar a la mujer de esferas sociales en las cuales se requieren rasgos distintos a aquellos correspondientes con tal esencialismo.

Por estas razones, un reto actual del movimiento de liberación de la mujer consiste en entender la articulación de la biología en un contexto histórico determinado y en elaborar propuestas concretas para eliminar la subordinación femenina. Sobre el esencialismo biologicista volveremos más adelante, al analizar sus consecuencias políticas por estar implícito en ciertas propuestas de organización política.

12. Ver Syers, op. cit., capítulo 10.

13. Ib., p. 119

2. La polémica sobre el concepto patriarcado

Algunas corrientes dentro del feminismo han caracterizado el poder masculino en la sociedad con el concepto del patriarcado. Al respecto, no existe una interpretación unívoca, y por tanto, haremos una corta referencia sobre algunas de sus comprensiones más difundidas, para plantear acto seguido ciertas críticas que ha generado.

Kate Millet utiliza el concepto patriarcado para referirse al hecho de que el sexo es una categoría con implicaciones políticas, en la cual el hombre domina a la mujer en un orden social que provee una «colonización interior» de este poder. Según Millet, esta forma de poder tiende a ser más fuerte que otras, más rigurosa que la estratificación en clases, más uniforme y perdurable, y conforma una de las ideologías más penetrantes de nuestra cultura.¹⁴ En relación con las clases sociales, la autora opina que las mujeres tienden a trascender las estratificaciones usuales de clase, ya que la hembra -no importa su procedencia de clase o educación- tiene una asociación de clase menos permanente que el hombre, puesto que la dependencia económica transforma sus afiliaciones con cualquier clase en tangenciales, precarias y temporales.¹⁵

Para Shulamith Firestone, en *Liberación de la mujer y revolución sexual*, el hombre y la mujer constituyen clases sociales, caracterizadas con base en el sexo. Parafraseando a los clásicos e introduciendo modificaciones en el materialismo histórico, que compara con el aporte de la teoría de la relatividad respecto de la física de Newton, Firestone considera que toda la historia hasta la actualidad, ha sido la historia de la lucha de clases; la correspondiente organización de los sexos, con la reproducción como fin constituye la base material real, sobre la cual se asienta la superestructura de las instituciones económicas, jurídicas y políticas, y todas las ideas.¹⁶

Numerosas autoras han insistido en establecer vínculos entre el patriarcado y el modo de producción capitalista. Un ejemplo es Zillah Eisenstein, quien define el patriarcado capitalista a partir de la dialéctica de la opresión, cuya tesis sería la lucha de clases aplicada a los sexos; la antítesis, la opresión de clase económica y la síntesis, el patriarcado capitalista. La dialéctica de la liberación tiene por tesis el análisis marxista del poder y

14. Kate Millett, op. cit., p.25

15. Ib., p.38.

16. citado por Berrett, op. cit., p.20 y por Jutta Menschik, *Feminismus: Geschichte, Theorie and Praxis*, Pahl Rugenstein, Köln, 2a. edición, 1979. p.46-48

la opresión; como síntesis, el concepto de clase sexual del feminismo radical y como síntesis, el feminismo socialista.¹⁷ Eisenstein sostiene que el patriarcado tiene una existencia universal, pero no es una abstracción histórica; en el caso del capitalismo, la supervivencia del patriarcado es necesaria para su funcionamiento eficiente, porque le ayuda a sostener el orden y control de su estructura y organización.¹⁸ Las mujeres tienen una clase económica pero, en relación con su modo de reproducción, la mujer es un clase sexual; la clase sexual es una categoría biológica que acarrea una política específica. El patriarcado y el capitalismo son sistemas que "no se pueden reducir unos a otros, ni se derivan uno del otro, sino que se necesitan y refuerzan mutuamente."¹⁹ En un trabajo posterior, Eisenstein realiza algunas precisiones importantes: los hombres no deben ser definidos como la clase enemiga ya que, como seres biológicos existentes, se distinguen del patriarcado como sistema que refleja todas las relaciones políticas y económicas que distinguen a hombres y mujeres. Además, señala la autora, no existe una clase masculina organizada y relativamente autónoma como sí existe una clase dirigente capitalista. Los hombres gozan individualmente de privilegios sexuales en virtud de su pertenencia a la clase sexual correspondiente; pero la lucha contra el privilegio patriarcal no es una simple lucha de la clase sexual-mujer contra el hombre, sino "una lucha de las mujeres contra las diferentes posiciones -en el mercado, la familia, el Estado- del privilegio patriarcal y blanco, el cual está sólo parcialmente localizado en la clase hombre."²⁰ Critica el paralelismo establecido por Firestone respecto de la clase económica al definir la sexual, puesto que el privilegio patriarcal es más disperso y no está concentrado en una clase dominante de manera análoga a la forma como se condensan los intereses capitalistas.

En numerosas ocasiones, el concepto patriarcado se utiliza sin hacer referencia a las posiciones anteriormente desarrolladas, porque simplemente designa el dominio masculino. Ya sea como lugar común, o con las connotaciones dadas por distintas autoras, a las cuales hicimos acá alguna referencia, el concepto presenta algunos problemas, que han dado lugar a críticas con las cuales concordamos. Dentro del feminismo, el patriarcado ha encontrado resonancia como definición de un dominio masculino generalizado; tal como lo plantea Barrett es

una tesis difícil de investigar, en la medida que evoca una forma de opresión universal y por encima de la historia, un dominio masculino sin limitaciones históricas específicas, sin transformaciones o diferencias. Para Barrett, esta ahistoricidad dificulta entender las relaciones entre patriarcado y modos de producción, cuando éstas se proponen, por la inflexibilidad y la autonomía que encierra el concepto. Por otra parte, se incurre en análisis descriptivos cuando se postulan situaciones (por ejemplo patriarcado como dominio sobre la fertilidad femenina), sin que el concepto mismo ayude a entender la génesis y las razones de tal situación.²¹ Por el contrario, consideramos esencial definir la opresión de la mujer en una forma tal que dé cuenta de sus peculiaridades, según las distintas formaciones sociales, punto de partida para elaborar políticas tendientes a superarla. Dentro de las peculiaridades, se debe contemplar la manera en que se vincula con otras formas de poder ejercidas en la sociedad, la cual entendemos como constitutiva e imposible de aprehender con un concepto ahistórico que posteriormente se relaciona con la historia. A las concepciones cercanas a la de Firestone, oponemos lo expuesto en la primera parte de este trabajo, donde desarrollamos la existencia de diversos tipos de opresión, razón por la cual juzgamos erróneo proponer la organización de los sexos como la base de la morfología social. Utilizar la categoría patriarcado asumiendo que su fuente proviene de un aspecto fundamental, sea el dominio de la fertilidad de la mujer (Firestone), el control del hombre sobre la fuerza de trabajo de la mujer (Hartman), u otros,²² es reduccionista. Creemos conveniente estudiar sincrónicamente las diversas manifestaciones de la subordinación de la mujer sin limitar su razón de ser a una de ellas. Para completar nuestra perspectiva respecto del concepto patriarcado, nos referimos seguidamente a diversos aspectos de la opresión de la mujer.

3. La distribución entre sexo y género

Gayle Rubin ha hecho un aporte fundamental en el debate feminista al establecer la diferencia entre sexo y género, en virtud de la cual sexo se entiende como la diferencia biológica entre el macho y la hembra, mientras que género designa la identidad del hombre y de la mujer como determinada por condiciones sociales que explican las relaciones establecidas entre ambos.²³ Teóricamente, el sistema sexo-género puede tener domina-

17. Zillah Eisenstein, *¿Qué es la corriente de feminismo socialista?*, en *Jornadas de feminismo socialista*, Madrid, 1984, p.406.

18. *Ib.*, p.407.

19. *Ib.*

20. *Feminism and Sexual Equality*, op., cit., p. 155. Traducción A.S.

21. Barrett, op. cit., pp.19-26.

22. Ver Heidi Hartmann, op. cit., p.23.

23. Citada por Hartmann, *Ib.* pp. 19-20

ción masculina, femenina o características igualitarias. En su forma fetichizada, esta relación se plantea como natural, cuando el género se asimila y se iguala al sexo, al pretender que las diferencias entre la mujer y el hombre son estrictamente de orden biológico, y por esa vía se rodea de aura de naturalidad e inevitabilidad, como nos dice Oakley, al asumirse que ellas son innatas e incluso que la diferenciación como ley natural aumenta la eficiencia social.²⁴ Tal sistema es importante porque nos permite entender la construcción histórica de la identidad del hombre y de la mujer, sin plantear que estas categorías sean simples construcciones ideológicas privadas de toda relación concreta,²⁵ puesto que existen diferencias de orden biológico y relativas a su desarrollo histórico particular. En el actual sistema sexo-género, con dominación masculina, la diferencia biológica oculta la generación social del género y es base de un sistema opresivo.

Se ha propuesto definir como patriarcado el sistema sexo-género con dominio masculino;²⁶ coincidimos con Chantal Mouffe cuando afirma que tal término es ambiguo porque se ha usado en contextos muy distintos, como el de las feministas radicales, el de las relaciones de producción, la antropología, mientras que el sistema sexo-género es más preciso al referirse exclusivamente al problema de cómo se constituye el ser mujer.²⁷

Como procedimiento metodológico, creemos importante no entender el sistema sexo-género como la manifestación ideológica de una división preexistente. La división sexual de la sociedad debe ser entendida como efecto del sistema sexo-género. Establecer un antagonismo preexistente, del cual este sistema es una manifestación, puede conducir fácilmente a plantear una causa única de la subordinación de la mujer. Por el contrario, el efecto sistemático de este sistema, con dominante masculino, es la condición subalterna de la mujer.²⁸

En ese sentido, Mouffe plantea como tarea central de la teoría feminista analizar las instituciones, las prác-

ticas, los discursos en los cuales se produce y reproduce este sistema, incluyendo una gama enorme de ámbitos. Entre ellos se puede considerar la realación del sistema sexo-género con la forma de producción básica, con la organización política prevaleciente, con las formas de familia existentes, etc.

Si vivimos en una sociedad capitalista, al analizar la construcción histórica del sistema sexo-género, se deben tomar en cuenta las peculiaridades de este modo de producción. Barrett expresa en una forma muy sintética algunos elementos básicos en torno a los cuales gira la opresión de la mujer en el capitalismo: la organización del hogar dentro de la economía, la ideología sobre la familia que la acompaña, la división del trabajo y las relaciones de producción, el sistema de enseñanza y las actividades del Estado, la cimentación y continuidad de la opresión mediante procesos culturales.²⁹

Las relaciones asimétricas de poder entre hombres y mujeres tienen actualmente un correlato en una peculiar división del trabajo social, producto de haberse instaurado una separación entre la esfera pública y la esfera privada. La última se refiere a la reproducción de los seres humanos en términos individuales, mientras que en la pública se da la producción y acumulación de plusvalía y se concreta la política en instituciones de la sociedad civil y en el Estado.

Esta separación es fuente de poder porque, de acuerdo con la división social del trabajo, a la mujer se le adscribe, como esfera natural de actividades, al ámbito de lo doméstico; en lo público se le permite incursionar en condiciones discriminatorias que se expresan, entre otros factores, en diferencias salariales y relegación a puestos subordinados a la autoridad masculina. Esta división del trabajo juega un papel reproductor del poder puesto que impide a la mujer apropiarse de ciertos ámbitos del desarrollo humano, debido al significado preciso del género en la división del trabajo.

Como señala Agnes Heller, desde que existe la división social del trabajo, el desarrollo del ser humano como especie se puede encarnar únicamente en la totalidad de la unidad social, y no en el individuo, en la medida que el individuo se apropia no de la totalidad de la riqueza humana, sino de las normas y destrezas relacionadas con sus funciones sociales.³⁰ Por esta razón, los seres humanos, en su desarrollo individual, se enfrentan con ámbi-

24. Ann Oakley, *Sex, Gender and Society*, Harper Colophon Books, New York, 1972, p. 189.

25. Barret, op. cit., p. 187.

26. Hartmann, op. cit., p. 20: "elegimos designar nuestro actual sistema sexo-género como patriarcado, porque este término recoge adecuadamente las nociones de jerarquía y dominación masculina que vemos como fundamentales en el presente sistema."

27. Chantal Mouffe, Por una teoría para fundamentar la acción política de las feministas, en Jornadas de feminismo socialista, op. cit., p. 452.

28. Ib., pp. 453. Barrett insiste, también, en la necesidad de investigar históricamente cómo se construye el sistema sexo-género.

29. Barrett, op. cit., p. 43

30. Agnes Heller, *Das Alltagsleben. Versuch einer Erklärung der individuellen Reproduktion*, Suhrkamp Verlag. Frankfurt a.M., la edición, 1978, p. 33.

tos del desarrollo humano que no les son propios, como un mundo ajeno con normas, costumbres, formas de vida e imperativos antagónicos. En ese sentido, la apropiación individual del mundo propio y concreto significa la internalización y desarrollo particular de las capacidades humanas, junto con la apropiación de la enajenación. Heller señala que las funciones sociales están determinadas por la pertenencia a una clase social. En el problema que nos ocupa, a esa determinación es necesario agregar la construcción histórica del sistema sexo-género.

La separación de lo público y lo privado y el significado de ambos es producto de numerosas condiciones históricas; entre ellas, la separación en las relaciones de producción entre la fuerza de trabajo y los medios de producción, sobre los cuales no se pueden ejercer relaciones de propiedad o posesión en un ámbito doméstico, como en el trabajo artesanal.

La reproducción de los individuos tiene lugar en ambos campos. En lo doméstico, se realizan tareas educativas, procesos de socialización, funciones reproductoras materiales; en términos simbólicos, lo privado, lo doméstico, se percibe como lugar privilegiado de la individualidad y lo personal, en contraposición con lo público, entendido como terreno de la política. Por esta vía, lo público se valora como resultado de las interacciones sociales, mientras que lo doméstico se aísla de lo político y se rodea de un halo de naturalidad. Ello, relacionado con el establecimiento de un sistema sexo-género con dominio masculino, implica que el espacio doméstico, como campo de la mujer se naturaliza y se aísla de la política, se vive como adecuado a presuntas características femeninas, también de índole natural, considerando la utilización de la biología como dispositivo de poder. El sistema sexo-género se construye en el marco de una división del trabajo social entre hombres y mujeres, en la cual, la mujer ocupa una posición subalterna y marginal en la toma de decisiones de la sociedad y en la que, estando relegada al ámbito doméstico o subordinada en lo público, tiene límites preciso para apropiarse del desarrollo humano y la enajenación específica por pertenencia de género.

Al relacionar la discriminación de la mujer con el desarrollo del capitalismo, muchas veces se ha tratado de demostrar el papel indispensable de la familia para el modo de producción capitalista. Nos referimos fundamentalmente a investigaciones sobre el trabajo doméstico, donde tal idea es muy difundida, acentuando la importancia que tienen las faenas reproductoras de la familia para la fuerza de trabajo, elemento básico para la explotación capitalista, y polemizando con el marxismo

respecto de si tal trabajo es fuente de valor.³¹ La crítica que se le puede hacer a tales esfuerzos es central puesto que una relación funcional entre las tareas que cumple la familia en el capitalismo y la explotación económica no explica por sí misma que el trabajo realizado en la familia sea asumido por mujeres.³² Al respecto, nos parecen un gran aporte las críticas de Michèle Barrett sobre las propuestas teóricas que desean entender lo específico de la discriminación de la mujer en el capitalismo a partir estrictamente de las presuntas necesidades reproductivas del capital.

Por una parte, esas posiciones funcionalistas incurren normalmente en reduccionismos, al tratar de entender el fenómeno estrictamente en relación con la tarea que se supone cumple la mujer dentro del sistema económico. Opinamos, además, que en ellas prima una influencia del marxismo tradicional, según el cual, el poder y las formas de explotación deben derivarse de una explotación económica, la cual tratan de demostrar. Sin despreciar la necesidad de atender ese aspecto, criticamos sus consecuencias reduccionistas que olvidan el poder masculino como polimorfo y lo limitan a una función para un sistema productivo. Además, como afirma Barrett, olvidan que la actual estructura familiar y la ideología correspondiente sobre la dependencia de las mujeres, no son el único modelo pensable para reproducir eficientemente la fuerza de trabajo.³³

Es necesario, por tanto, estudiar el vínculo entre diversas formas de poder, pero sin pretender derivar unas de otras. El sistema sexo-género con dominio masculino no se deriva de la lógica del desarrollo material del capitalismo; el capitalismo, a su vez, a pesar de eventuales luchas de la mujer que logren transformar las tareas que se cumplen en el ámbito doméstico o la división del trabajo dentro de la familia, puede seguir existiendo. De hecho, con el desarrollo del Estado social, algunas tareas antiguamente femeninas han sido parcialmente transformadas en actividades públicas.

De acuerdo con la sugerencia de Haug y Hauser, podemos afirmar que la separación de ciertos ámbitos en la sociedad se debe cuestionar no en sí, sino en tanto encarna una construcción de ámbitos que logran autonomía unos respecto de otros y que, en tal proceso, contraen relaciones de subordinación. En el caso de la mujer, es insuficiente tratar de explicar el antagonismo y

31. Ver Gabriele Dietrich, *Die unvollendete Aufgabe einer marxistischen Fassung der Frauenfrage, in Geschlechterverhältnisse und Frauenpolitik*. Argument Sonderband 110, Berlin, 1984, pp. 24-41

32. Barrett, op. cit., p.122

33. Ib., p.216.

subordinación entre la esfera pública y la privada únicamente a partir del trabajo doméstico.³⁴

La ideología cumple un papel muy importante en la cimentación de las relaciones de desigualdad entre los géneros. Las tareas domésticas que realiza la mujer tampoco pueden ser remitidas a una estricta necesidad del capital, pues el capital por sí solo, como ya dijimos, no explica que esas tareas deban ser cumplidas por la mujer. Históricamente, ello está ligado con ideologías sobre la identidad de los géneros. Estas representaciones se han hecho manifiestas en diversas luchas sociales. En el caso del movimiento obrero han prevalecido e incluso han conducido, cuando no al apoyo, por lo menos a la indiferencia respecto de la división social del trabajo por géneros, puesto que muchas reivindicaciones salariales se han combinado con concepciones sobre la mujer como la reina del hogar. Según Hartmann, desde fines del siglo pasado se instaura la lucha por un salario familiar, cuando los hombres buscan los salarios mejor pagados y prefieren conservar los servicios de sus esposas en el hogar. La segregación salarial asegura la dependencia económica de las mujeres y refuerza la noción de esferas sociales separadas apropiadas para los géneros. Al respecto, es muy ilustrativa una cita realizada por Hartmann, de la Defensa de las diez horas, que data de 1846:

No es necesario decir que todos los esfuerzos por mejorar las condiciones morales y físicas de los trabajadores de las fábricas resultarán estériles, a no ser que se les reduzca el horario de trabajo. Podríamos incluso afirmar que las mujeres casadas estarían mucho mejor ocupadas en el cumplimiento de las tareas domésticas, en el hogar, que trabajando con maquinarias. Nosotros, por consiguiente, esperamos que no esté lejano el día cuando el esposo pueda proveer todas las necesidades de su mujer y su familia, sin tener que enviar a ésta, al tedioso trabajo de un ingenio de algodón.³⁵

Nevado y Salles han señalado que la reivindicación del salario familiar se ha llevado a cabo por dos vías: mediante el alza generalizada de los salarios masculinos y considerando los ingresos de la mujer como "aportación subsidiaria" a la economía familiar.

Es necesario destacar que el salario familiar ayuda a acentuar las desigualdades económicas, cuando por la crisis se da una caída real de los salarios masculinos y femeninos que los hace insuficientes para la manuten-

ción familiar, pero sobre todo, cuando la familia nuclear —compuesta por padre, madre e hijos— cede el lugar a otras formas de organización familiar, como la de familia con una mujer, sin compañero estable a su cabeza. En ese caso, al prevalecer la discriminación salarial de la mujer, son precarias sus condiciones de vida y las de sus hijos; éstas se distiguen de los hogares donde existe un aporte masculino como ingreso principal.

Eisenstein nombra datos interesantes en Estados Unidos; entre 1970 y 1979, el número total de familias se incrementó en un 12%, y el número de familias guiadas por una mujer en un 51%. Las familias jefeadas por mujeres representaban un 50% de las familias clasificadas como pobres en 1981, habiéndose dado desde 1960 un incremento del 54%. En 1978, el ingreso promedio de las familias jefeadas por mujeres venía a ser la mitad del ingreso promedio general. De cada tres familias jefeadas por mujeres una era clasificada como pobre, mientras que de las jefeadas por hombres sólo una por cada dieciocho.³⁶ Por otra parte, de las familias con dos padres, un 57% contaba con ingresos de ambos, lo que muestra la importante participación de la mujer en la fuerza laboral en ese tipo de familias. Es necesario destacar que cuando la mujer se integra al trabajo asalariado, en general, ello acarrea el cumplimiento de una doble jornada laboral, al tener que seguir asumiendo —por lo menos en su mayor parte— las tareas domésticas. Esta doble jornada laboral tampoco puede ser explicada a partir de las necesidades estrictas del capital, que por sí solas no explican la repartición del trabajo entre hombre y mujer en el ámbito familiar.

En general, al relacionar la condición subordinada de la mujer con otras formas de asimetría estimamos importante evitar cualquier funcionalismo que pretenda, una vez que a un proceso social se le ha adscrito una función, que ésta pueda explicar por sí sola la existencia del proceso. Tal es el caso de las explicaciones teleológicas, que buscan analizar un fenómeno según su función original, impidiendo una comprensión dinámica e histórica de los procesos y de las estructuras sociales.³⁷

Es necesario resaltar el papel que cumple la ideología en la construcción del sistema sexo-género, junto con otros mecanismos de poder. Encontramos adecuada la definición de Barrett, según la cual, ideología es un fenómeno mental referido a procesos relacionados con la conciencia, las motivaciones, la emocionalidad, respec-

34. Frigga Haug y Kornelia Hauser, *Geschlechterverhältnisse, Zur internationalen Diskussion um Marxismus-Feminismus*, en *Geschlechter-verhältnisse und Frauenpolitik*, op. cit., p. 44.

35. Hartmann, op. cit., p.26

36. Eisenstein, *Feminism and Sexual Equality*, op. cit., p. 120-126

37. Barrett, op. cit., p. 29

38. Ib., p. 93. Traducción A.S.

to de significados: "Ideología es una calificación general de los procesos mediante los cuales el significado se produce, se pone en duda, se reproduce y se transforma."³⁸

La ideología, por tanto, no se funde con las prácticas, ni por encontrarse en una relación inmediata con ellas, constituye su reflejo. Sobre el hombre y la mujer podemos identificar un plano de significado que los define y contribuye a su identidad social, en una forma que establece una identidad parcelaria de los géneros, la cual excluye en uno todo aquello que le pertenece al otro.³⁹ Por la concatenación de la ideología con otros mecanismos de poder que modifican su efecto organizador de las prácticas sociales, es imposible afirmar que existe una relación directa entre la ideología y la realidad, razón por la cual cambios en ese plano, por sí solos, no pueden acarrear una nueva identidad social del hombre y la mujer; la eficacia de la ideología debe ser estudiada siempre en el contexto social histórico en el cual actúa, dentro del cual ocupan un papel relevante factores de tipo económico y político.

Entender el papel de la ideología como cemento del dominio masculino en un sistema sexo-género no significa que en ese ámbito ella sea únicamente fuente de sujeción pues está atravesada por contradicciones; paralelamente a la ideología dominante sobre los géneros pueden surgir discursos y significados que la cuestionan, los cuales operan como principios de subversión. En la contribución de la ideología a la realidad social se puede dar una reproducción de ésta o pueden generarse significaciones que operan como ruptura. Tales significaciones, operando como principio de inteligibilidad⁴⁰ respecto del dominio masculino en el sistema sexo-género, pueden constituir la base para resistencias en el terreno ideológico, con eventuales consecuencias materiales y políticas. Al concebir el sistema sexo-género como un haz de relaciones políticas inserto en un contexto de relaciones de fuerza, la ideología -parafraseando a Foucault- viene a ser parte de "los pedestales móviles de las relaciones de fuerza"; dentro de las relaciones de fuerza, la sujeción no es estable de una vez por todas y la ideología puede contribuir, por tanto, a que el sistema sexo-género dominante se refuerce, se debilite o se transforme.

Tenemos, entonces, que en la actualidad es posible vincular la condición subalterna de la mujer con las ne-

cesidades del capitalismo, puesto que para las relaciones capitalistas es conveniente la segregación doméstica de la mujer porque en ese ámbito cumple tareas necesarias para la reproducción de la sociedad. No obstante, hemos establecido la necesidad de considerar otros factores para entender la existencia del sistema sexo-género con dominante masculino en la actualidad. Hemos llamado la atención sobre factores ideológicos, que la cimentan y han estado presentes en la acción de sujetos sociales, como el movimiento obrero, cuya forma peculiar de lucha ha influido sobre la situación social de la mujer, contribuyendo a su segregación mediante una división social del trabajo de acuerdo con el género. Considerar esos factores nos ayuda a establecer matices. Por ejemplo, en lugar de entender la responsabilidad del trabajo doméstico a cargo de la mujer como simple producto de los intereses del capital, vemos que forma parte de las luchas entre salario y capital y de las resoluciones particulares que han tenido, debido a cierta conducción del movimiento obrero.⁴¹

El concepto de ideología aquí utilizado, que remite al significado sin plantear una oposición entre ideología y verdad, es congruente con una visión del poder que da cuenta de que éste produce, como lo ha resaltado Foucault al criticar la noción de ideología como falsa conciencia o el concepto represión, el cual identifica poder con prohibición. Foucault plantea que el poder es obedecido, se consolida, es aceptado, en la medida que "no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho; produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de una instancia negativa que tiene por función reprimir."⁴²

En el problema que nos ocupa, la construcción histórica del sistema sexo-género con dominante masculino, involucra la producción y recepción de discursos que consolidan esta sujeción y crean normas. La recepción, transmisión y creación de los significados sobre los géneros se da por parte de hombres y mujeres; la mujer en tal sistema no es un sujeto pasivo, sobre el cual se ejerce el poder, sea por la represión u otros medios. La participación activa de la mujer en la construcción de un sistema que tiene como resultado su condición social subalterna nos aleja de teorías "conspirativas" sobre la construcción de ese sistema según las cuales, aparecen el capital, los hombres o las estructuras como los culpables, que, en forma voluntaria y por razones deducibles ra-

39. Mabel Piccini, La cuestión femenina, el feminismo y las relaciones de poder entre los sexos, FEM No. 17, México, 1981

40. El concepto de inteligibilidad se opone a la comprensión de la ideología como falsa conciencia. Ver de Emilio de Ipola, Critique de la théorie d'Althusser sur l'ideologie, L'homme et la société No. 41-42, París, 1978, p.64.

41. Haug y Hauser, op. cit., pp.82 y 83.

42. Michel Foucault, Un diálogo sobre el poder, op. cit., p. 137

cionalmente, actúan contra las mujeres, entendidas a su vez como víctimas.⁴³ Si entendemos la productividad del poder, es perentorio abandonar esta comprensión del problema para entender en qué forma la mujer reproduce su sujeción, o como lo expresa Yadira Calvo, de qué manera la mujer es víctima y cómplice. Cuando nos referimos en esos términos a la ideología, es posible determinar el grado en que la mujer con su misma actividad, vinculada con determinadas concepciones, consolida o cuestiona el poder, permitiendo entender, como proponen Haug y Hauser, la relación entre estructuras objetivas y la apropiación subjetiva.⁴⁴

Plantear a la mujer como simple víctima del poder masculino puede acarrear serias consecuencias políticas. Hemos visto que según el esencialismo biológico, es posible definirla con base en características biológicas particulares, que incluso pueden conducir a derivar las necesidades femeninas a partir de ellas; señalamos también que en ocasiones se rinde culto a presuntos rasgos femeninos estereotipados y a una cultura femenina que parte de ellos. Consideramos que a tales visiones subyace, implícitamente, una comprensión negativa (en los términos de Foucault) del poder masculino, ejercido sobre la mujer como víctima, sin dar cuenta del papel activo que ella cumple. En tal contexto, el patriarcado, como dominio masculino, se encarga de subvalorar las características de la mujer, sus necesidades y su cultura, las cuales han sido derivadas de sus características biológicas. La exaltación de rasgos estereotipados es la contrapartida de la mujer entendida como víctima. Como la de la noción de víctima se puede deducir un interés común a todas las mujeres, tales análisis pueden llevar a despreciar el papel de la política en la creación de necesidades e intereses, a favor de un mecanismo que implica una nivelación de ellos. Estereotipos y comprensión de la mujer como víctima pueden llevar, por tanto, a un planteamiento simplista sobre la constitución de un movimiento de liberación de la mujer, según el cual existe una hermandad básica entre las mujeres: "todas somos hermanas". Fox-Genovese critica que el concepto de hermandad como metáfora no invoca relaciones políticas, pretendiendo vincular en una misma lucha las relaciones personales y políticas; el contexto familiar en que se sitúa circunscribe un lugar de producción y reproducción del poder masculino y el marco, es decir, las posibilidades y límites de las luchas. Este punto lo profundizaremos al discutir sobre diversas concepciones del lema "lo personal es político". Basta por ahora señalar

que, como afirman Haug y Hauser, hermandad puede conducir como concepto a una relativa comprensión rígida de la construcción social "mujer", que no da cuenta de sus transformaciones permanentes.⁴⁵ Creemos que el principal problema radica en que, para establecer uniformidad y unión, incurre en una igualación de necesidades, y puede tener como efecto, en última instancia, una determinación autoritaria de ellas, ya que excluye las contradicciones inherentes a la conformación política de cualquier sujeto social, despolitizando y mistificando el proceso.

Nos resta por indicar que de acuerdo con una propuesta de la mujer como víctima, deviene accesoria cualquier reflexión sobre las rupturas que involucra luchar contra el poder masculino en las propias actitudes de las mujeres que lo recrean; por ejemplo, en los procesos de socialización de los hijos, reflexión que, por el contrario, consideramos esencial. Sobre los retos presentes en la organización política de las mujeres volveremos más adelante.

4. La mujer y las clases sociales

Al discutir el concepto patriarcado vimos la concepción de algunas autoras del hombre y la mujer como clases antagónicas, y de la relación entre ambos, como lucha de clases. No compartimos tal postura, por cuanto entendemos las luchas de clases como aquellos conflictos en las relaciones de producción generados por la posición que tienen los individuos respecto de los medios de producción, la cual determina su pertenencia de clase. Por otra parte, creemos esencial relacionar el sistema sexo-género con las contradicciones clasistas -en los términos en que acabamos de definirlos-, tarea que abordaremos en este aparte.

Los intentos de definir a las mujeres como una clase adolecen de un confuso perfil de los elementos con los cuales se tratan de fundamentar. Eisenstein, por ejemplo, define a las mujeres como clase sexual debido a que realizan "funciones básicas y necesarias para la sociedad",⁴⁶ habiendo afirmado que el concepto clase destaca la singularidad del conjunto de actividades realizadas por un conjunto de personas. Entre las actividades nombradas están: reproducción, crianza de los niños, consumo, labores domésticas y trabajo asalariado. Salta a la vista, en este caso, la dificultad de definir a las mujeres como clase a partir de tales actividades, ya que no existe ninguna razón material que define que las mujeres asuman tales tareas, al ser ello producto de una construc-

43. Haug y Hauser, op. cit., p.61

44. Ib., p. 73.

45. Ib., pp. 53-58.

46. Eisenstein, *Feminism and Sexual Equality*, op. cit., p.146.

ción histórica determinada del sistema sexo-género. Más que destacar una posible singularidad, esta definición es confusa, porque no logra darnos una explicación estructural del eje vinculante de este conjunto particular de personas.

Estos intentos los vemos, más bien, comprensibles en una etapa en la cual el feminismo polemiza con el marxismo como teoría por excelencia sobre la explotación de clase, tratando de mostrar otras formas de poder pero dentro del terreno epistemológico marxista tradicional, lo cual se expresa en un pensamiento analógico a la hora de definirlos. Sabemos que dentro del marxismo se ha generado una importante polémica sobre el partido, la conciencia de clase y la distinción de clase en sí y clase para sí que le sirve de telón de fondo. Pues bien, dentro de ciertos planteamientos feministas se presentan también analogías en ese sentido, como la planteada por Eisenstein al afirmar que lo único natural en la clase sexual mujer es el hecho de que las mujeres biológicamente son hembras: "como hembras las mujeres son una clase en sí. El segundo sentido del término 'clase sexual' apunta al desarrollo de la conciencia de ser mujeres (y no simplemente hembras). Esta conciencia refleja al desarrollo para sí de una clase sexual".⁴⁷

La pertinencia de tal distinción, involucra problemas tales como la vinculación entre determinaciones estructurales y conciencia, entendida esta última en un sentido unívoco, pues debe responder a concepciones políticas precisas ya que de contrario la clase está siendo víctima del engaño enemigo. Únicamente deseamos subrayar este pensamiento analógico respecto del marxismo tradicional y plantear que incluso el marxismo está sufriendo transformaciones y, sobre todo, que para legitimar reivindicaciones y luchas sociales no es necesario partir de que cualquiera de ellas manifiesta un problema de clase. Permanecer en este círculo vicioso conduce a la disolución total del término clase, que prácticamente se podría aplicar a cualquier tipo de agrupación social que realiza funciones similares, lo que posibilita plantear una cadena interminable de clases. Una definición tan laxa como la de Eisenstein, puede ser un impedimento epistemológico.

Como tesis alternativa, llamamos la atención sobre la necesidad de comprender la particularidad de diversos tipos de conflictos sociales, que pueden tener como eje la religión, la raza o el sistema sexo-género, razón por la que subrayamos la importancia de la democracia y el pluralismo como formas de convivencia social.

47. Ib., p. 150.

Como dijimos en otra oportunidad, las contradicciones sociales no clasistas interpelan a actores diversos y crean agrupaciones con intereses y necesidades específicos, cuyos integrantes, por su inserción económica, tienen una pertenencia de clase, pero cuyo agrupamiento no tiene por eje constitutivo tal pertenencia.⁴⁸ Nos parece muy sugerente la propuesta de Chantal Mouffe cuando afirma que cada individuo participa en una serie de relaciones sociales diversas, siendo sede de una pluralidad de determinaciones a las cuales corresponden discursos diversos y determinadas posiciones de sujeto. Por esa razón cada sujeto es necesariamente heterogéneo, cruzado por divisiones, punto de intersección de varios discursos en los cuales se fija provisoriamente.⁴⁹ Para el individuo, ello significa su inserción paralela en diversas determinaciones, que se pueden combinar de manera precisa según el tipo de antagonismo, las agrupaciones a que éste da lugar y la relación mutua entre diversas formas de ejercicio del poder. Esto es congruente con la idea de que las relaciones asimétricas manifiestas en poderes locales, como hemos visto, se insertan en situaciones estratégicas complejas, donde las formas de poder se apoyan mutuamente o sirven de cuestionamiento o debilitamiento.

Mouffe denomina las numerosas determinaciones en que está inserto un individuo "posiciones de sujeto", y concibe como reduccionistas las visiones que pretendan que una sola de las posiciones va a determinar la construcción como sujeto y la acción política. Para la mujer, ello significa la imposibilidad de reducirla como agente social a las relaciones sociales de género, aún cuando éstas cumplan un papel esencial en su construcción como sujeto en lucha por la liberación femenina.⁵⁰ Así como el marxismo incurre en un reduccionismo de clase, así también algunas corrientes feministas incurren en lo que Mouffe llama "reduccionismo de sexo". En la confluencia de diversas formas de denominación en el individuo, es donde Mouffe encuentra la base objetiva para articular luchas; por ejemplo el feminismo y la lucha anticapitalista.

De lo planteado hasta aquí, como crítica de la mujer entendida como clase sexual, queremos destacar que la pluralidad de formas de poder conduce a constituir agrupaciones no clasistas, cada una de las cuales, a su vez, es

48. Eugenio Rivera y Ana Sojo, op. cit., p. 177

49. Chantal Mouffe, *Arbeiterklasse, Hegemonie und Sozialismus*, en *Neue soziale Bewegungen und Marxismus, Argument-Sonderband 78*, Berlin, 1982, pp. 31 y 32.

50. Chantal Mouffe, *Por una teoría para fundamentar la acción política de las feministas*, op. cit., p. 456

un punto de intersección integrado por individuos donde confluyen diversas formas del poder. Tenemos ahora otro elemento que nos ayuda a completar la crítica realizada anteriormente a las corrientes políticas dentro del feminismo que plantean una identidad mecánica de intereses y necesidades en las mujeres, deducida de su condición de víctimas del patriarcado. En el seno del sujeto político mujer, es necesario evaluar una serie de contradicciones, en la medida que sus integrantes, más allá de su pertenencia de género, divergen, por otras posiciones de sujeto, en una gama de aspectos. Podríamos citar entre ellos su pertenencia de clase, su raza, su religión, sus concepciones políticas sobre la liberación de la mujer y sobre otros tópicos políticos. Sus consecuencias políticas serán tratadas más adelante; por ahora queremos hacer algunas referencias sobre el vínculo de la liberación de la mujer con las clases sociales.

Paramio propone que las relaciones de poder masculino están presentes en todas las clases sociales y que asumen formas más brutales cuando están recubiertas por relaciones de clase, como en el caso del propietario de una fábrica frente a la obrera o del señor de casa ante la empleada doméstica. También apunta hacia algo importante: la posibilidad de esta superposición entre una mujer de la clase dominante y un hombre de las clases subalternas, cuando, por ejemplo, en la violación o la fantasía de violación se puede dar una suerte de respuesta como miembro del sexo dominante, ante la humillación de tener que soportar la supremacía de una mujer de la clase dominante.⁵¹ Creemos también importante señalar el ejercicio del poder masculino dentro de las clases sociales mismas y su universalidad en tales términos; como decía Flora Tristán, la obrera es la proletaria del proletario mismo.

Como hemos señalado en otro trabajo,⁵² se debe considerar la imbricación de la discriminación de la mujer con determinados intereses de clase. Baja calificación, bajas remuneraciones para la mujer tienen un componente que se explica por el sistema sexo-género con dominio masculino y se inserta adecuadamente en la lógica de la explotación capitalista. En ese caso, aunque el fenómeno no es reducible a una problemática de clase, la discriminación asume una peculiaridad. Podemos afir-

mar que la discriminación de la mujer tiene rasgos específicos según la inserción de clase de las mujeres, asumiendo su inserción directa o las implicaciones que tienen las de los otros miembros de su familia. En los diversos casos, las formas peculiares de discriminación tienen un peso y significado específicos. La mujer burguesa puede ser una mujer objeto, o víctima de la violencia doméstica pero no es explotada económicamente, sino que incluso se beneficia de la explotación de fuerza de trabajo femenina. La mujer de la pequeña burguesía puede ser víctima de la agresión sexual, enfrenta discriminación salarial frente al hombre, es blanco de la manipulación de los medios masivos de comunicación y explotada por su condición de clase. Las mujeres obreras y campesinas unen a su explotación económica toda la cadena de discriminación que sufre su género. Estamos reflexionando sobre las posiciones de sujeto de acuerdo con la clase social y con el género mujer, planteándonos su incidencia mutua. Juzgamos importante considerar la autonomía relativa que pueden tener cada una de esas posiciones de sujeto, a fin de no tratar de derivar una de la otra, y planteamos la necesidad de hacerlo en un contexto histórico que pueda dar cuenta de cómo las diversas posiciones de sujeto encarnadas por los individuos, según la predominancia histórica de contradicciones sociales determinadas, pueden condicionar actitudes y acciones políticas.

En lo que a la mujer respecta, consideramos inconveniente plantear actitudes políticas como derivadas de una esencia femenina ahistórica. Para entender las actitudes políticas asumidas por las mujeres en un determinado contexto social, debemos considerar las diversas posiciones de sujeto presentes y la relevancia de cada una de ellas. Para ilustrar este problema, en un período de polarización de la lucha de clases y en ausencia de un movimiento fuerte de reivindicaciones por la condición femenina, podemos suponer que las mujeres van a tener un comportamiento político condicionado principalmente por las determinaciones clasistas.

Coincidimos con Kirkwood cuando afirma que el autoritarismo o conservatismo femenino no obedece a esencias femeninas, sino a la construcción social del género y que la ideología conservadora proporciona un "modelo coherente a la situación real jerárquica, disciplinaria, constreñida, que implicaba la vivencia de los roles femeninos al interior de la familia, para todas las clases sociales";⁵³ de allí la relevancia, como afirma Barrett, de una cierta ideología que "familiariza" otras

51. Ludolfo Paramio, *Feminismus und Sozialismus*, en *Neue soziale Bewegungen und Marxismus*, op. cit., p. 133. Sobre lo último, un ejemplo literario nos da Isabell Allende en su novela "La Casa de los Espíritus" en el comportamiento de Esteban García respecto de Alba.

52. Ana Sojo, *El feminismo y las luchas sociales*, Ventana No. 4, octubre 1984, p. 3

53. Julieta Kirkwood, *El feminismo como negociación del autoritarismo*, Nueva Sociedad No. 71, 1984, p. 116



relaciones de la formación social. Son factores de tipo político, relativos al carácter del discurso, tipo de reivindicaciones planteadas, tipo de organizaciones presentes, los que van a influir en las actitudes políticas de las mujeres. Entender la relevancia de las reivindicaciones de la mujer como género lleva a reflexionar sobre su incidencia en estas actitudes políticas globales, una vez que no sean consideradas conquistas de segundo rango en aras de la subordinación a otras posiciones de sujeto pues hasta ahora, como lo expresa Kirkwood, "...para un proceso de liberación, el hecho de no incluir a las otras liberaciones (discriminaciones o sectores oprimidos), viene a significar su propia negación. Porque la inserción asexual de grupos de mujeres y la exclusión sexual de otros, del proceso de liberación global, no solamente no contribuyó al proceso de liberación global, sino que actuó en su contra. Las mujeres como grupo, siguieron siendo discriminadas, atomizadas, no incorporadas, más adictas al orden, a la obediencia, a la autoridad y jerarquía, que a una idea de cambio social. En suma, siguieron siendo mayoritariamente conservadoras".⁵⁴

Desde el punto de vista de extracción de clase de quienes integran el sujeto "mujer", es decir aquel que gira en torno a la discriminación de género, éste es pluriclasista. Existe, entre otras, una tensión irreductible entre intereses y necesidades de género y de clase. El vínculo entre ambos aspectos abre una gama enorme de

posibilidades de actuación política. Mujeres de las clases subalternas o de la clase dominante pueden tener concepciones diversas sobre nuevas formas de convivencia social, pero de la condición de clase tampoco se pueden deducir actitudes unidimensionales, ya que los intereses de clase pueden tener articulaciones políticas muy diversas.

El pluriclasismo del movimiento de liberación de la mujer nos lleva a otra importante reflexión. La experiencia histórica ha demostrado que al introducir cambios en una sociedad, su consolidación, avance y contenido democrático, no se pueden divorciar del acuerdo social logrado para impulsarlos. En el caso de la mujer, el contenido pluriclasista de las luchas, contra conflictos de género transversales a las clases sociales, le confiere fuerza al movimiento y es importante en la expectativa del cambio social: abre la posibilidad de crear espacios nuevos de consenso en la medida que pueden converger, desarrollar un trabajo común, lograr acuerdos y compromisos, sectores que en otra forma tal vez no trabajarían unidos, pues a su "ser mujer" antepondrían otra serie de determinaciones, que podrían más bien tender a separarlas.⁵⁵ Diversas formas de poder, articulación de ellas en una situación estratégica compleja y pluralidad de las posiciones de sujeto dan cuenta de los retos que tiene que enfrentar el movimiento por la liberación de la mujer, debido a las articulaciones y contradicciones que necesariamente alberga.⁵⁶

54. Julieta Kirkwood, *Feminismo y participación política en Chile*, Documento de trabajo No. 159, programa Flacso, Santiago de Chile, octubre 1982, p. 38. Subrayados A.S.

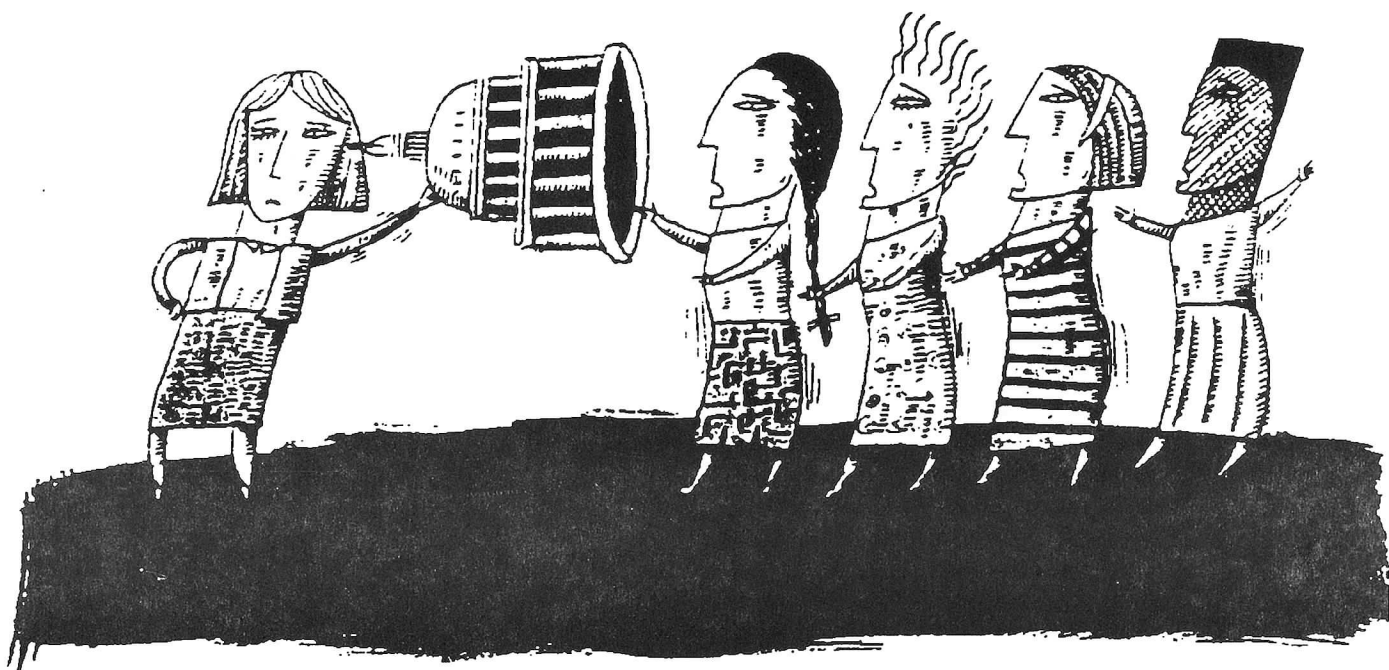
55. Tomado de Sojo, op. cit., p.3

56. Coincidimos por lo tanto, con Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo cuando afirman sobre la comunicación alternativa de la mujer que: "(Debe).... Detectar y reflejar la escala de valores de mujeres de distintos orígenes culturales, niveles socio-económicos, profesiones, actividades y realidades personales. Las diferencias y contradicciones entre ellas, lejos de encubrirse, deben de ser señaladas e investigadas arbitrariamente quer todas somos mujeres y, en consecuencia, iguales o muy similares". Ver *La comunicación alternativa de la mujer*, Revista de Ciencias Sociales No. 25, San José, marzo de 1983, p. 89



Política y sistema de género, ¿Qué pasa con la política?

Dra. Judith Astelarra



* Extracto del libro "Las mujeres podemos: otra visión política."
Judith Astellana. Ed. ICARIA, Barcelona 1986.

La política como origen del problema

En el capítulo anterior, describimos el divorcio existente entre la política y las mujeres, cuya expresión principal es la baja participación femenina en los partidos, las instituciones del Estado y los cargos políticos, sobre todo cuando se trata de puestos de poder. ¿A qué se debe esta situación? ¿Quiénes son los responsables? ¿Es ello positivo o negativo para la sociedad? Estos son algunos de los interrogantes que deben plantearse. No es fácil contestar, pero hay dos orientaciones generales que pueden servir de marco a las respuestas: uno, las responsables son las mujeres, o dos, el problema está en la política.

La mayoría de las explicaciones ofrecidas hasta hace poco tiempo indicaban que algo sucede con las mujeres que no les interesa la política. Este "algo" ha sido descrito por los políticos y estudiosos de dos maneras diferentes. Para el pensamiento conservador, las razones de su falta de vocación son personales y provienen de sus características biológicas o de sus rasgos psicológicos. Para los progresistas, en cambio, el origen del problema es social y se debe a la educación recibida que las condiciona. Los partidarios de ambas tesis son en su casi totalidad varones.

Para que el sexo biológico se convierta en género social, las sociedades humanas han desarrollado instituciones y mecanismos, denominados sistema social de género, que garantizan que las personas se adecúen a los estereotipos vigentes. Es difícil saber cuál fue el origen de este sistema. Lo que parece claro es que tuvo que ver con la organización social de la reproducción humana. Los seres humanos no procreamos por instinto y podemos separar la sexualidad (el placer sexual) de la reproducción; el apareamiento no se produce, por lo tanto, sólo cuando la mujer es fértil. De aquí que es posible que las sociedades primitivas tuvieran que buscar otros medios sociales para sustituir al instinto, e insistieran en la complementariedad psicológica y social de las mujeres y los varones. Si no se hacía así, la reproducción de la especie podía estar en peligro. Hoy, en cambio, este problema no existe porque los avances de la Medicina han disminuido la mortalidad infantil y prolongado la vida de las personas. Por el contrario, muchos demógrafos piensan que el problema actual es el riesgo de sobrepoblación.

El sistema de género que convierte a la dicotomía biológica en dicotomía social, cumple también otro objetivo social: hace que uno de los dos sexos, en este caso el femenino, se ocupe de los pequeños hasta que éstos alcanzan la madurez. Los seres humanos requieren un proceso más prolongado de formación que los de otras especies, precisamente porque deben aprender a vivir en sociedad y conocer sus normas y formas de conducta. Esta tarea se le asignó sólo a las madres, con ayuda ocasional de los padres, sobre la base de que eran ellas las que procreaban y parían; la maternidad biológica se convirtió en maternidad social. El problema es que las mujeres sólo son necesarias en la gestación, el parto y la lactancia. En las demás tareas su presencia no es imprescindible pues pueden ser realizadas por los varones. Una forma de garantizar que también asuman el cuidado posterior de la especie es la creación de modelos de femineidad en los que la maternidad se convierte en el principal, cuando no único, rol femenino.

Las relaciones de género se expresan en todas las instituciones y organizaciones que existen en la sociedad, pero su base principal es la familia. La familia ha regulado históricamente las relaciones de género; lo que sucede allí se proyecta, posteriormente, a otros ámbitos de la vida social. A pesar de su larga duración, no ha sido una institución inmutable; ha tenido importantes cambios que ha estado vinculados a los cambios económicos, sociales y culturales de nuestras sociedades. No podemos, entonces, hablar de "la familia" como una realidad única; se deberá precisar en cada ocasión a qué tipo de familia se hace referencia.

En la actualidad, el modelo dicotómico de femineidad y masculinidad está en crisis. El cuidado y la socialización de los niños también puede ser desempeñado por los varones, pues no responden a impulsos instintivos sino que sólo requieren de aptitudes que todos los seres humanos, independientemente de su sexo, poseen. De hecho, sólo en los siglos XVIII y XIX las sociedades occidentales acentuaron la importancia de la maternidad social, insistiendo en que el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos es el rol principal de las mujeres. A pesar de ello, muchas han combinado estas tareas con otro tipo de funciones y actividades; lo contrario, en cambio, que los hombres asuman su paternidad social, se ha dado pocas veces.

Ahora bien, aunque el origen del sistema de género se debe buscar en la reproducción humana, el sistema también regula áreas sociales que tienen otras funciones, como la economía o la política. No sólo las personas tienen un género social, sino que también las actividades y las organizaciones lo adquieren: la política es una esfera masculina aunque en ella participen mujeres y el trabajo doméstico no deja de ser una tarea femenina cuando lo realiza un hombre. Así, cuando las mujeres se incorporan a las tareas políticas, se supone que deben seguir actuando como madres y amas de casa y se le encargan tareas que son semejantes a las que se realizan en el hogar. Las diputadas, por ejemplo, se dedican a temas de Educación o Servicios Sociales y rara vez son asignadas a comisiones sobre Defensa o Relaciones en un mundo como el de la política, en el que la competitividad es fuerte y dura.

Existen normas que prescriben los comportamientos aceptables para unos y otros mecanismos de sanción y control, para impedir que se produzcan desviaciones en las conductas individuales.

A la organización social que se deriva de la existencia de la división sexual del trabajo se la denomina sistema de género social. El sistema de género social se refiere, por tanto, a los procesos y mecanismos que regulan y organizan a la sociedad de modo que mujeres y hombres sean, actúen y se consideren diferentes, al mismo tiempo que determina cuáles áreas sociales serán de competencia de un sexo y cuáles del otro. La política forma parte del sistema de género: todas sus actividades, sus características y sus organizaciones, llevan el sello de la división sexual del trabajo y determinan las formas de participación diferenciada que tendrán mujeres y varones.

Analizaremos a continuación en qué consisten los procesos y mecanismos del sistema de género y de qué modo delimitan la política y las posibilidades de participación de las mujeres. Vamos a describir dos niveles diferentes de fenómenos: el primero se refiere a la descripción de las características biológicas de los dos sexos que originan diferencias reales entre ambos; el segundo, analiza si estas diferencias físicas determinan las diferencias sociales, o si, por el contrario, estas últimas nada tienen que ver con la biología.

Somos una especie de la naturaleza, pero a diferencia de otras, la reproducción humana es sexual. Para que se puedan reproducir los humanos, debe haber dimorfismo sexual, es decir, dos individuos claramente diferenciados: la hembra y el macho. En el proceso de formación de un nuevo ser se requiere un óvulo y un

espermatozoide, que sólo pueden ser producidos por los ovarios y los testículos, órganos complementarios y diferentes. La reproducción humana es más compleja que la de otras especies no sexuales, pues debe mezclar materia genética de dos individuos diferentes. Pero, tiene la ventaja de permitir una mejor adaptación al medio ambiente. Para la formación de los seres humanos, la relación con el medio ambiente, la sociedad y la cultura es crucial. Nuestra conformación biológica permite, por tanto, esta capacidad de adaptación.

El diformismo sexual produce otro tipo de características secundarias asociadas al sexo, tales como la fuerza física, el tamaño del pecho, el pelo, etc. Sin embargo, en este caso, las características secundarias no son duales, es decir, no corresponden sólo a dos tipos radicalmente divergentes. Sus diferencias se pueden describir en términos de un continuo: en algunos casos un sexo posee más de ellas que el otro o viceversa. Así como los rasgos físicos secundarios no son dicotómicos sino que forman un continuo, también los rasgos psicológicos, la "feminidad" y la "masculinidad" de los seres humanos, tienen esta misma característica.

Cada sociedad tiene su propuesta de modelos para los sexos, que pueden variar a través del tiempo, y las mujeres y los varones buscan parecerse a ellos. En algunas sociedades, los estereotipos femeninos y masculinos son totalmente diferentes; en otras, las mujeres y los hombres pueden compartir algunos rasgos y diferenciarse en otros. La gran variedad de modelos que existen o han existido en las sociedades presentes y pasadas, indica que no se basan en ningún determinismo biológico. Su origen se encuentra en las definiciones sociales y culturales que rigen la conducta de mujeres y hombres y se transmiten de generación en generación, a través de la socialización y la educación.

Por lo tanto, sólo los órganos reproductores deben tener características dicotomizadas: ovarios y testículos deben ser radicalmente distintos. En todas las demás características, ya sean secundarias físicas o psicológicas, existe un continuo entre un polo y otro; no es necesario por razones biológicas que existan sólo dos tipos contrapuestos de individuos. Por el contrario, la especie humana se caracteriza por la pluralidad individual. Se debe distinguir, por lo tanto, entre el sexo biológico, que es dicotómico (hembras y machos) y el género social, los atributos que la sociedad le adjudica a cada sexo, cuyo origen no es biológico. El género social no tiene por qué ser dicotómico: podría generar muchos modelos individuales.



La primera versión sostenía que las características físicas femeninas (el tamaño del cerebro o las hormonas) influenciaban sus comportamientos, determinaban sus intereses y producían ciertos rasgos psicológicos. La maternidad, las convierte en seres emotivos, irracionales, débiles y pasivos, estados emocionales que les impedirían sentir interés o participar en actividades políticas. En la actualidad, este tipo de razonamiento es rechazado por las Ciencias Sociales (excepto algunas corrientes biológicas) pues no se acepta que los factores biológicos determinen la conducta. Pero, es una concepción que aún cuenta con muchos adeptos en parte de la opinión pública.

La explicación que se basa en la importancia de los condicionamientos sociales, señala que son factores de origen externo y que se transmiten a través de la educación, los que producirían un interés diferente entre mujeres y hombres por ciertas actividades. A ellas se las educaría para aceptar algunas tareas y rechazar otras, entre las que se encuentra la política, de allí su falta de información y de interés. Para lograr una mayor presencia femenina habría que enseñarles que la política es importante y que deben interesarse por ella e incorporarse a los partidos y a las instituciones del Estado. Es decir, es necesario un proceso de re-educación.

Cualquiera de estas versiones supone, por tanto, que ellas son responsables de su apatía política y que deben cambiar si desean aumentar su participación. Ahora bien, ésta es sólo una forma de analizar el problema; existe otro enfoque totalmente diferente que puede llevarnos a respuestas también distintas. En lugar de plantearnos, ¿qué ocurre a las mujeres que no les interesa ni participan en la política? podríamos preguntarnos, ¿qué pasa con la política que no les interesa a las mujeres? y ¿hay algo en la política que impide su participación? Es bien sabido que el tipo de preguntas formuladas, condiciona las posibles respuestas. Por eso, nos proponemos cambiar el enfoque tradicional del problema, en cualquiera de sus dos versiones, para buscar respuestas nuevas a partir de preguntas diferentes.

Para cumplir este objetivo, se debe desarrollar un sistema de análisis alternativo al del pensamiento político ortodoxo, que da por hecho que no pasa nada con la política sino que el problema son las mujeres. En caso de dificultades, "cherchez la femme", se dice, lo que puede ser parcialmente correcto pero, es sólo parte de la historia. Lo que intentamos, en cambio, es describir el sistema político desde la perspectiva de las propias mujeres, a partir de sus intereses específicos. Veremos si la política, tal como está hoy conformada, permite o no su participación. Parece interesante destacar que, siempre que las

mujeres comunes y corrientes se refieren a estos problemas, éste ha sido el procedimiento utilizado.

Como otras áreas de conocimiento, la Ciencia Política no ha utilizado en sus estudios este punto de vista. Ha dado por hecho que "algo pasa con las mujeres" cuando éstas no se comportan de acuerdo con una supuesta conducta "normal". El problema es que siempre se define la normalidad como el comportamiento masculino, utilizado como modelo a partir del cual se valora la conducta femenina. Este es un procedimiento analítico incorrecto, pues existe un fenómeno, la división sexual del trabajo, que hace que el universo femenino y el masculino tengan muchas veces lógicas diferentes. Es necesario conocer entonces, la división sexual del trabajo y la organización social que la regula, el sistema de género, que afecta a todas las actividades femeninas y masculinas. Sin hacer referencia a este sistema de relaciones sociales, es muy difícil, por no decir imposible, comprender por qué la participación política de las mujeres tiene las características descritas.

Sistema de género

La división sexual del trabajo es el término utilizado para dar cuenta de la existencia de una peculiaridad social: en todas las sociedades hombres y mujeres realizan funciones diferentes. Cada sociedad decide qué tareas son de competencia de los varones y serán consideradas actividades masculinas y cuáles corresponden a las mujeres, convirtiéndose en funciones femeninas. Las niñas y los niños son educados y socializados para que aprendan a desempeñar estas tareas y para que acepten este orden social como "normal".

La actual división sexual del trabajo produce dos tipos de limitaciones para la participación femenina en las organizaciones políticas y en las instituciones del Estado. Por un lado, al obligarlas a ser las responsables del trabajo doméstico, les deja menos tiempo disponible. Es cierto que muchas mujeres ejercen ambas funciones, al costo de jornadas de trabajo más largas que las de sus colegas varones, pero siempre estarán en una situación de desventaja, a menos que renuncien a la vida familiar y a la maternidad. Por otro lado, la socialización en la "psicología femenina" también hace que tengan menor tendencia a asumir actitudes y formas de comportamiento, como el deseo de competir, para las que no han sido preparadas. Por eso, como indican los estudios, no buscan "hacer carrera" como los hombres sino que se orientan hacia la política por razones más altruistas. Mientras perdure esta división sexual del trabajo, la mayoría de mujeres tendrán problemas y desventajas comparativas con los varones, para su participación en tareas políticas.

Nuevamente hemos de plantear que estos condicionantes no necesariamente deben ser resueltos por la vía de que sólo las mujeres cambien. Quizá es más importante que sea la propia política la que asuma los valores altruistas femeninos y permita que, tanto varones como mujeres, puedan compatibilizar el cuidado de los niños con sus funciones; sería deseable que la política se humanizara. Pero, con sus actuales características, la división sexual del trabajo es una barrera para que las mujeres se puedan incorporar.

Relaciones de género, poder y política

Hemos señalado en el capítulo anterior, que la política también se refiere a las relaciones de poder, aunque no siempre se manifiesten en las organizaciones y las actividades políticas. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que muchos procesos que caracterizan a la constitución y al desarrollo del sistema de género son similares a otras formas de ejercicio del poder que están presentes en la política. Este componente de utilización del poder explica que su existencia se haya prolongado a lo largo de tantos siglos. Se trata, eso sí, de relaciones de poder asimétricas, no democráticas, que sólo operan a favor de un sexo, el masculino. Veamos en qué consisten.

El sistema de género regula las actividades que desempeñan mujeres y hombres, sus relaciones mutuas, los bienes materiales, políticos, sociales y culturales que reciben y la conformación de su personalidad. En su funcionamiento, el sistema puede ser igualitario o jerárquico; en el primer caso, ambos sexos tendrán el mismo acceso a los bienes que la sociedad considera importantes y que distribuye entre sus miembros, mientras que en el segundo, uno de los dos tendrá privilegios.

En casi todas las sociedades que conocemos, los privilegiados son los hombres: son los que tienen prestigio, poder y reciben retribuciones consideradas como deseables (dinero, poder, libertad o cualquier otra cosa). A este sistema de género en el que los hombres tienen predominio sobre las mujeres, se le denomina sociedad patriarcal. No hay evidencia histórica de que lo contrario haya existido alguna vez, aunque sí hay sociedades que son más igualitarias. El sistema de género que ha predominado y aún perdura, por lo tanto, ha sido siempre antidemocrático y discriminador, aunque sus características hayan variado a través del tiempo y sean diferentes en cada país.

El concepto de patriarcado permite distinguir las fuerzas que mantienen el sexismo o la dominación del sexo masculino, de las otras fuerzas sociales que generan desigualdad. Debido al dominio patriarcal, los hombres controlan la sexualidad, la reproducción y el trabajo de

las mujeres en el ámbito familiar. Pero, la subordinación femenina no sólo existe en la familia sino que se manifiesta también en otras esferas de participación social. La complejidad de estas relaciones no permite explicar la desigualdad entre los sexos en las instituciones políticas, sin hacer referencia al sistema de dominación global que ejercen los varones. Se trata de una forma de dominio que utiliza unos mecanismos específicos que regulan las condiciones de la presencia o ausencia femenina en el mundo político. Como consecuencia, se produce la aceptación o el rechazo de las mujeres en las organizaciones, las instituciones y los cargos políticos.

El sistema de género que impone el predominio de los hombres sobre las mujeres y les otorga más privilegios, es una organización social estructurada sobre el poder sexual. Se convierte así en una forma de expresión política, si ésta se entiende no sólo como una actividad, sino como el ejercicio del poder. Sólo es posible la existencia de la sociedad patriarcal y de la dominación masculina, porque en su base hay una compleja red de relaciones de poder. Su utilización, sin embargo, no ha sido siempre igual, pues los medios empleados han variado a través del tiempo.

En la sociedad pre industrial, el pater familia controlaba la reproducción humana, al mismo tiempo que la producción. Como la familia tenía funciones económicas, sociales y culturales, la capacidad de mando del padre de familia se extendía más allá de sus límites. El padre de familia era el centro que garantizaba el orden y su poder estaba legitimado por la tradición y por los vínculos sociales. En el ámbito de la reproducción humana controlaba las líneas de parentesco (las y los hijos llevaban su apellido), las formas de sexualidad y las decisiones sobre la constitución de nuevas unidades familiares, imponiéndole a las mujeres sus criterios y necesidades. Igual cosa sucedía en las actividades económicas y productivas. Esto no significaba que las mujeres no tuvieran algunos márgenes de poder doméstico. Incluso muchas antropólogas señalan que este poder era mayor que el que tienen en las sociedades industriales modernas porque la familia tenía más incidencia social.

El surgimiento de la familia burguesa produjo cambios importantes. Las actividades de las mujeres se redujeron al ámbito familiar: trabajo doméstico y cuidado de los niños. Al disminuir el tamaño de las familias y retringirse sólo a los cónyuges y sus hijos, las tareas domésticas perdieron el componente comunitario que habían tenido anteriormente. La vida social y colectiva de las mujeres se limitó en gran medida, pues su trabajo ya no se realizaba entre varias personas, como cuando vivían juntos muchos parientes; la mayor parte del tiem-



po estaban solas. En este contexto, la separación de las actividades privadas de las públicas generó nuevas formas de control patriarcal.

Los hombres continuaron siendo los jefes de familia, pero su poder se extendió al control del mundo público, convertido en un espacio masculino. Aunque las mujeres participaran allí, lo hacían en un terreno que no les era propio, lo que dificultaba que se pudieran desempeñar sin problemas y bien. El hogar, las tareas domésticas y el cuidado de los niños se convirtió en un ámbito femenino. Aunque los hombres decidieran de vez en cuando cooperar, se entendía que lo hacían desempeñando funciones que no eran las suyas. La base del poder masculino fue, precisamente, el control exclusivo del mundo público, puesto que era sólo aquí donde se tomaban las decisiones sociales y políticas relevantes. De ahí que se buscaran medios ideológicos, económicos y políticos para impedir que esta división de funciones fuera cuestionada y pudiera cambiar.

Las actividades públicas masculinas, ya fuera el trabajo asalariado, el ejercicio de la política o la creación de ciencia y cultura adquirieron más importancia social y mayor valor. Se convirtieron así en la base del privilegio y el poder de los hombres. Por el contrario, al aislamiento y restricción del trabajo doméstico femenino, se añadió su menor valor social. Aunque siempre se afirma que los sentimientos y las actividades de las mujeres son importantes, en la práctica, las realizaciones del ámbito público tienen más prestigio y mayor asignación de recursos. Hasta hace poco tiempo, el ama de casa "no trabajaba", lo cual es un síntoma del escaso valor que se le asignaba al trabajo doméstico.

La situación descrita fue característica de todo el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Hoy, en cambio, este sistema de género está en crisis. Debido a cambios en la sociedad y a la lucha de las mujeres, se acepta cada vez menos que no deban participar en las actividades públicas. Primero se les concedió el acceso a la educación y a la cultura, posteriormente a las actividades económicas, como trabajadoras asalariadas, empresarias o profesionales y, finalmente, a la política. Sin embargo, aunque a nivel ideológico ya no se acepte que esta división sexual del trabajo sea buena o la única posible, todavía sigue constituyendo la realidad de la mayoría de las mujeres.

En resumen, se pueden obtener tres conclusiones importantes que explican por qué la política no atrae a las mujeres y no parece posibilitar su participación:

- 1) La política, tal como la hemos definido, forma parte de las actividades del mundo público. Sus organi-

zaciones e instituciones principales están más relacionadas con las otras esferas públicas, tales como la economía, la tecnología, la ciencia o la cultura, que con la vida privada y la familia, que es el ámbito de participación y de actividad principal de las mujeres.

- 2) La esfera pública, de la cual forma parte especial la política, analizada desde la perspectiva del sistema de género, es básicamente masculina. Sólo circunstancialmente pueden participar las mujeres, siempre y cuando continúen realizando, al mismo tiempo, sus labores domésticas. Esto genera, necesariamente, dificultades y problemas por razones sociales y personales, pues se encuentran siempre en una situación de desventaja.
- 3) Esta división de funciones no es igualitaria y es política en la medida en que se mantiene por el uso del poder. La sociedad valora más las actividades públicas, las masculinas, que las que desempeñan las mujeres. La participación y el control público masculino se convierte en la base de su poder y dominio y permite mantener la jerarquía de valores de las funciones. Hace también posible excluirlas o imponer las condiciones en las que, de vez en cuando, se pueden incorporar. La sociedad moderna es patriarcal, precisamente porque existen estos mecanismos de poder que impiden que exista igualdad de hecho, no sólo de derecho, entre los dos sexos.

La desigualdad se manifiesta también en la vida política: los varones condicionan cuándo y de qué forma pueden participar las mujeres. La presión masculina ha imposibilitado casi siempre, por ejemplo, el acceso femenino a puestos de poder. Sólo mediante medidas tales como la acción positiva se ha podido en la actualidad conseguir un aumento paulatino de la presencia femenina. Estas medidas sólo se han tomado cuando las mujeres se han organizado en torno a sus propios intereses, autónomamente o como secciones especiales de las organizaciones mixtas, y han ejercido formas de presión y movilización.

El desarrollo de las organizaciones, instituciones y actividades políticas como parte de este sistema de género impone limitaciones serias para la incorporación y la participación femeninas en igualdad de condiciones. El divorcio entre las mujeres y la política, por lo tanto, se origina a partir de la propia política. Pero, con la consolidación de la democracia, como forma de organización del Estado, también se les han otorgado los derechos in-

dividuales masculinos. Se ha producido, así, una contradicción entre el funcionamiento real del sistema político y los principios en que éste se basa. Algunas mujeres han podido aprovechar esta situación para incorporarse a la política. Para la gran mayoría, sin embargo, las dificultades han sido insuperables.

La única posibilidad de resolver la contradicción es que tanto la política como las mujeres se enfrenten con

ella. Las mujeres deben participar, a pesar de las dificultades, para cambiar las cosas. Las organizaciones e instituciones políticas, en especial el Estado, deben ser coherentes en su práctica con los principios democráticos y posibilitar esta participación. Para ello deben asumir que lo que sucede en el marco de la familia también es político.



Contenido

PRESENTACIÓN / 5

I PARTE / 7

Para una definición de “la cuestión del género” / 9

Martha Lamas

Sexo y Género / 13

Miriam Abramovay

Cuando el Género suena, cambios trae / 19

Dra. Alda Facio Montejó

Género, teoría de género y perspectiva de género / 35

Dra. Marcela Lagarde

II PARTE / 45

El Sistema Sexo-Género con dominación masculina: Análisis de la situación marginal de la mujer nicaragüense / 47

M.A. Nelly Miranda

Hacia una definición de la condición subalterna de la mujer / 57

Dra. Ana Sojo

Política y sistema de género, ¿Qué pasa con la política? / 71

Dra. Judith Astelarra





Imprenta UCA
Universidad Centroamericana
Managua, Nicaragua



Editorial UCA

Colección Alternativa

Serie Género No. 1